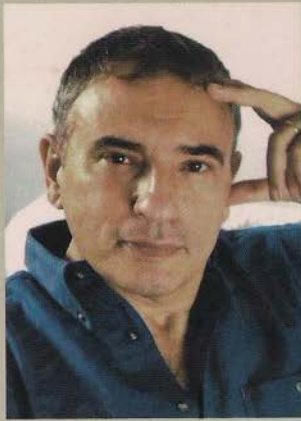


SERGIO SINAY

**LA MASCULINIDAD
TÓXICA**

Un paradigma
que enferma
a la sociedad
y amenaza
a las personas

EDICIONES B
GRUPO ZETA 



Sergio Sinay es un reconocido especialista, consultor e investigador de los vínculos humanos y, como tal, se ha especializado en el estudio de los aspectos y recursos que pueden transformar y enriquecer la convivencia entre las personas. Sus áreas de exploración y reflexión incluyen la pareja, la psicología del varón, los lazos entre padres e hijos, las relaciones interpersonales en sus múltiples formas, así como los valores y paradigmas que las rigen. Tras una marcada trayectoria como periodista, durante la cual se destacó en importantes medios en Argentina y en el exterior, tuvo una intensa formación y práctica en Gestalt y autoasistencia psicológica. Sus seminarios y conferencias son habituales en el país, en México, Chile, Uruguay y España, en donde colabora con diversos e importantes medios e instituciones.

Fue ganador del Premio de Ensayo del diario *La Nación* con su trabajo *El varón contemporáneo ante el fin de siglo*. Entre sus obras más destacadas figuran *Elogio de la responsabilidad*, *Vivir de a dos*, *Misterios masculinos que las mujeres no comprenden*, *Las condiciones del Buen Amor*, *Ser padre es cosa de hombres*, *Hombres en la dulce espera (hacia una paternidad creativa)*, *El amor a los 40*, *Guía del hombre divorciado* y *Gestalt para principiantes*.

Como novelista ha publicado *Ni un dólar partido por la mitad*, *Sombras de Broadway*, *Dale campeón* y *Es peligroso escribir de noche*.

Sus obras se han traducido al inglés, francés, italiano y portugués.

“Creo que hoy habitamos un mundo más hostil, más corrupto, más implacable, más inmoral, más sangriento y más impune que el de hace quince años. Y estoy convencido de que el modelo masculino tradicional tiene en ello una responsabilidad central. Para demostrarlo, escribí este libro. Y por eso el lector encontrará, acaso, una obra que puede llegar a ser inflexible. Creo que estamos gobernados (hombres y mujeres, nuestros hijos, todos los seres vivos, el planeta) por los arbitrios de una masculinidad tóxica. Estamos envenenados por ella más de lo que sabemos y más de lo que, cuando sabemos, admitimos. No es poco lo que está en juego. Quizá nuestro destino como especie. El paradigma masculino es peligroso, de altísimo riesgo. Lo digo como hombre. Y así lo escribo. Como hombre que ha explorado su propia condición de varón, y que ha participado y participa, junto con otros hombres, de la exploración de la masculinidad, de los mandatos de género y de sus efectos.

Tengo la expectativa de que estas páginas lleguen a muchos hombres... Ojalá contribuya a la reflexión y a la toma de decisiones de algunos. No serán los más. Pero los que sean, se convertirán en portadores activos del germen de otro paradigma.”

Sergio Sinay

SERGIO SINAY

**LA MASCULINIDAD
TÓXICA**

**Un paradigma que enferma a la sociedad
y amenaza a las personas**

SERGIO SINAY

LA MASCULINIDAD TÓXICA

**Un paradigma que enferma a la sociedad
y amenaza a las personas**



Sinay, Sergio

La masculinidad tóxica - 1a ed. - Buenos Aires : Ediciones B, 2006.

208 p. ; 23x15 cm.

ISBN 987-1222-63-7

I. Ensayo Argentino. I. Título

CDD A864

La masculinidad tóxica

Sergio Sinay

1^{ra} edición

© Sergio Sinay, 2006

© Ediciones B Argentina, S.A., 2006

Av. Paseo Colón 221, piso 6 - Ciudad Autónoma
de Buenos Aires, Argentina

www.edicionesb.com.ar

Dirección Editorial: Carolina Di Bella

ISBN-10: 987-1222-63-7

ISBN-13: 978-987-1222-63-6

Impreso por Printing Books, Mario Bravo 835, Avellaneda,
en el mes de noviembre de 2006.

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723.

Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción total o parcial, el almacenamiento,
el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro,
en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico
o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos,
sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está
penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*A Marilen, la mujer que amo,
la más hermosa y profunda compañía
en mi vida y experiencia como hombre*

*A Iván, mi hijo amado, que al nacer
trajo las primeras preguntas
y me impulsó a emprender el viaje*

*A cada hombre que, con algún simple acto
de su vida, haga algo para romper la trampa*

*A cada mujer que es o haya sido lastimada,
en el cuerpo o en el alma,
por un hombre intoxicado*

*A cada hijo o hija que hayan quedado
emocionalmente huérfanos de padre*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

EL QUE AVISA NO ES TRAIOR 11

CAPÍTULO 1

LA PECERA ENVENENADA 15

CAPÍTULO 2

ADIÓS, NUEVA MASCULINIDAD, ADIÓS 31

CAPÍTULO 3

EL PADRE: AUSENTE SIN AVISO 45

CAPÍTULO 4

EL ARTE DE ACORTARSE LA VIDA 59

CAPÍTULO 5

**ÚTILES, PRODUCTIVOS, RENTABLES
Y LUCRATIVOS... O NADA** 73

CAPÍTULO 6	
SEGUIR AL MACHO ALFA	
O CAMBIAR LA POLÍTICA	91
CAPÍTULO 7	
TIEMPOS VIOLENTOS	109
CAPÍTULO 8	
OSCUROS OBJETOS SIN DESEO	123
CAPÍTULO 9	
LA PROFUNDA CAVERNA	
DE LOS SENTIMIENTOS	143
CAPÍTULO 10	
ABANDONAR A LA MADRE	
PARA AMAR A LA MUJER	159
CAPÍTULO 11	
CAMBIA UN HOMBRE,	
CAMBIAN LOS HOMBRES	175
EPÍLOGO	
CARTA ABIERTA	
DE UN VARÓN A OTRO VARÓN	191

INTRODUCCIÓN

EL QUE AVISA NO ES TRAIADOR

Quince años separan a este libro de *Esta noche no, querida**. Aquélla era mi primera obra sobre el varón y lo masculino y fue escrita tras cinco años de investigación y exploración del tema y de coordinación de grupos de hombres. Pasaba una revista comprometida a los mandatos con que, generación tras generación, los varones nos “hicimos hombres” en esta sociedad. Era un libro que se alimentaba de dolor y esperanza. La esperanza de una transformación, la convicción de que era posible otra experiencia de la masculinidad, mejor para los hombres, para las mujeres y para la humanidad. Admito que, para las transformaciones sociales, quince años es un tiempo irrelevante. Un parpadeo en la Historia. Pero aún así, quince años más tarde debo advertir al lector desde el comienzo que *La masculinidad tóxica* no es un libro esperanzado. Es urgido.

* Ediciones Beas, Buenos Aires 1992. Ed. Del Nuevo Extremo, Buenos Aires 1996. RBA, Barcelona, 2004.

Hay en él una indignación que entonces no estaba en mí ni en mi obra. En estos tres lustros, con más conciencia, con nuevos recursos exploratorios, con renovados paradigmas personales, he advertido que el mandato tradicional de la masculinidad, con su carga tóxica y perversa de machismo, no sólo no ha retrocedido, sino que se ha acentuado en los planos en donde se juega el destino colectivo (en la política nacional e internacional, en los negocios, en la cultura corporativa, en la economía, en el desarrollo y uso de la tecnología y de la ciencia, en el deporte). Lo ha hecho de un modo avieso, mimetizándose detrás de ciertos discursos supuestamente progresistas, vistiéndose con el disfraz de algunas conductas domésticas o conyugales que no sólo no significan cambios de fondo, sino que, al provocar confusión, retardan las transformaciones necesarias.

Creo que hoy habitamos un mundo más hostil, más corrupto, más implacable, más inmoral, más sangriento y más impune que el de hace quince años. Y estoy convencido de que el modelo masculino tradicional tiene en ello una responsabilidad central. Para demostrarlo, escribí este libro. Y por eso el lector encontrará, acaso, una obra que puede llegar a ser inflexible. Creo que estamos gobernados (hombres y mujeres, nuestros hijos, todos los seres vivos, el planeta) por los arbitrios de una masculinidad tóxica. Estamos envenenados por ella más de lo que sabemos y más de lo que, cuando sabemos, admitimos. No es poco lo que está en juego. Quizá nuestro destino como especie. El paradigma masculino es peligroso, de altísimo riesgo. Lo digo como hombre. Y así lo escribo. Como hombre que ha explorado su propia condición de varón, y que ha participado y participa, junto con otros hombres, de la exploración de la masculinidad, de los mandatos de género y de sus efectos. Éste no es un libro de laboratorio, no habla de ratones blancos, de simuladores aéreos, de realidades virtuales, de hombres contruidos a escala. Éste es un libro que habla de

la vida cotidiana de nosotros, hombres, mujeres, niños, en esta sociedad y en esta cultura, aquí y ahora. Habla de la vida real, de hechos reales, de un mundo que puede cambiar, que necesita cambiar, que debería cambiar, pero que no cambia.

Tengo la expectativa de que estas páginas lleguen a muchos hombres (doy por descontado que llegará a muchas mujeres). Ojalá contribuya a la reflexión y a la toma de decisiones de algunos. No serán los más. Pero los que sean, se convertirán en portadores activos del germen de otro paradigma. No es un libro para políticos, para líderes de corporaciones, para macroeconomistas, para militares. No me los imagino leyéndolo. Ellos no cambiarán el mundo. El estereotipo masculino al que responden (aun cuando algunos de ellos sean mujeres), los contamina de una enfermedad terminal. Ellos (y *esas* ellas) no transformarán nada. En el mejor de los casos, serán arrastrados por un cambio.

Estoy seguro de que éste no es un libro amable ni condescendiente. He tratado de que no lo fuera. Estoy convencido de que romper con el paradigma de la masculinidad tóxica es hoy una necesidad prioritaria y debe convertirse en un emprendimiento personal, grupal, social, espiritual, afectivo, ético y moral para cada hombre que aspire a vivir una vida con sentido y significado en un mundo diferente, acogedor, nutricional, hospitalario, compasivo, cooperativo e integrador. Esa misión no admite dilaciones ni negociaciones. La tarea no es abstracta, su necesidad no remite al mañana sino al hoy. Las consecuencias nefastas de vivir regidos por el paradigma de masculinidad tóxica están en nuestra vida de cada día. Afectan a nuestros vínculos, a nuestro trabajo, a nuestra vida familiar, a nuestra sexualidad, a nuestras expresiones culturales, al aire que respiramos, a los paisajes que transitamos, a los espacios que habitamos, a nuestra economía, a nuestra salud, a nuestros planes a futuro y a la posibilidad de que, de veras, haya un futuro.

Como el octavo pasajero de *Alien*, el incubo de este modelo masculino viaja con nosotros (hombres, mujeres, niños) en nuestra travesía de cada jornada. Tiene rostros que nos son familiares, estamos, sepámoslo o no, deseémoslo o no, en la lista de sus víctimas. Se alimenta de nosotros. No hay tiempo para esperar, no hay nada que negociar, no hay recetas para probar (del tipo “Cómo hacer que tu hombre exprese sus sentimientos”, o “Cómo entender los motivos de él”, o “Cómo vencer el estrés y ser un hombre eficiente”). No es un tema menor. Es una cuestión central.

Las páginas que continúan intentan demostrarlo. Ojalá lleguen a tiempo y contribuyan a la transformación. Mientras tanto, y por si fuera necesario, aclaro que la que van a leer no es la obra de un observador objetivo ni la de un analista imparcial. En primer lugar, no creo en la objetividad, valoro la subjetividad que se declara a sí misma. Como sabemos desde Einstein, el observador es siempre parte del fenómeno que observa. Y, por fin, no soy imparcial en esta cuestión. Soy hombre, y tengo una posición tomada. Paso, pues, a fundamentarla.

CAPÍTULO 1

LA PECERA ENVENENADA

El único que no percibe el agua ni recapacita sobre ella, porque vive inmerso en ese elemento, es el pez, decía Marshall McLuhan (el sociólogo y filósofo canadiense de las comunicaciones, que anticipó la globalización hacia mediados del siglo veinte con obras como *La galaxia Gutenberg* y *La aldea global*). En efecto, para el pez el agua es parte de su naturaleza, y sólo cuando es extraído de ella registra que hay algo además del líquido, otro ámbito, en el que otros seres viven y respiran. Acaso reconoce la existencia del agua cuando ésta se contamina al punto en el que ya le es imposible vivir en ella. Sólo en esas circunstancias extremas, en las que su vida corre riesgo, el pez descubre el agua.

Como habitantes de la sociedad y de la cultura contemporáneas, somos a menudo peces que desconocen la complejidad, la textura, la composición y los efectos de su propio medio. Estamos inmersos en paradigmas que no cuestionamos, a los cuales a menudo alimentamos y reproducimos como si se

tratara de realidades inmodificables de la Naturaleza. Nos vamos cociendo lentamente en ellos, del modo en que una rana se cuece en el agua (la temperatura sube paulatina, constante e inadvertidamente hasta que se hace tarde para huir fuera de la olla de cocción). Como peces que, desentendidos del agua no se preguntan por ella, corremos el riesgo de perecer víctimas de sus toxinas y convencidos de que ellas son nuestro alimento. Hay un paradigma en particular que tiñe y contamina el ámbito de nuestros vínculos, de nuestras actividades, de nuestros pensamientos, de nuestras acciones, de nuestro lenguaje hasta hacerlo altamente peligroso. Mucho más de lo que imaginamos. Si hiciéramos un análisis de nuestra propia pecera, detectaríamos ese paradigma en algunos elementos como los siguientes:

- De acuerdo con investigaciones de la Organización Mundial de la Salud (OMS) cada año mueren en el mundo un millón 200 mil personas por accidentes de tránsito. Diferentes estadísticas de distintos países muestran un promedio en el que, por cada mujer que provoca un accidente, hay diez hombres que lo hacen. Por otra parte, 75 por ciento de las víctimas de accidentes de este tipo son varones. Es cierto que hay más hombres que mujeres al volante, sin embargo, cuando las estadísticas se toman por kilómetro recorrido, mantienen la proporción. En la Argentina esto significa más de 10 mil muertes anuales, nueve mil accidentes protagonizados por hombres, entre 20 y 27 varones muertos por día, de acuerdo con investigaciones de la organización *Luchemos por la vida*.
- Durante los primeros cinco años del siglo veintiuno se libraban en el mundo casi 90 guerras. Más de un billón de dólares (sí, *un millón de millones*) era dedicado a ese rubro. Con la misma cifra se podría garantizar servicios básicos a *toda* la población mundial. Los combatientes en esas guerras son,

en más de un 95 por ciento, hombres. Los que las deciden también, y llevan apellidos como Bush, Rumsfeld, Blair, Aznar, Bin Laden, Al-Zahawiri, Nasrallah, Olmert, Sharon, Amas, y otros menos divulgados. Alguna mujer, como Condoleeza Rice, Secretaria de Estado de Estados Unidos durante el segundo gobierno de George Bush, aparece mimetizada allí con naturalidad y entusiasmo. En todos esos conflictos combatían alrededor de 300 mil niños (varones). Entre la población civil la mayoría de víctimas incluía a mujeres y niños (no así, obviamente, en los frentes de batalla poblados casi excluyentemente por millones de varones).

- En la Argentina (cifras oficiales de la Provincia de Buenos Aires) el 70 % de las mujeres que mueren violentamente lo hacen a manos de hombres conocidos de ellas. Algo similar ocurre en Perú (datos de *Pacific Institute for Women's Health*). En Uruguay (según el diario *La República*, de Montevideo), cada cinco días una mujer muere por violencia doméstica. En Chile (diario *La Cuarta*, de Santiago) el promedio es de 58 por año. De acuerdo con datos de la ONG Iansa (*Internacional Action Network on Small Arms*), entidad que propone desarmar a las sociedades civiles, 33% de las mujeres que mueren en Francia son asesinadas a tiros por sus parejas, un porcentaje que crece al 66% en Estados Unidos. Mientras, en Sudáfrica, cada seis horas una mujer es asesinada a balazos por su pareja actual o anterior. De acuerdo con cifras del Parlamento Europeo, en Guatemala 1200 mujeres mueren por año a manos de hombres y en México 350. En España (diario *El País*, de Madrid) llegaban a la veintena en sólo los tres primeros meses de 2006.
- La diputada holandesa, de origen somalí, Ayaan Iris Alí (autora del libro *Yo acuso*) pronunció el 8 de marzo de 2006, Día Internacional de la Mujer, un discurso en Alemania en el que citó estas cifras de un informe publicado

por el Centro para el Control Democrático de las Fuerzas Armadas: en todo el mundo entre 113 y 200 millones de mujeres están demográficamente *desaparecidas*. Entre 1,5 y 3 millones de ellas (adultas y niñas) pierden la vida cada año víctimas de la violencia o el abandono debido a su sexo. En amplias regiones del planeta los alimentos y la asistencia médica se destinan en primer lugar a los varones (padres, maridos, hijos).

Parece ocioso seguir. Podemos recorrer el mundo y los continentes: veremos la repetición de un fenómeno que, “democráticamente”, se extiende a todas las capas sociales, los sistemas políticos, los niveles de desarrollo.

- Una investigación del diario *La Nación*, de Buenos Aires señalaba (en mayo de 2006) que, si bien las mujeres ya ocupan en la Argentina el 40 % de los puestos de trabajo, su salario, cuando se requiere calificación profesional, es un 24% menor que el de los hombres. El porcentaje es de 15% en Europa, de acuerdo con un estudio del instituto estadístico Eurostat. Otra vez, una recorrida por el panorama mundial mostrará la reproducción, con variaciones locales o regionales, del mismo panorama.
- Desde que, a comienzos de los años noventa del siglo veinte, el neoliberalismo se extendió como una epidemia nefasta (una suerte de HIV social y económico) por el planeta, el capital (o “mercado” en su nueva acepción) exigió suba de rentabilidades y beneficios a cualquier precio, sobre todo humano. Se trasladaron empresas de un país a otro, a una velocidad favorecida por Internet, que permite al asesino económico desaparecer virtualmente del lugar del crimen. Se achicaron y fusionaron compañías (los trágicamente famosos *downsizings* y reingenierías), se flexibilizaron las leyes

laborales, se canibalizó a operarios y profesionales de todo nivel, se propició el terror a quedar fuera del mundo laboral. El director francés Laurent Cantet ofreció miradas lúcidas e implacables sobre esto a partir de sus filmes *Recursos humanos* y *El empleo del tiempo*. En particular los hombres fueron víctimas (y victimarios) de este proceso, justamente porque sus salarios son más altos. “No es que las mujeres estén ganando muchos más lugares de trabajo”, decía el semanario inglés *The Economist* hacia 1996, “sino que resulta significativa la proporción de hombres que quedan fuera del mercado laboral. En los años 60 casi la totalidad de los hombres trabajaba: ahora ya no.” Se empezaba a manifestar así lo que llamo el fenómeno del proveedor desprovisto (que no sabe no ser proveedor). “Hoy los hombres que recién empiezan, a los 18 años, como los que ya están terminando, después de los 50, temen quedar fuera del mercado laboral, no poder insertarse o reinsertarse en él”, advertía al iniciarse el nuevo siglo el consultor laboral argentino Héctor Fernández Riga, creador entonces de *The Golden Age*, una proveedora de profesionales mayores de 40 años.

- Un informe de la Policía Federal argentina señaló lo que se ha convertido en una trágica comprobación para la sociedad de este país: el 40% de desórdenes públicos es provocado por adictos, el 80% de los cuales son varones. La Secretaría de Prevención de la Drogadicción de la Provincia de Buenos Aires registró que el 70% de los jóvenes consume alguna sustancia tóxica, que la mayoría se da entre los 14 y 16 años y que en un 72,76% de los casos son varones. Un adolescente de 16 años, Matías Bragagnolo, fue muerto a golpes por una patota de jóvenes varones de su misma edad, o menores, en marzo de 2006, en un barrio de la alta sociedad de Buenos Aires. Otro muchacho de 21 años, Ariel Malvino, también argentino, resultó asesinado por una banda de

compatriotas de su misma edad (estudiantes de buenas familias de la ciudad de Corrientes) el 19 de enero del mismo año en Ferrugem, playa brasileña. Sus asesinos solían practicar boxeo como una forma de afirmar su machismo.

¿Podemos seguir? Sí, por un largo tramo. Y, aun a riesgo de abrumar, quiero citar unos pocos elementos más.

- Los investigadores en el campo de la salud sexual afirman que los varones son los principales transmisores de las enfermedades de transmisión sexual y del HIV debido a su conducta desaprensiva, a su ignorancia sobre el tema y a la falta de educación y guía. El fenómeno se va extendiendo entre los varones jóvenes.
- Los entrenadores deportivos (he consultado a varios) se muestran crecientemente preocupados por las conductas de los padres (varones) en las confrontaciones infantiles y juveniles en deportes como el fútbol, el básquetbol, el rugby o el hockey entre otros. Esos padres arengan a sus hijos a ganar a cualquier precio, a ser violentos con el adversario, además de presionar a los entrenadores para que “formen” a sus hijos en esa dirección. No admiten la derrota y, a menudo, cuando ésta sobreviene, buscan la revancha a través de enfrentamientos a puñetazos con los padres de los ganadores.
- Un informe presentado en marzo de 2006 por Médicos sin Fronteras considera la violación sexual como una verdadera plaga a escala mundial que, sólo en Estados Unidos, afecta a 700 mil mujeres por año pero que “no es cosa de latinos ni de salvajes, sino que está bien repartida a lo largo del mundo y de las clases sociales”.
- Un candidato del partido gobernante en las elecciones parlamentarias de Argentina, a fines de 2005, manifestó entusiasmado ante un auditorio juvenil que lo vitoreaba, que el

Presidente argentino podía hacer todo lo que hacía “porque le sobran huevos”. En esa misma línea, el mismo Presidente suele repetir que sus adversarios no le torcerán la mano porque él tiene “lo que hay que tener”.

- En plena disputa entre Argentina y Uruguay, sumergidos en un conflicto internacional debido a la construcción de fábricas papeleras posiblemente contaminantes sobre un río de aguas compartidas, un dirigente ambientalista argentino se lamentaba ante el diario *La Nación*, de Buenos Aires, porque “aquí lo único que están tratando de demostrar es quién es más macho”.
- Procesado como responsable de la muerte de 193 personas durante el incendio de un local que él regenteaba en Buenos Aires (llamado *Cromagnon*), el empresario de espectáculos Omar Chabán respondió así (en marzo de 2006) a tres periodistas que, al entrevistarlo, en la cárcel, le preguntaron por qué los jóvenes arrojan bengalas incendiarias en conciertos multitudinarios, pese a las advertencias: “Porque no sienten culpa y así se sienten machos. Fijate lo que hago, soy más macho que vos, más macho que la otra banda”.

ETIQUETAS ENGAÑOSAS

¿Podemos seguir acumulando ejemplos y datos? Podemos. Pero es suficiente. Flotamos en una pecera teñida por un paradigma masculino arcaico, violento, depredador en lo físico, en lo geográfico, en lo emocional, en lo vincular, en lo espiritual. Un paradigma que se nos impone a veces con brutalidad y muchas más veces engañosamente mimetizado en mensajes y propuestas que se difunden a través de los medios de comunicación, las conversaciones, las conductas. Parte del engaño se llama “Nueva masculinidad”, o “metrosexualidad”,

o “cibersexualidad” o “vitalsexualidad”, o “Nueva paternidad”, y probablemente para cuando este libro esté en circulación otras etiquetas habrán nacido y desaparecido con la fugacidad de lo que no tiene raíces ni sustento.

A veces creemos (o se nos hace creer) que el modelo de *masculinidad tóxica* (como lo llamaré de aquí en más a lo largo de este trabajo) pertenece al pasado, a la época de “nuestros padres”. Lo creemos porque estamos intoxicados y, adhiriendo al pensamiento mágico, creemos (hombres y mujeres de buena voluntad) que si decimos que algo no existe, sólo por decirlo desaparecerá. Y a veces lo creemos porque las usinas de la publicidad y del marketing nos someten a bombardeos sutiles o alevosos según el caso, groseros o ingeniosos según el caso, obscenos o psicopáticos según el caso, para convencernos de algo que, de lograrlo, nos convertirá en consumidores sumisos de cualquier cosa que se nos quiera vender. En este caso se trata de embutir a los varones cosméticos, ropas u otros productos que antes sólo se destinaban a un mercado femenino. También se trata de ilusionar a las mujeres (“Ahora hay un nuevo tipo de hombre, *sensible*, usá esto, comprale lo otro y lo encontrarás”). La publicidad, el marketing, los medios no son hoy inocentes. Son inculcadores y portadores activos y constantes de muchos de los más nocivos mensajes, propuestas orientadoras e incitaciones ideológicas (a la manipulación, a la violencia, a las adicciones) que emponzoñan el agua en que nadamos.

En el caso del paradigma masculino en boga (*muy en boga*, como se verá en estas páginas), quienes se desempeñan en esas actividades quizás deban ser llamados a declarar algún día como imputados y acusados. Para conseguir pruebas sólo basta con sentarse frente a un televisor (por no hablar de otros medios) apenas unos minutos. Allí mismo, además de avisos, se podrá ver cómo los programas de mayor porcentaje de audiencia (esos que, según los directivos de los canales,

“la gente pide”) son verdaderos caldos de cultivo de las creencias del machismo depredador.

Animadores y animadoras por igual exudan masculinidad tóxica en su lenguaje, en sus chistes, en sus declamaciones, en su manera de dirigirse, según sea el caso, a hombres o a mujeres. Esto se festeja y luego se repite. Es decir, se contagia como un virus. Se cita en las conversaciones cotidianas. Cuanto más machista, cuanto más tóxico sea el mensaje, más idolatrado será el conductor, o galán, o actriz o conductora de turno. Sus televidentes se cuentan por millones y no son sólo hombres y mujeres adultos. Son niños, niñas, también ellos celebran, del mismo modo en que ven celebrar a sus adultos. Respiramos, pues, ese agua, somos peces de esa pecera.

Todos estos factores (guerras, violaciones, accidentes, conductas deportivas, comportamientos sociales, actitudes sexuales, formas de interacción política, discursos públicos, apelaciones de mercadeo, modas televisivas) pueden ser estudiadas desde diferentes miradas y disciplinas: desde la economía, la política, la sociología, la psicología social, la semiótica y más. De hecho lo son. Cada enfoque aporta información, ideas, hipótesis. Sin embargo, en mi opinión, hay un elemento que suele ser ignorado, o no registrado, cuando se abordan fenómenos tan decisivos de la vida contemporánea. No se sopesa, y a menudo da la impresión de que ni siquiera se sospecha, el peso significativo que tiene en todo esto el paradigma masculino primitivo y depredador. Hasta tal punto se ha incorporado como parte “natural” de nuestra manera de relacionarnos entre nosotros y con el planeta, que no se lo cuestiona.

Cuando digo esto, creo no exagerar. Es cierto que en algunos foros universitarios o intelectuales, que en ciertos programas de televisión y radio o en algunos espacios de la investigación periodística gráfica, que en determinados ensayos o en eventos especializados (como la Conferencia Internacional de

la Mujer o ciertas comisiones parlamentarias) se lo denuncia. Sin embargo se trata de un “como si” de la denuncia, de actitudes que apuntan a generar polémica para ganar audiencias (televisivas, radiales, políticas), para estimular el *fund raising* de algunas organizaciones, para mejorar perfiles de los denunciantes, pero, hasta aquí, no han servido para transformar realmente una realidad altamente tóxica y altamente peligrosa para los vínculos humanos.

Por último, deben incluirse las denuncias de distintos foros feministas que, en definitiva, antes que apuntar a una transformación de las relaciones humanas, a una integración fecunda de las diferencias entre varones y mujeres en una complementariedad que mejore la vida de todos (en especial de las generaciones futuras), toman el perfil de una revancha. En este punto, rescato la lucidez de Elisabeth Badinter, antropóloga e historiadora francesa, una de las más prestigiosas feministas europeas, que en su trabajo *Fausse Route (Hombres y mujeres, cómo salir del camino equivocado)* señala: “La perspectiva *victimista* (propuesta por el feminismo) no carece de ventajas. En principio, sin más, una se siente del lado correcto de la barricada. No sólo porque la víctima siempre tiene razón sino también porque provoca una conmiseración simétrica al odio sin piedad que una dispensa al verdugo. (...) Al insistir acerca de la imagen de la mujer oprimida e indefensa contra el opresor hereditario se pierde toda credibilidad ante las generaciones jóvenes que no escuchan con ese oído. Por otra parte, ¿qué se les propone sino cada vez más penalización y victimización? (...) ¿Qué paradigma masculino y femenino se intenta promover?”. En efecto, muchas posturas feministas (las más radicalizadas y dogmáticas) sólo tienen diferencias de forma con el machismo:

* Fondo de Cultura Económica, Bs. As., 2003.

proponen un dogma basado en la supuesta superioridad de un accidente biológico (el sexo) sobre otro. Y elaboran desde allí su propio modelo de competencia, intolerancia, descalificación y resentimiento.

SIN DISTINCIÓN DE GÉNERO

Las reflexiones de Badinter vienen al caso, ponen el acento en una cuestión central. Si vemos al modelo masculino todavía hegemónico en nuestra cultura sólo como un problema de los hombres, como una veta de la cual ellos se enriquecen a costa de sus víctimas femeninas y como una simple cuestión de poderes en pugna, habremos caído en otro de los paradigmas trágicos de nuestra cultura: el dualismo, la necesidad de entender las cosas en términos de una *contra* la otra. Se pierde así la riqueza de la visión integradora y transformadora.

Éste no es un problema de hombres contra mujeres (aunque así lo vivan quienes adhieren a los *ismos*). El paradigma de la masculinidad tóxica afecta a la Humanidad en su conjunto. Nos impide enriquecernos con la diversidad, ser fértiles a partir de las diferencias, trascender desde la complementariedad. Es un paradigma que infecta al pensamiento social en su conjunto, a las relaciones humanas en su totalidad. Destruye los ecosistemas (físicos y espirituales) en los que todos, juntos, con vestido o con pantalón, con pene o con vagina, habitamos. Las cifras y ejemplos citados en el inicio de este capítulo son elocuentes en ese sentido. No hay ventajas de "género" en cuanto a los perjuicios del modelo. No hay ninguna ventaja para los varones en vivir de seis a nueve años menos que las mujeres (con una esperanza de vida que se acorta debido a la toxicidad del modelo masculino). No hay ventaja para las mujeres en sobrevivir en una sociedad de

viudas. Y no hay ventajas para las jóvenes (y próximas) generaciones en recibir, por acción o por omisión, a través de mensajes explícitos o de dobles mensajes manipuladores, la orientación hacia la reproducción del modelo o, por el contrario, la desorientación y la desesperanza absolutas acerca de una mejor convivencia entre los seres.

Propongo que nos detengamos en este punto. Se suele decir, con frecuencia y levedad, que el modelo tradicional masculino pertenece al pasado, que las nuevas generaciones de maridos, de padres, de profesionales, de amigos varones ya no responden a ella. Que son más participativos (en lo doméstico, en la crianza de los hijos), que son más sensibles (comunican más sus sentimientos), más solidarios con las mujeres y más comunicativos entre sí. Quienes lo dicen pertenecen a generaciones adultas, mayores. También lo afirman muchos comunicadores, fabricantes de productos para “hombres sensibles”, e incluso lo suelen repetir muchos hombres que se sienten culpables de pertenecer (por una adscripción biológica) al bando de los “opresores”. A veces lo dicen sociólogos y educadores. En algunos de quienes sostienen esta teoría subyace el deseo y la (buena) voluntad de que sus palabras sean ciertas. En otros, hay un interés oculto, en otros se trata de meras repeticiones automáticas de consignas. Desde mi punto de vista, esto es simplemente una manifestación de lo que se conoce como “pensamiento políticamente correcto” o progresismo *a la moda*. Se trata de estar “a la altura de los tiempos”. ¿Quién actuaría o hablaría hoy como un machista prehistórico, cómo un primo hermano del hombre de Neandertal? Nadie que, de veras, pretenda ser escuchado o respetado, de acuerdo con las convenciones culturales contemporáneas. De manera que se hace necesario un discurso diferente, sin dudas. Pero los discursos cambian con más velocidad y facilidad que las conductas (la política es una prueba cotidiana de esto). Es una ilusión

infantil confundir palabras con hechos. Sin embargo, es lo que suele hacerse con frecuencia en este tema. Si repetimos diez veces que los hombres han cambiado o están cambiando, empezaremos a ver hombres diferentes y vínculos diferentes entre ellos, entre ellos y sus hijos, entre ellos y sus mujeres, entre ellos y la Naturaleza. Veremos nuevas formas de la política (más humanistas), de la economía (más solidarias), de las relaciones sociales (más compasivas). Este pensamiento mágico, que permite ver lo que se quiere ver más allá de que exista o no, parece impulsar a los voceros de la nueva joven masculinidad.

MAGIA E IRRESPONSABILIDAD

Además de mágico, ese pensamiento es, en cierto modo, irresponsable. Supone que los cambios se hacen con desearlos, que no hay que comprometerse con ellos, que no hay tareas por realizar ni deberes por asumir. Cuando descubren la peccera en la que han crecido y vivido y lo que ellos mismos han transmitido a través de ese agua a los pequeños peces, muchos adultos (hombres y mujeres) parecen creer que su “darse cuenta” producirá, a través de una ósmosis misteriosa, la transformación de sus hijos, nietos, yernos, sobrinos y demás varones consecuentes. ¿Pero por qué habrían de ser enteramente distintas las nuevas generaciones? ¿No nacieron de las que les precedieron, no fueron educadas por aquellas? ¿No hay un excesivo desligamiento de las propias funciones cuando se confía en un cambio que los jóvenes deberían hacer por su cuenta? ¿Sólo con no ser un padre autoritario se consigue tener un hijo sensible, compasivo, solidario y, a la vez, fuerte, espiritualmente corajudo? ¿Basta, de veras, con no ser un padre autoritario (ya profundizaremos en esta cuestión)? ¿Qué tipo de hombres y mujeres son estos adultos en las otras áreas de su

vida? ¿Están seguros de que no se manejan allí con el paradigma masculino tradicional? ¿Son despiadadamente competitivos, confunden fines con medios, incluyen la compasión y la empatía en sus vínculos de amistad, afectivos, profesionales, sociales y demás? ¿No apoyan guerras (¿ni creen en las “guerras justas”)? ¿Cómo conducen sus automóviles, cómo se conducen respecto de las reglas, leyes y normas, cómo actúan y piensan acerca del otro sexo, son respetuosos de las diferencias, pueden celebrarlas? En síntesis, ¿por qué habrían de cambiar los jóvenes varones y las jóvenes mujeres (ya que, insisto, el paradigma nos cabe a todos) si no cambian su entorno y sus referentes? ¿Puede, en fin, un pequeño pez tomar oxígeno puro de una pecera contaminada?

Sin embargo, hay cambios. Pero, por ahora, son epidérmicos. Claro que, en algunos padres y maridos jóvenes, se notan actitudes diferentes. Pero no están transformando el paradigma. Ocurre, según mi evaluación, que la toxicidad del paradigma que nos rige es tan alta como para generar síntomas inocultables, tanto físicos como psíquicos y emocionales. Estos van desde niveles de estrés y enfermedad crecientes, hasta insatisfacción espiritual, ansiedad, angustia, en pocas palabras vacío existencial. A veces conciente, a veces intuitivamente, hay quienes buscan cambiar algo. En esa búsqueda, incipiente e incierta, se pueden anotar, en parte, los aparentes nuevos modelos que con tanta ligereza se celebran. Adherir a la creencia de que ha advenido una “nueva masculinidad” tiene, desde esta perspectiva, un costo muy alto: el de reforzar la masculinidad tradicional, con todas sus consecuencias. A fines del siglo diecinueve el príncipe italiano Tomaso Di Lampedusa describió magistralmente, en su novela *El gatopardo*, estos procesos ilusionistas que permiten hacer creer que algo cambia para que nada cambie.

CADA UNO A LO SUYO

¿Por qué depositar toda la responsabilidad de nuestros problemas sociales, políticos y culturales en el paradigma masculino hegemónico? ¿Finalmente eso no conduce a aquello que critico en el feminismo, es decir a hacer de los hombres los culpables de todo? Conviene aclarar cuanto antes que ese paradigma no es la *única* causa de la desarmonía de nuestro planeta. Pero es una razón de mucho peso, puesto que en el juego de la relación entre los géneros, a los hombres se les encargó la conducción del mundo externo, público, social, y es desde allí desde donde este modelo se posicionó y extendió. A las mujeres, en esa repartición de funciones culturales que se viven como “naturales”, les tocó la administración de lo doméstico, lo privado, lo emocional. Desde sus funciones unos y otras han mantenido en funcionamiento, y en reproducción, esta peccera en la que habitamos y que se llama “nuestra sociedad” o “nuestra cultura”. Dentro de ella, y ateniéndose a sus funciones “específicas”, durante muchas generaciones las mujeres (víctimas como los hombres) contribuyeron al mantenimiento del paradigma criando, por ejemplo, hijos machistas e hijas a quienes se educaba para elegir hombres machistas (proveedores materiales, productores, protectores), hombres, en fin, que las relegarían a un espacio en el que ellas proveerían, a su vez, lo suyo (capacidad de materner, nutrir, alimentar y ordenar lo doméstico, disponibilidad sexual) sin interferir. Esto, por supuesto, también ha cambiado en parte, pero mucho más en lo formal que en lo esencial. Ya lo veremos. Sin embargo, el cambio de las mujeres ha influido, como consecuencia, en el hecho de que hoy se cuestione el paradigma masculino. No es el único motivo, pero es uno muy importante.

Así estamos, entonces, en un punto de inflexión. La masculinidad tóxica es aún un modelo predominante, se extiende

hasta los intersticios más sutiles de nuestra vida, de nuestros vínculos, de nuestras actividades, de nuestro estar en el mundo. Marca nuestras vidas y nuestras relaciones con más profundidad de lo que advertimos y reconocemos. Nos pone en peligro, daña nuestro hábitat natural. Y no admite miradas negligentes, desentendimientos ni, mucho menos, descargos.

Durante un tiempo, acaso las últimas tres décadas del siglo veinte, mientras se iniciaban transformaciones y cuestionamientos significativos en la conducta y la ética sexual, mientras mutaban los modelos de pareja, de matrimonio y de familia, resultaba plausible atribuir los comportamientos derivados del paradigma masculino tóxico a las décadas y siglos de vigencia del mismo, a la ignorancia (de los propios hombres en primer lugar) generada por ese modelo. Podía sostenerse, con algún fundamento, que el machismo (como modelo social que incluye a todos, varones y mujeres) no era una elección, sino una imposición. Cuando el siglo veintiuno está ya en pleno desarrollo, aquello ya no cabe. Respecto de la masculinidad tóxica, en mi opinión, ya no hay lugar para descargos, ya no se puede alegar inocencia.

Ocurre que no somos peces, después de todo. Somos humanos. Y lo que nos convierte en tales es la conciencia. La conciencia nos hace responsables, es decir nos impide delegar en otros (o en circunstancias, hechos, azares, etcétera) las consecuencias de nuestros actos, de nuestras elecciones, la elección de nuestra vida. Desarticular el paradigma de la masculinidad tóxica es, pues, una cuestión de responsabilidad. Una cuestión moral.

Veamos, entonces, de qué se compone y cómo se construye ese paradigma.

CAPÍTULO 2

ADIÓS, NUEVA MASCULINIDAD, ADIÓS

A comienzos de los años ochenta del siglo veinte, un novedoso fenómeno social despuntó en Canadá y Estados Unidos en un principio, amenazó con extenderse a Europa con algunas manifestaciones en Gran Bretaña, Australia y, con más timidez, en Alemania y España; tuvo exiguo vislumbre, sobre todo en ámbitos intelectuales y universitarios, en México, mostró algún vestigio en Chile, más que nada en búsquedas individuales de algunos pensadores, y llamó la atención en Argentina, donde cobró cierto impulso a finales de esa década y comienzo de la siguiente. Sus pioneros se llamaron Robert Bly, James Hillman, Frank Cardelle, Herb Goldberg, Sam Keen, Walter Hollstein, John Lee, Aaron Kipnis, Marc Fasteau y hubo más. Francisco Huneuus, psicoterapeuta y editor, publicó y divulgó desde Chile algunos textos fundacionales. En la Argentina Juan Carlos Kreimer, en particular, y Guillermo Vilaseca asumieron los primeros impulsos. Formé parte de esa búsqueda, coordiné grupos masculinos,

encabecé proyectos en esa dirección, ella fue mi puerta de entrada a la exploración de los vínculos humanos. Todo ese movimiento fue bautizado como *Men's Lib* (para acompañar al pretérito *Women's Lib*, que definía desde los años sesenta al movimiento de liberación femenina). Y también, sobre todo en los países de habla hispana, fue celebrado como una *Nueva Masculinidad*.

A través de grupos de reflexión, talleres, retiros de fin de semana en campos y bosques, lecturas, discusiones, aparecían hombres (en su mayoría de clase media, cercanos a los cuarenta años, con cierto nivel cultural y alguna apertura emocional) que trataban, con su acción, de hacer una síntesis entre las dos denominaciones del fenómeno. Es decir, proponían *liberarse* de mandatos, creencias, estructuras ideológicas de la masculinidad tradicional y poner vivencialmente, a través de sus experiencias, las bases de una *nueva* forma de vivir su condición de varones. A esos hombres los guiaba la necesidad de escapar al paradigma de la masculinidad tóxica. Ya habían sido dañados por ésta (como hijos, como padres, como maridos o amantes, como profesionales, etcétera) o se sentían asfixiados dentro de dicho paradigma aunque hubieran gozado de sus privilegios. Por primera vez, reunidos entre sí, los hombres hablaban de sus sentimientos, de sus temores, de sus necesidades, de sus dudas, compartían actividades físicas no competitivas, no destinadas necesariamente a vencer al otro, se reconfortaban y reconfirmaban su masculinidad a través de una comunicación corporal plena, sin aprensiones. Eran varones en la exploración de su masculinidad profunda.

Ante ese fenómeno hubo dos tipos de reacción. Una prejuiciosa, proveniente sobre todo de otros hombres, que veía en aquellos grupos a varones *flojos*, sospechosos, a homosexuales encubiertos. Para aquellos enjuiciadores encadenados al modelo masculino tradicional y precario, el sólo hecho de cuestionar

dicho modelo era inadmisibile y (ésta es una presunción personal que algunos episodios afirmaron) provocaba poco menos que pánico. En sus rígidos esquemas ideológicos se planteaba esta pregunta: ¿si un hombre no es lo que nos enseñaron que debe ser, entonces qué es? ¿Una mujer? En la concepción machista tradicional todo aquello que no se reconoce como “masculino” (según ese canon), es femenino. Otra vez, el dualismo que nos rige extiende su penosa sombra.

La otra reacción fue de un alborozado voluntarismo. Si había grupos de varones que se proponían revisar el patrón masculino reinante, significaba que estábamos en la alborada de una nueva era. Pronto los hombres harían su *mea culpa*, empezarían a reparar conductas, abrirían de par en par las puertas de su sensibilidad y varones y mujeres viviríamos para siempre en un plano de igualdad, de comprensión, casi de fusión. A esta tendencia adscribían algunas mujeres que ya habían protagonizado su propio cambio, otras ansiosas de encontrar hombres diferentes y también lo hacían hombres (muchos de ellos pensadores, artistas, profesionales de las ciencias sociales, escritores o, simplemente varones hartos de los mandatos que pesaban sobre ellos). Estos hombres, en muchos casos, se sentían culpables de sus propios pasados y, con frecuencia, hasta del pasado entero de la masculinidad, por lo cual, a mi juicio, corrían hacia la transformación impulsados por la culpa. Y el que cambia movido por la culpa no encuentra los caminos de transformación apropiados. Así los varones culposos, prestos a mostrarse tiernos, receptivos y sensibles, dispuestos a escuchar a las mujeres, inclinados a prácticas corporales y espirituales que ellas ya habían iniciado, se convirtieron de pronto en la gran novedad en el mundo de las relaciones intergenéricas.

ALEGRÍA Y DECEPCIÓN

Las mujeres sentían que tenían por fin ante sí a un opuesto complementario sensible y afectivo. Pero esas mismas mujeres que celebraron la llegada del hombre “tierno” no tardaron en comenzar a desencantarse de él, a sentirse inseguras, sin contención, a su lado. Es que los hombres cultos (muchos de ellos congregados en grupos de “varones no violentos”, de “machos arrepentidos” o de “hombres feministas”, como se denominaron) no propusieron un nuevo modelo de masculinidad, no bucearon en la profundidad de lo masculino auténtico y esencial, simplemente se mimetizaron en aquellos atributos que se consideraban valores femeninos. No desarrollaron, exploraron ni transitron expresiones particulares de la ternura, de la receptividad, de la intuición, de la sensibilidad, de la capacidad nutricia; eran hombres que tomaban prestadas las formas femeninas de esos atributos. Y a eso le agregaban una súbita y casi obsecuente admiración por todo lo femenino y casi un desprecio indiscriminado por lo propio, es decir lo masculino. En mi opinión, sobreactuaron la culpa sin cambiar nada de fondo.

Las mujeres no se encontraron con un opuesto complementario, con la diversidad. Estos hombres les ofrecían lo que ellas ya tenían. Se duplicaban ciertas formas mientras quedaban ausentes otras. Un varón no se transforma imitando a una mujer y despreciando sin explorarlos sus propios atributos, sino desarrollando formas específicas de todo aquello que está negado o postergado en él por mandatos de género que le llegan por vías familiares o sociales. Cuando no es así nos encontramos con lo que el sacerdote benedictino alemán Anselm Grün, uno de los más valientes y lúcidos exploradores espirituales contemporáneos, llama “los blandengues”.

En su libro *Luchar y amar*^{*}, una sensible mirada a las cuestiones masculinas, los describe así: “El blandengue no es sólo un compañero sin incentivo para la mujer, es también una persona socialmente estéril. No irradia ninguna energía, ningún estímulo, ninguna pasión, ninguna innovación”. Según Grün, muchos hombres se han tomado tan a pecho el pedido de que integren su parte “femenina”, que han olvidado su propia masculinidad.

Un cuarto de siglo más tarde hay que reconocer que aquella iluminación de la Nueva Masculinidad fue un relámpago relativamente breve. Si bien las mofas, sospechas y resistencias iniciales derivaron luego, hacia mediados de los noventa, hacia una aceptación del fenómeno, hacia su incorporación al paisaje de los fenómenos sociales, los postulados de la llamada Nueva Masculinidad se fueron convirtiendo apenas en un discurso, en una manifestación de lo “políticamente correcto”, en una credencial que todo hombre que se quisiera acercar a una mujer evolucionada debía exhibir, en un yacimiento de imágenes y frases con gancho para los lumbreras de la publicidad y el marketing, en un argumento de ciertos discursos sociales, películas, novelas y, curiosamente, en un campo de estudio para numerosas investigadoras feministas que, de pronto, comenzaron a diseccionar la experiencia masculina con una saña, una soberbia y, a menudo, un manifiesto desconocimiento que, con razón, hubieran rechazado si hubiese ocurrido al revés (hombres explicando qué significa ser y vivir como mujer). Aún lo hacen, pero ésa es harina de otro libro.

En realidad, la conciencia de la necesidad de un cambio y la prioridad de actuar por él estuvo lejos de extenderse a una masa crítica de varones. Quedó limitada a hombres “ilustrados”,

* Editorial San Pablo, Buenos Aires, 2006.

con un cierto nivel cultural, de sensibilidad y de experiencias. Pero estos no fueron producto del nuevo fenómeno, sino sus voluntariosos impulsores. Frente a ellos, y rodeándolos desde el escenario de la educación, desde la política, desde los negocios, desde los deportes, desde el discurso mediático, desde las experiencias cotidianas en oficinas, fábricas, estrados, pantallas, tribunas, hogares, el paradigma de la masculinidad tóxica demostró su vigencia, su poder, su profunda raigambre cultural, su capacidad de reproducción. De fenómeno inquietante la “Nueva Masculinidad” pasó a ser un movimiento simpático y domesticable y hasta quedaba bien presentar un hombre sensible (o su imagen) en las pantallas, en las páginas escritas, en los anuncios, en las tiras televisivas, en las góndolas de las librerías, en la familia, en los círculos de amigas o amigos. Por detrás de eso el mundo se seguía manejando (y aún continúa) de acuerdo con las coordenadas de la masculinidad tóxica.

LOS HOMBRES DEL VAPOR

Se puede decir que este modelo masculino, tal como lo conocemos hoy, empezó a delinearse a partir de la Revolución Industrial, hacia mediados del siglo dieciocho, en Inglaterra. Desde allí se extendería luego al mundo occidental un modelo de producción en serie asentado en la aparición de la máquina a vapor. Hasta allí había prevalecido el artesanado, la agricultura y, dentro de ese esquema, la familia como una unidad productiva en sí. Todos sus miembros colaboraban en las labores de las cuales vivían y eso les permitía compartir horas, tareas, información, penurias, logros. A partir de la irrupción del maquinismo, se crearon los talleres (precursores de las fábricas), que se instalaban fuera de las ciudades y requerían de

numerosa mano de obra. Ésta era esencialmente masculina. Los hombres empezaron a dejar el hogar para ir a trabajar, pasaban largas horas, a veces días o semanas, sin ver a sus hijos y a sus esposas, ausentes del acontecer familiar. Empezó la especialización: los hombres a trabajar para proveer, las mujeres a custodiar la casa y a criar los hijos. El mundo externo se convirtió, cada vez más, en un mundo masculino. El interno, cada vez más, se definió como un espacio femenino. La Revolución Industrial significó una transformación social de efectos tan profundos que no han cesado aún. Ella acompañó, también, a la formación de nuevas naciones, a la consolidación del Estado nacional como modelo político, económico y social. El nacimiento de nuevos estados, la puja con antiguas monarquías, derivó en la multiplicación de guerras civiles, nacionales e internacionales. Así como eran requeridos para las fábricas, los hombres eran también demandados en los campos de batalla. Además de dirigirlas, impulsaban con su carne, su tiempo, su cuerpo y su sangre a la política y a la economía.

En los puestos de trabajo, para cada hombre su semejante era un competidor y en los campos de batalla era un enemigo. Uno no se fía de quien le puede quitar su empleo ni de aquel que lo puede matar, más bien se pertrecha ante él, se aleja. Las mujeres queridas quedaban lejos, se volvían extrañas, se reducían a su papel reverencial de madres. Ellas les daban hijos (apenas para eso alcanzaban los esporádicos encuentros y ya era mucho en una época de alta mortalidad infantil), luego se ocupaban de criarlos y alimentarlos con el dinero ganado y traído, o enviado, por los hombres. Para otros encuentros, sobre todo sexuales, había otras mujeres en las ciudades, en los alrededores de las fábricas y de los terrenos de combate. Mientras los hombres eran explotados por un lado, se convertían en explotadores subsidiarios de esas prostitutas (el excedente femenino no destinado a la maternidad). Esa nueva

organización social y económica, en la cual unos tenían los medios de producción (y a menudo decidían los movimientos del Estado) y compraban el trabajo o los cuerpos de otros, había comenzado a perfilarse de un modo incipiente durante el Renacimiento y terminó de asentarse a partir de este momento. Se llamó, se llama aún, capitalismo.

EMOCIONES, *OUT*

En este nuevo contexto los hombres se encontraron definidos como productores, proveedores, luchadores, fuertes, potentes, resistentes, decididos, asertivos, emprendedores, agresivos, impulsivos. *Debían* serlo para sobrevivir en los espacios a los que estaban destinados y con las reglas de juego que se empleaban en esos espacios. Para producir, proveer, luchar, competir y sobrevivir con éxito hay que carecer de puntos débiles. Y en este paradigma la emocionalidad es debilidad. Las emociones, los sentimientos, las dudas, los temores, la contemplación, el dolor, la pasividad, la piedad, la compasión, la intuición, observadas desde el modelo masculino que estamos explorando, ablandan, distraen, comprometen el logro de objetivos. Es necesario disociarse de ellas, dejarlas afuera de la identidad de género. Nada garantiza mejor ese propósito que considerarlas como atributos femeninos. Así, fue quedando en claro (*muy* en claro) el límite demarcatorio de lo masculino y lo femenino. Y los hombres sabían que no debían ni cruzarlo ni asomarse a husmear del otro lado.

De esta manera se adjudicó sexo a algo que no lo tiene: las emociones. Se segmentaron atributos humanos, se privó de buena parte de ellos a las mujeres y se esquiló de la otra mitad a los varones. Cada uno quedó a cargo, además, de territorios y responsabilidades específicas. Del umbral del hogar hacia

adentro, las mujeres: del umbral hacia fuera, los hombres. Quizá porque los varones quedaron en el espacio público, abierto, expuesto, la masculinidad se convirtió en una condición que permanentemente debía ser demostrada, revalidada. Los hombres debían certificar que eran hombres tanto en el trabajo, como en los negocios, en el manejo de los asuntos políticos, en las batallas o en el sexo. A las mujeres, en principio, se les exigió que demostraran su capacidad de ser madres (vientres fértiles que saben criar). A los varones, mucho más que eso. Por otro lado, la demostración de la masculinidad se hacía no sólo ante las mujeres (ser el macho más apto de la manada), sino ante los mismos hombres que, en definitiva, podían ser los máximos descalificadores o aprobadores. El antropólogo David D. Gilmore define esto con precisión en su investigación *Hacerse hombres**, una exploración de cómo se forja la masculinidad en diferentes culturas: “La verdadera feminidad rara vez se involucra en pruebas o demostraciones, ni en confrontaciones con enemigos peligrosos: competiciones a muerte que se desarrollan en el escenario público. La feminidad, más que como un umbral crítico que se atraviesa con pruebas traumáticas, una condición de sí o no, se suele concebir como una aportación biológica que la cultura refina o incrementa”.

Sin embargo, las formas de demostración de la masculinidad no dejaron del todo afuera lo biológico (“tenerla más larga”, tener “cojones”, fue siempre una forma muy curiosa de confundir un accidente biológico con un mérito y, además, de considerar ese accidente como prueba de superioridad sobre un congénere o sobre el otro género). Pero más allá de eso, ratificar la virilidad devino en una actividad de connotaciones violentas, destructivas, depredadoras y siempre peligrosas, no

* Paidós, Barcelona, 1994.

sólo para los hombres, sino para la especie, para las otras especies y para el hábitat.

No faltará quien rápidamente desenfunde teorías darwinianas, o innatistas, determinismos antropológicos o biologicistas, y, desde ellos, oponga que en todas las culturas ocurre lo mismo, que así ha sido siempre, que es parte de nuestra condición animal, que así se construyen la historia y la sociedad, y que los guerreros primitivos, y que los leones y los gorilas, y que en un archipiélago de la Polinesia y que la testosterona y que aquello y lo de más allá. Ante todo eso me limitaré, por ahora, a aclarar que este trabajo trata sobre seres humanos, que los seres humanos no son leones ni gorilas, que aquí se habla de seres humanos de una época en particular y de una sociedad específica, la occidental. Se habla de cómo un determinado paradigma afecta a esa sociedad, a los vínculos entre sus integrantes, a la vida de los mismos y a todo su entorno geográfico, animal, vegetal y mineral.

ESTRATEGIAS EN EL PANTANO

No desvalorizo el desarrollo de otros puntos de vista, de otras aproximaciones. Pero mi opinión personal, la que me indujo a escribir este libro, es que el paradigma masculino tóxico tiene consecuencias trágicas y que de su transformación depende, en buena parte, nuestra supervivencia como especie. Aún así, se podría responder a argumentos como los citados antes recordando la capacidad de los pingüinos emperadores machos de empollar los huevos de la pareja y cuidar a sus hijos recién nacidos o la inconvencional monogamia de las cigüeñas macho, o la forma en que los machos, entre los caballitos de mar, lucen sus vientres de embarazados. Se podría mencionar la *covada*, un ritual sobre el que mucho se ha discutido

entre antropólogos y acerca de cuyo origen, en definitiva poco se sabe. La *covada*, repetida en diferentes tiempos y culturas (Nueva Irlanda, las islas Dayak, en Borneo, los Erukaravandlu, en el norte de la India, etcétera) consiste en la participación de los varones en el parto de sus mujeres. Hacen eso de diferentes formas: acostándose junto a ellas y gritando a dúo durante el parto, guardando reposo en la misma cama durante los días siguientes, mientras los amigos varones de la familia se encargan del cuidado y de las tareas de la casa, vistiendo como mujeres durante todo el embarazo, y demás). Siempre que se puede demostrar una cosa (en este caso la supuesta inevitabilidad del comportamiento masculino), también se puede demostrar la contraria (en este caso, las conductas alternativas).

Cuando nos estamos hundiendo en un pantano podemos tomar dos decisiones. Una es empezar a desarrollar las más variadas y complejas teorías acerca de por qué llegamos a esa situación, acerca de la composición química de los pantanos, acerca de por qué se forman, acerca de la zona geográfica que los incluye y, mientras tanto, nos seguiremos hundiendo hasta ser tragados por la ciénaga. O podemos optar por la otra, consistente en poner nuestra energía, nuestra movilidad remanente y nuestro cerebro a trabajar en la búsqueda de un recurso o una acción que nos permita salir de allí, transformar la situación que nos atrapa. Si lo logramos, después tendremos tiempo para estudiar todo lo que deseemos acerca de los pantanos y de sus peligros. O, acaso, ya no nos preocupen. Hoy estamos empantanados en el paradigma de la masculinidad tóxica. ¿Qué haremos?

Ese paradigma sigue exigiendo demostraciones. Y las demostraciones, aunque remodeladas, actualizadas, maquilladas con tonalidades aparentemente más suaves, siguen siendo las mismas. Y mantienen, aunque refinada en muchos casos, su crueldad. Legiones de hombres (jóvenes, con formación cultural,

con nivel educativo) no acompañan el crecimiento de sus hijos e hijas, no participan de la vida cotidiana de estos, los ven un rato en la mañana (acaso los llevan al colegio) y los vuelven a ver dormidos en la noche. Muchos de estos hombres sufren (desde ya, sus hijos están creciendo con hambre de padre), pero se sienten incapaces de abandonar la trinchera cotidiana (rebautizada con nombres como oficina, estudio, consultorio, empresa o demás) por temor a ser descalificados, a ser considerados débiles, no confiables, blandos y, en consecuencia, a ser expulsados de las cadenas productivas con el corolario de no poder proveer más.

Por otra parte, en esos mismos espacios laborales, profesionales y de negocios, una de las premisas es olvidar la piedad, no dudar, ser implacable con el competidor externo y con el interno. Hay que ganar: ganar dinero, mercados, posiciones, espacios. Ser hombre es ser *ganador*. La palabra *perdedor* debe eliminarse del vocabulario viril. El modelo de la masculinidad tóxica exige que se demuestren agallas de ganador en el deporte, en los negocios, en la política, en las relaciones con las mujeres. Y que se demuestren pronto, y cada día, en cada acción. Esta masculinidad tiene fecha de vencimiento diario y debe revalidarse con cada amanecer. Ya veremos los costos que se pagan por ello en términos de salud y esperanza de vida.

En el paradigma de la masculinidad tóxica las palabras que validan son, entre otras, éstas:

Ganar.

Agallas.

Éxito.

Poder.

Potencia.

Tener.

Hacer.

Producir.
Poseer.
Proveer.
Redituar.
Conquistar.
Someter.
Acertar.
Afirmar.
Imponer.
Matar.
Esforzar.
Penetrar.
Tomar.
Saber.
Decidir.
Demostrar.
Endurecer.

Ese paradigma exige, también, “matar o morir”, “ganar como sea”, “poner huevos”, “ponerle el pecho a las balas”, “no arrodillarse”, “no tener piedad”, “no llorar como mujer lo que no se defiende como hombre” (frase que viene del reproche que su propia madre le hiciera a Boabdil, el último rey moro, luego de que éste perdiera Granada a mano de los españoles, en el siglo dieciséis).

El lenguaje, el pensamiento, las actitudes que predominan hoy en nuestra sociedad están atravesados por el espíritu de estas palabras y de estas frases. En las áreas más ligadas a lo colectivo y lo social —la política, los negocios, la economía, los deportes, los desarrollos tecnológicos, la ciencia— la mayoría de las palabras y frases que enumeré anteriormente se convierten en valores deseables, no sólo por los hombres. La gran mayoría de las mujeres que se desempeña en esos campos lo hace

adhiriendo, en conducta y pensamiento, al paradigma masculino tóxico. Ser una mujer “con huevos” es a menudo allí una descripción elogiosa cuando no admirativa. Hay otros matices del lenguaje que demuestran cómo el modelo machista impregna también el pensamiento femenino. Decir de otra mujer que es una “hija de puta”, puede significar en una boca femenina tanto un elogio como un insulto, según sea el caso. Entre las jóvenes (y no tanto) tratarse de “boludas” puede ser una muestra de cariño o, simplemente, una muletilla de un lenguaje progresivamente empobrecido.

Desde ya, todo esto está muy vigente y se puede registrar con mayor claridad aún entre los varones. No se sale de aquí mediante el simple recurso de volver el tiempo atrás. No se trata de regresar a una era anterior a la Revolución Industrial. Otras injusticias, otras carencias, impregnaban aquellos tiempos. Habría que ignorar muchas cosas que hoy se saben, y eso es imposible. Se puede permanecer en la ignorancia, pero cuando se sale de ella es imposible volver a ignorar. Cambiar el paradigma exige transformaciones hacia el futuro. Se impone salir de un modelo de pensamiento y de conducta, de una ideología que nos mantiene como rehenes. Detengámonos juntos, los unos y las otras, a escuchar nuestras palabras, a observar nuestras acciones, a auscultar nuestros pensamientos (no los que deberíamos o nos gustaría tener, sino los que tenemos). Observemos cómo actúan nuestros hijos e hijas (recordemos que nos observan y, como espejos, nos devuelven una imagen que emitimos). Después, despedámonos de la ilusión que nos hace creer que basta querer una transformación para haberla producido. Si hemos de rescatarnos del paradigma que nos enferma, tendremos que hacer bastante más que desearlo. Porque, mientras se mantiene vigente, deja secuelas profundas y costosas.

CAPÍTULO 3

EL PADRE: AUSENTE SIN AVISO

Una mujer joven conversa con su madre y le dice: “*Mamá, debo confesarte algo. Estoy embarazada*”. La madre la observa, le toma las manos y, con gesto preocupado, pregunta: “*¿Estás segura, querida, de que ese hijo es tuyo?*”. Se trata de un chiste, claro. Un chiste que jamás podría tener como protagonistas a dos hombres. La paternidad de un hijo, al contrario de la maternidad, es algo que siempre debe confirmarse. Durante siglos, la incógnita formó parte de la experiencia masculina y sólo la confianza, la buena fe o el amor podían dar certeza a las inquietudes de los varones. Desde que los análisis de ADN permiten determinar con un 99,9% de precisión (a partir de un cabello con bulbo, un trozo de uña o de piel, un hisopado bucal o una gota de sangre) el patrón genético de una persona y la paternidad de una sobre otra, se puede dar respuesta fehaciente a la duda. En sólo dos años (entre 2004 y 2006), la demanda de estudios de paternidad en los laboratorios especializados creció en un 50% por ciento en la Argentina, según una investigación del diario *La Nación*, de Buenos Aires. El

fenómeno es internacional. En Estados Unidos se hacen más de mil análisis diarios. Primarosa Chieri, directora de una de los laboratorios consultados, explica que “la tendencia ahora es que sea el hombre quien venga a solicitar el estudio”.

¿Se puede inferir de este fenómeno que hay una mayor preocupación de los varones respecto de su rol y su función paterna? En realidad, la mayoría de estos hombres no apelan a los análisis para reclamar paternidades que se les niegan, sino para negar paternidades que se les atribuyen. Lo que lleva a una primera pregunta. ¿Cómo llega un varón a ser padre sin haberse-lo propuesto? En la mayoría de los casos que he investigado a lo largo de años de trabajar con hombres, eso ocurrió porque habían delegado la responsabilidad del control natal en la mujer (ya fuera esposa, novia, amante o aventura ocasional). El fenómeno se explica. En nuestra sociedad los hijos —desde la concepción hasta la crianza— parecen ser, todavía, más un tema de las mujeres que de los hombres, de las madres que de los padres. El doctor Ross Parke, estudioso del desarrollo de la psicología infantil en la Universidad de Illinois, Estados Unidos, señala con cruda ironía en su libro *El papel del padre** que el papá es una necesidad biológica y un accidente social. Se trata de un poderoso y vigente efecto residual del modelo impuesto desde la Revolución Industrial. A partir de que se convirtió en un asalariado (de alto o bajo nivel) o incluso en el patrón de otros asalariados, el hombre empezó a convertirse en un padre ausente. Un productor económico, un proveedor material, un protector físico que cumple estas funciones con una remarcada distancia emocional, un extraño afectivo, alguien a quien se ama porque se extraña y no por lo que verdadera e intensamente se comparte con él.

* Ediciones Morata, Madrid, 1981.

Lo que empezó siendo un alejamiento “por necesidad” acabó en una suerte de característica natural del padre: alguien que garantiza las condiciones materiales para el desarrollo de la crianza por parte de la madre, pero no interfiere en la relación madre e hijo. A lo sumo es convocado como administrador de premios y castigos, como fuerza del orden que impone la ley y los límites, nunca el amor, el contacto espiritual, la guía emocional. El padre, en términos afectivos, es alguien de quien se lamenta el escaso contacto una vez que ha partido, pero con quien se hace difícil establecerlo mientras está.

LA DOLOROSA PRESENCIA

El modelo masculino predominante impuso un modelo de padre eficiente, recto, rígido, productivo, laboralmente dedicado, justo (a menudo dolorosamente justo), sentimentalmente inaccesible. De un hecho socio cultural se hizo una suerte de ley natural según la cual las mujeres están predeterminadas para criar, es una *especialidad* femenina. Apartado de sus hijos por esta “ley”, el hombre se encargó de continuar apartándose por “mérito” propio, subyugado por las aparentes ventajas de sus funciones en el mundo público, social, material. Ocupados en hacer funcionar el mundo, los hombres fueron ignorando cada vez más, de generación en generación, cómo funcionaba su propio vínculo con sus hijos, qué necesitaban estos de ellos y ellos mismos de la paternidad. A cada tanto, alguna gran excusa social, política o económica los empujaba más a esa ausencia. Por ejemplo, las guerras, las grandes depresiones económicas, las justas deportivas, las demandas laborales.

La paternidad, que es un proceso afectivo de doble vía (de padre a hijo, de hijo a padre) y de mutuas influencias, empezó a tener mucho más de rol que de función. El rol es el traje

que usamos en los distintos escenarios de la vida, la función es lo que hacemos con ese traje puesto. El de padre, cada vez más, se convirtió en un traje vacío. Para los hombres sus hijos eran quienes certificaban su capacidad procreadora, y, por lo tanto, su virilidad, quienes continuaban su apellido o su sangre, los destinatarios de sus herencias. Pero la verdadera relación emocional se daba entre madres e hijos. El fruto de este proceso es paradójico. Una sociedad definida como patriarcal, con claras directrices machistas, se configuró como una sociedad huérfana de padre. Es la sociedad en la que vivimos hoy. A propósito, no está de más apuntar que para el propio Sigmund Freud (tan venerado a la hora de explicar el mundo desde los traumas infantiles) el tema del padre fue casi un ítem ignorado.

Queda dicho, esa orfandad paterna no es cosa de tiempos pasados. Está aquí, nos afecta. No alude al hecho de que los hombres mueran antes que las mujeres (una cuestión que más adelante analizaremos con detenimiento). Ni a que los padres no estén físicamente. Muchos de ellos están en la mesa y en las fotos familiares, pagan vacaciones y cuotas escolares, compran televisores y computadoras para sus hijos, imponen alguna reprimenda y, entre los más jóvenes o preocupados, abundan los que cambian pañales o llevan a sus hijos al colegio cada mañana. Sin embargo, cambiar un pañal no es cambiar un paradigma. La ausencia de padre como alquimista espiritual, como cortador del cordón umbilical emocional que ata por años a madres e hijos impidiéndoles a ellas desarrollar la total potencialidad de su feminidad y a estos un crecimiento emocional, la ausencia del padre como un maestro que da herramientas para transformar el mundo, que provee un modelo de mundo deseable y una participación pedagógica en esa transformación, la ausencia del padre como el introductor de los hijos en una experiencia emocional distinta y complementaria de la que reciben (probablemente en exceso) desde la fuente materna, la

ausencia del padre como disparador y mentor de nuevas experiencias en nuevos territorios, la ausencia del padre como figura masculina fuerte y piadosa, firme y amable, certera y tierna, enraizada y espiritual, la ausencia del padre como generador de modelos nutricios, cooperativos, solidarios, morales, humanitarios para la conducción y metamorfosis de los espacios sociales, políticos, económicos que convocan y atañen al colectivo humano, esa ausencia es hoy una dolorosa presencia que el paradigma de la masculinidad tóxica preserva, fomenta y reproduce aun bajo formas engañosas.

Desde ya, no ignoro los esfuerzos individuales de muchos hombres por salir de esa horma y entrar en la de una paternidad nutricia y emocionalmente potente. Conozco gran cantidad de esas experiencias, las he compartido, las comparto, me incluyo en ellas desde mi propia vivencia paterna. Pero no son el modelo oficial en nuestra cultura. En todo caso se pueden tomar como el testimonio de un profundo malestar, como el síntoma de una necesidad urgente, como la invitación a una reflexión conjunta. Esos padres tienen una doble y a veces agobiante misión: proponerse una nueva vivencia de su rol y hacerlo en un medio donde muchas veces se encontrarán solos, incomprendidos o cooptados para otros fines. Siempre habrá una campaña publicitaria o un mensaje mediático pronto a banalizar el intento usándolo para vender algo, sobre todo si el Día del Padre o el Día del Niño están cercanos. Hace unos años, un anuncio televisivo mostraba a un padre con medio cuerpo desnudo que paseaba a su bebé firme y tiernamente abrazada contra su piel. La voz del hombre, en off, decía: *“Hicimos un acuerdo. Yo le cambio los pañales y ella me cambia la vida”*. El anuncio ganó premios y enterneció hasta las lágrimas a miles y miles de espectadores. Con él, una gran corporación se proponía enaltecer su imagen institucional. Lamentablemente los hombres que trabajan en ésa y en la abrumadora mayoría

de las corporaciones (me consta) no tienen tiempo para cambiar pañales y cambiar su vida por una de mayor presencia en la de sus hijos. Son requeridos por las obligaciones laborales de manera absorbente y, si plantean ser consecuentes con el aviso, saben que ponen en riesgo sus empleos. La regla de juego en las corporaciones es: *No importa que seas padre, tu tiempo pertenece a la corporación y no a tus hijos*. De manera que avisos como el mencionado, y otras herramientas de marketing, funcionan como Caballos de Troya, presentes tentadores que vienen rellenos del viejo y tóxico paradigma masculino.

LOS PADRES GOBERNANTES

La orfandad de padre se puede advertir en muchas facetas del diamante social. Una es el modelo de gobernar un país, que pasa del asistencialismo paternalista al autoritarismo impudoso o, lisa y llanamente, al engaño impune. Esos modelos amplían tres formas de paternidad: el padre que subyuga al hijo con dádivas, el que lo somete con la fuerza, el que lo engaña. Tres modos de no reconocer al otro. Los funcionarios (desde los presidentes hasta los más oscuros burócratas) reproducen socialmente patrones que se verifican en la cotidianidad familiar. Como es en pequeño es en grande, como es adentro es afuera. Los modelos sociales se arman desde los individuos, la sociedad no precede a las personas, es su producto.

“Hoy vivimos una verdadera epidemia de abdicación paterna”, advierte Gordon Dalbey, que investiga el tema y es autor de *Sons of the Father: Healing the Father-Wound in Men Today* (*Hijos del Padre: Sanando la herida padre-hijo en los hombres de hoy*), un trabajo sin traducción al español. El padre ausente en lo emocional, carente de tiempo para los hijos, que no es valorizador, que no guía, que no escucha, que no acoge al hijo en

su corazón con receptividad y con firmeza, que no establece límites consistentes y amorosos, que no habilita los espacios emocionales del hijo desde la conducta, el ejemplo y la empatía, hace que sus hijas crezcan como mujeres desorientadas y desinformadas respecto de la idiosincrasia profunda de la verdadera masculinidad, las deja sin referencias enriquecedoras en la búsqueda de un compañero. De hecho, hay estudios que reflejan la relación directa que existe entre embarazo adolescente y padre emocionalmente ausente (aunque se trate de un padre rígido y exigente) o figura paterna débil o subsidiaria. En los hijos varones, a su vez, el padre que abdica es responsable de lo que Dalbey denomina una “falsa masculinidad”, hecha de desconfianza entre los varones, desvalorización de las mujeres, rabia, violencia, adicciones (al alcohol, al trabajo, a la velocidad, a las drogas, al dinero, al sexo), ambición depredadora, desinterés por el destino colectivo. La mayoría de esos hijos serán hombres duros, competidores, emocionalmente disociados, productivos, exigidores y exigidos, que no fueron valorados, que no fueron amados activamente (de palabra y de hecho) por sus padres, o que no tuvieron evidencia de un posible cariño en carne y alma propia, y que, por lo tanto, tienen dificultades para amar activamente. Cuando se ama de veras a una persona, se ama a todos los seres vivientes y se ama al entorno en el que viven, y se los cuida y se los honra, como decía el místico indio Osho. El *default* de paternidad nutricia que es producto directo de la masculinidad tóxica, provoca la carencia de ese amor. Y se nota.

A lo largo de muchos años de trabajo con varones de todas las edades y de haber sido testigo de sus experiencias, baqueano de sus búsquedas, compañero de vivencias, a lo largo, en fin, de una vida entera como varón, he asistido, y lo sigo haciendo, a escenas dolorosas que se repiten con asombrosa y confirmatoria frecuencia. Escenas en las que, por ejemplo, un

hijo se despide de la adolescencia con un reproche hacia su padre: *“Cuanto más te necesité, menos estuviste. No estuviste cuando egresé de la escuela secundaria, cuando mi primera novia vino por primera vez a casa, cuando rompí con ella y no sabía qué hacer, cuando jugué la final del campeonato intercolegial, cuando estuve enfermo, delirante de fiebre, y te llamaba, cuando necesitaba preguntarte cosas que me daba vergüenza hablar con mamá, cuando necesitaba charlar de temas que me angustiaban”*. He oído cientos de veces (y sigue ocurriendo) el dolor rabioso de esos hijos. Y he escuchado (y sigue ocurriendo) la rabia dolida en la respuesta de los padres: *“No tienes derecho a ese reclamo. Si no estuve fue porque me hallaba trabajando para que nada te faltara”*. Y ésa es la paradoja cruel: en su afán de que, materialmente, a sus hijos nada les faltara esos padres les hacían (les hacen) faltar lo principal, lo que de veras los hijos reclaman: la presencia paterna.

Pero el paradigma de la masculinidad tóxica no deja ver esto, tapa esta evidencia con el manto oscuro y sofocante de los mandatos. El hombre que se retira de la trinchera, del lugar de trabajo, de la cancha, de la competencia, en fin, es un desertor. Aunque, en realidad, está desertando del único espacio en el que, como varón, es verdaderamente necesario e irremplazable. Se vuelve poco confiable para los guardianes del paradigma, aunque esté perdiendo la confianza más valiosa, la de sus hijos. Se dirá de él que no está comprometido, que no tiene la “camiseta puesta”. Aunque abandone el compromiso y la camiseta de la paternidad. Con frecuencia escucho a madres que proponen a sus hijos adolescentes, ante determinados problemas, que hablen con sus padres, que les cuenten, que les pregunten. Detrás de esa invitación está el deseo materno de estimular un acercamiento entre el padre y los hijos. Una buena intención que choca a menudo con la desalentada respuesta filial: *“Papá nunca tiene tiempo”*. Los hijos

definen en cuatro palabras, con una certeza incontrastable, la realidad abrumadoramente hegemónica de los padres de hoy. Hombres devotos de sus empleos, profesiones y responsabilidades públicas, con tiempo y atención para el reclamo externo, que, cuando llegan a sus casas, no quieren “más problemas”. A lo sumo pretenden resolver los “problemas” familiares o de la paternidad con la misma fórmula con que manejan las cuestiones profesionales. Muchas veces ven en su hijo a un cliente, a un proveedor, a un paciente, a un alumno, a un competidor, a un miembro del público, no a la persona única y singular que éste es. Es más, se enojan si sus hijos no se adaptan al pie de la letra a lo que ellos, los padres, habían “decidido” que esos hijos deberían ser. Se trata de hombres que, habiendo sido una “necesidad biológica”, carecen de tiempo para dejar de ser un “accidente social”.

NUEVA...¿PATERNIDAD?

Abunda un discurso triunfalista acerca de una supuesta nueva paternidad, una “nueva paternidad” que no ha provocado una presencia masiva de hombres en las reuniones escolares de padres, en los consultorios de los pediatras, en las actividades formativas de sus hijos, en la conducción afectiva, en la disposición de límites y orientación de conductas, en la intervención amorosa y firme ante situaciones riesgosas de los adolescentes, en la capacidad de dialogar profundamente con los hijos aun discrepando. La “nueva paternidad” de los flamantes discursos a la moda, se regocija de los pañales cambiados, de la disposición paterna a convertirse en “amigo” de los hijos (quienes ya tienen amigos, pero claman por un padre), de la flexibilización en las normas, de la propensión a “acompañar” a las mamás. Confunde diálogo con consentimiento, permiso

con desligamiento. Bajo la etiqueta de la “nueva paternidad” se producen fenómenos contradictorios: de aquellos padres inaccesibles, rígidos, que generaban acatamiento temeroso en los hijos, se ha derivado a un tipo de vínculo en el que los padres parecen temer culposamente a los hijos. Como conclusión de esto me atrevo a sostener que la “nueva paternidad” es sólo una nueva etiqueta y una nueva vestimenta para la orfandad paterna que padecemos. Está muy lejos de ofrecer una respuesta profunda, esencial, contrastante al modelo masculino tóxico, no le disputa su presencia hegemónica, no sana las heridas que éste viene produciendo a nivel social e individual.

Acaso tampoco se trate de crear un “nuevo padre”. Vivimos en una cultura adicta a lo “nuevo”, tan adicta que necesita novedades como el cocainómano ansía su sustancia. Devoramos “novedades” sin digerirlas, sin proceso metabólico, y acabamos por hacer de la palabra “nuevo” un simple sinónimo de fugaz, efímero, pasajero, banal, breve, fugitivo. Pretendemos llenar con lo “nuevo” los vacíos pavorosos de nuestras angustias existenciales. Y no lo lograremos. Porque esos vacíos sólo se reparan a través de lo trascendente, a través de lo significativo, de lo que nos revela y nos devuelve a horizontes espirituales perdidos. Antes que celebrar “nuevas” paternidades que serán rápidamente engullidas por la voracidad de aquel vacío, quizá debamos recuperar los contenidos de la paternidad esencial, ancestral, sus funciones inherentes, su ejercicio amoroso y responsable.

El Instituto Gino Germani (que depende de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires), publicó en mayo de 2006 un estudio realizado entre chicos y chicas de entre 15 y 21 años de toda la República Argentina, acerca de sus hábitos, gustos y conductas. El 82% de ellos dijo tener una mejor relación con su madre que con su padre. Una cifra que impugna, con la impiadosa frialdad de las cifras, el

alboroto con que se anuncia por momentos a la “nueva paternidad”. Una cifra que nos devuelve a la realidad. Se sigue delegando en la madre lo esencial de la responsabilidad sobre los hijos. Han cambiado las madres, sí. Trabajan, proveen, circulan por el mundo externo. Lo hacen muchas veces “a lo macho”, porque ese mundo externo (el de las profesiones, las finanzas, la política, los negocios) se sigue rigiendo por las leyes de la masculinidad tóxica. Y, además, ellas siguen cargando con la preocupación y los deberes centrales acerca de la crianza. La mayoría de los padres acude a esas tareas (escuela, médico, fiestas, etcétera) sólo cuando tiene tiempo (es decir, en un tiempo residual, secundario). Las madres fabrican ese tiempo y comparecen. Los relojes, agendas y calendarios de los padres varones tienen la misma rigidez del paradigma masculino tradicional. Y, con demasiada habitualidad, los hombres, aún los que parecen más sensibles a esta temática, se guarecen todavía debajo de ese paradigma.

Hay que decirlo con todas las letras: la masiva incorporación de las mujeres al mundo del trabajo en los últimos treinta años, no ha sido acompañada por cambios tan profundos y complementarios en otros planos de la organización social. Así, más allá de casos individuales, que no marcan una tendencia, son ellas quienes tienen el problema real, cotidiano, de conciliar trabajo y crianza de los hijos. En una investigación al respecto publicada en la revista dominical del diario madrileño *El País* (21 de mayo de 2006), la directora general del buscador Google para España y Portugal, Isabel Aguilera, cuenta que, cuando viaja de Madrid a Barcelona por trabajo, suele llevar consigo a su pequeño hijo y lo deja durante el día en una guardería. Su caso, según esa nota, parece ser el de muchas mujeres. No abundan los episodios en los cuales son los padres quienes cargan a sus hijos en viajes de trabajo y se las arreglan para ubicarlos (en lo personal, he investigado sin encontrar

ninguno). Por otra parte las guarderías, en las empresas que las tienen, se organizan en función y a pedido de las madres, jamás de los padres. En los marcos del paradigma que nos rige, para los hombres el trabajo es, en la gran mayoría de las situaciones, el que inclina la balanza cuando en el otro platillo están los hijos. En la misma investigación del periódico español, la gerente de recursos humanos de Banesto, una importante institución financiera, cuenta algo que cualquiera de sus colegas de cualquier corporación en cualquier lugar del mundo puede refrendar: de 9.100 empleados, sólo cuatro varones pidieron licencia por paternidad (que la hay), y apenas uno solicitó reducción de la jornada laboral para atender a su hijo. Esto se acerca mucho más a la verdad de la paternidad contemporánea que las imágenes mediáticas de padres cambiando pañales o los buenos deseos de quienes confunden, a partir de casos aislados, ilusiones con realidad.

La energía paterna es un nutriente vital para el crecimiento, para la transformación en acto de las potencialidades de los hijos, para su consagración como seres autónomos y libres. Nada más lejos del concepto patriarcal atávico de apoderarse de los hijos y sofocarlos bajo el rigor de la exigencia y el temor (lo que muchos hombres hacen cuando se acuerdan de ocupar el lugar paterno). Una sociedad con ausencia de padre deviene en una sociedad *maternizada* en exceso. Esto es tan nocivo como el exceso de paternidad autoritaria. Cuando ello ocurre hay hombres inseguros que desconfían de los otros hombres y temen a las mujeres, temor que ocultan tratando de halagarlas hasta la obsecuencia o de someterlas económica, social o sexualmente. Hombres bloqueados emocionalmente, que intentan disimular su inseguridad sobreactuando la dureza en los negocios, en la política, en el deporte, en la familia, en el sexo.

La sociedad *maternizada* es una sociedad de mujeres abrumadas por la superposición de exigencias, de mujeres

insatisfechas, demandantes de algo que los hombres de esta sociedad no pueden ofrecer (porque ni saben ni tienen). Es una sociedad de mujeres que desarrollan facetas de sí mismas, que se prueban autónomas y capaces, pero que están (con justicia) hambrientas de amor. Una sociedad *maternizada* es una sociedad en la cual hay una energía ausente: la del padre. Y, como bien dice, Anselm Grün, “no sólo la familia necesita del padre, también la sociedad lo necesita. Y hoy experimentamos una gran necesidad de padres en los que se pueda confiar”. Así es en los hogares, así es en las instituciones, así es en las empresas, en los gremios, en los países. Abundan, todavía, los padres rabiosos o ausentes, duros o inaccesibles, recelosos o desorientados, culposos o competidores, “blandengues” (volviendo a Grün) o desentendidos. Faltan los padres guías, que apoyan, comprenden, nutren, generan alegría de vivir, de hacer, de sentir. Los padres que instrumentan, alientan y liberan.

Y la situación no admite más miradas distraídas ni postergaciones. Reinstalar, revivir la paternidad a partir de sus elementos esenciales y perennes, es, para los hombres, una manera de romper la coraza tóxica de los mandatos masculinos hegemónicos. Es darse una oportunidad única de desarrollarse como seres humanos compasivos y espiritualmente poderosos, es rescatarse del oscuro exilio emocional al que fueron culturalmente condenados. Los varones, que tanto gustan enfrentar desafíos, mostrar su potencia, su capacidad realizadora, su coraje, tienen en el rescate de la paternidad una aventura incomparable. No hay conquista física, no hay hazaña deportiva, no hay reto de ningún tipo que se le equipare. Es, en definitiva, la misma prueba que atravesó Ulises, el más grande de los héroes, quizás el primero. Partió como guerrero y regresó para recuperarse como padre. “*Yo soy el padre que faltó en tu niñez. Yo soy él*”, le dice a su hijo Telémaco cuando regresa de su Odisea.

Si los hombres de hoy no quieren decir mañana esta dolorosa frase (no sólo a sus hijos, sino a sus mujeres y a la sociedad que componen), no pueden perder más tiempo. Se impone terminar con frases como *“Mi hijo se me va de las manos”*, *“No lo entiendo”*, *“No sé qué hacer”*, *“Ocupate vos”*, *“No tengo tiempo”*, *“No estoy para más problemas”*, *“Busquémosle un terapeuta”*, *“Pago una escuela cara para que se ocupen de él”*, *“Soy así porque mi papá fue así conmigo”*. Aunque suene duro decirlo, son frases muy cobardes, para quienes, en otros campos de sus vidas, se jactan de ser valientes. Son las frases de quienes, absorbidos por los mandatos de un paradigma tóxico, se desvelan por demostrar su masculinidad en los lugares menos pertinentes. Y, para colmo, eso que demuestran nada tiene que ver con lo más profundo, esencial y trascendente de la virilidad. Uno de los campos más auténticos, fundacionales, sanadores y fértiles en donde un varón adulto puede desplegar su hombría esencial, la verdadera, es en el ejercicio pleno de la paternidad. Sin lamentos. Sin resentimientos. Sin vergüenzas. Sin pedir permiso.

Mientras esto no ocurra, el paradigma masculino tóxico nos habrá producido una herida irreversible.

CAPÍTULO 4

EL ARTE DE ACORTARSE LA VIDA

¿Cuál es la palabra que con más velocidad y certeza puede poner a un hombre en fuga? No recuerdo una sola ocasión en la cual —durante charlas, conferencias, seminarios, consultas, conversaciones frente a frente— después de hacer esta pregunta yo hubiese escuchado la respuesta que, en la realidad cotidiana, se muestra como correcta. La palabra que los hombres más temen tiene seis letras: *médico*.

¿Cómo puede un hombre llevar a sus hijos al doctor, si no es capaz de llevarse a sí mismo? Al comenzar el presente siglo, la cadena informativa CNN y la revista *Men's Health* hicieron una intensiva y abarcadora investigación en los Estados Unidos. La misma reveló que, en los doce meses previos (los últimos del siglo veinte), el 76 % de las mujeres se habían sometido a un chequeo físico, mientras que sólo un 60% de los hombres habían acudido a una revisión médica. Este tipo de encuesta no es de las más abundantes en el mundo, pero cada vez que en algún país se la intenta, los resultados son parecidos. Con

un agregado: las mujeres acuden al médico la gran mayoría de las veces por prevención o en cumplimiento de una rutina (análisis de sangre, estudio de Papanicolau, ajustes en la dieta, exámenes prenatales, etcétera). Los hombres, en su mayor porcentaje, lo hacen por obligación (imposición del empleador) o en situaciones extremas (accidentes, síntomas graves, enfermedades declaradas). Esto ocurre en todas las edades y niveles socioeconómicos. Resultado: hay más varones en los talleres mecánicos que en las salas de espera de los médicos. Lo que revela a las claras que para el varón es más importante el estado de salud de su automóvil que el propio.

Ésta es la dramática realidad y no la que proponen, sin inocencia alguna, las investigaciones mediáticas que vienen a contarnos cómo los varones de hoy sienten un súbito apasionamiento por su propio cuerpo. Según esas revelaciones (casi siempre basadas en cifras más interesadas que interesantes, proporcionadas por la industria de la moda o del cosmético), los varones de hoy gastan en perfumes, cremas cosméticas, cuidados del cuerpo y otros aderezos cifras que hasta hace poco eran impensadas. Esto quiere decir que aquellas industrias han logrado ampliar sus mercados incorporando a ellos a ciertos hombres dispuestos a consumir cualquier cosa, bajo rótulos como los de la “metrosexualidad”, la “cibersexualidad”, la “ubersexualidad”, la “vitalsexualidad” y otros neologismos que duran menos que un parpadeo. Pero no hay ninguna relación seria entre esos fenómenos de marketing y la verdadera salud de los varones, a la que los mandatos de la masculinidad tóxica ordenan desatender y postergar.

En 1990 un estudio sobre la relación entre los hombres y su salud efectuado por la Asociación Médica Americana (y citada por el *Male Health Center*, primera clínica internacional dedicada exclusivamente a la salud del varón, que el urólogo Ken Goldberg fundó en 1989 en Dallas) concluyó que los

hombres no van al médico por miedo, por negación, por vergüenza y porque sienten que eso debilita y amenaza su masculinidad. Admitir dolor, incapacidad física o cualquier otro problema es visto como una confesión de fragilidad, se dice allí. Y, como se nos ha dicho y repetido, *la fragilidad, la debilidad, la receptividad, la pasividad* y aun *la enfermedad*, como casi todas las emociones, sensaciones y cualidades precedidas por el artículo *la*, son femeninas (exceptuando, acaso, *la ira, la potencia, la fuerza, la agresividad*).

El mismo doctor Goldberg, autor de *How Men Can Live as Long as Women (Qué pueden hacer los hombres para vivir tanto como las mujeres)** advierte en ese libro: “No existe ninguna ley biológica según la cual los varones deban morir antes que las mujeres. La ciencia médica ha fracasado en encontrar razones por las cuales producir testosterona o tener pene y testículos debería sacarnos antes del juego. Toda la evidencia indica que no se trata de las cartas que tenemos, sino de cómo las jugamos”.

LA HERRAMIENTA ABANDONADA

Los cruces de diferentes estadísticas dicen que, en Occidente, la parte del planeta que habitamos, al llegar a los 75 años de edad los hombres han ido, como promedio, 395 veces al médico, mientras que las mujeres lo hicieron 517 veces. Esto incluye desde consultas telefónicas hasta intervenciones quirúrgicas. No existen estadísticas acerca de cuántas veces acude cada uno al taller mecánico, pero se puede imaginar que sería exactamente a la inversa. Un hombre, al

* The Summit Group, Fort Worth, Texas, 1993. Sin traducción al español.

parecer, puede desentenderse de síntomas y alarmas siempre y cuando estos no interfieran en aquellas actividades que, socialmente, definen su masculinidad: trabajo, sexo y deporte. El cuerpo del varón es una herramienta de producción en cualquiera de esos campos (lo que equivale a decir en su vida). Mientras la herramienta cumpla con su función, no hay por qué detenerla. Sólo queda paralizada ante la imposibilidad. Y ésta se presenta bajo la forma de un miembro roto, un infarto, un tumor, un accidente cerebrovascular, en fin, un obstáculo que nos incapacita cuando no nos deja al borde de la muerte. Una gripe, un dolor de garganta, una fiebre, una contractura muscular, un golpe no son suficiente razón para darse una tregua, para reposar, para atenderse. El paradigma de la masculinidad tóxica instala en cada hombre, desde sus experiencias tempranas, el temor a quedar relegado, a que se sospeche de su entereza o a ser lisa y llanamente descartado si es que abandona, así sea por una razón valedera, su puesto de producción, llámese oficina, fábrica, estudio, cancha, despacho o cama.

Así, mientras funciona (sería más apropiado decir mientras *rinde*), el propio cuerpo es un gran ausente, un abandonado en la percepción del varón. Una encuesta realizada por la consultora internacional Mori (de origen británico) da cuenta de que los temas de salud ocupan sólo un 8% de las conversaciones entre hombres jóvenes, de hasta 34 años, mientras el tema mujeres (59%), el fútbol (55), los autos (44), el dinero (33), la política y el sexo se llevan la mayoría de las palabras. El porcentaje crece en edades más avanzadas, pero nunca en proporciones significativas. Los hombres no hablan entre sí de su salud, así como no lo hacen de sus sentimientos. Y quienes lo intentan, escogen hablar con sus madres (54%) antes que con amigos, hermanos, padres (¡9%!) o, por supuesto, médicos.

Las consecuencias de esta actitud, que revela una ignorancia preocupante acerca de la propia herramienta a la que tanto se le exige (amén de un desprecio por ella), se revela luego en nuevas cifras devastadoras: la Organización Mundial de la Salud (OMS), daba cuenta no hace mucho de que 44 de cada 100 mil hombres suizos mueren anualmente por cáncer de próstata, 34 en Gran Bretaña, 32 en Francia, 24 en Canadá, 15 en Argentina, por citar sólo algunos países, ya que el estudio abarca el mundo entero. Acaso sólo el pene y los testículos sean algo tan propio y exclusivo del varón como la glándula prostática, más pequeña que una arveja, nutriente del esperma. La gran mayoría de los hombres ignoran casi todo acerca de este elemento de su organismo (tamaño, localización, funciones, cuidados) y esa ignorancia convierte, finalmente, al cáncer de próstata en un gran asesino silencioso de varones. Muchos hombres con mucho conocimiento en otras materias, suelen confundir a la glándula con una enfermedad. “Tengo próstata”, anuncian cuando les diagnostican adenoma (agrandamiento o inflamación) de la misma. O cuentan que han sido “operados de próstata”. A fuerza de desconocimiento una parte del propio cuerpo termina siendo nombrada como la enfermedad invasora. Un tacto rectal anual a partir de los 40 años puede prevenir muchos de esos desenlaces. Un tacto rectal puede prevenir también las miles de muertes anuales que provoca el cáncer de colon entre los varones. Un tacto de testículos puede prevenir el cáncer testicular, otro francotirador silencioso. Pero los hombres, en un porcentaje desalentador, aún creen que un tacto rectal significa la pérdida de la masculinidad y prefieren morir de cáncer prostático pero con el ano virgen. Suena más a cobardía que a coraje, pero así lo exigen los mandatos de la masculinidad.

EL CUERPO Y EL OTRO

Los varones viven, en todo el mundo, entre seis y nueve años menos que las mujeres. Un trabajo del Instituto Nacional de Estadísticas (INE), de Chile, proyecta la esperanza de vida de hombres y mujeres desde 1950 hasta 2005 y demuestra que, mientras en 1950 las mujeres vivían cuatro años más que los hombres (55,7 años contra 51,9), en 2005 la brecha era de siete años (75,6 contra 68,5). Según el mismo estudio, la tendencia se repite en toda América Latina. En la Unión Europea las mujeres viven un promedio de 72,6 años y los hombres 68,2. Como dice el doctor Ken Goldberg, ninguna ley biológica explica ni justifica estas brechas. Sin embargo, a mi entender, hay una poderosa razón cultural que las sostiene. Los hombres mueren víctimas de la masculinidad tóxica. Esta pandemia social empieza por tomar sus mentes y acaba finalmente con sus cuerpos. Y no los afecta sólo a ellos. La gran mayoría de los hombres que mueren antes de tiempo por causas evitables dejan viudas, huérfanos, hermanos y a menudo madres desconsolados. Aumentan los costos sociales de la salud. Cuando no mueren y quedan discapacitados, son atendidos en general por las mujeres de su familia, que deben dedicarse a ellos desatendiendo sus propios temas. Muertos prematuramente, o discapacitados, los hombres se excluyen a sí mismos de la posibilidad de transformar sus vidas en una experiencia trascendente, significativa, preñada de sentido último.

Me permitiré repetir que ninguna ley biológica justifica esto. Por lo tanto estamos hablando de la elección de un modo de vida, lo que incluye, de modo conexo e inevitable, la elección de un modo de muerte. Los hombres son responsables, pues, de lo que hacen con sus cuerpos, con su salud. Se me dirá que nada hay más privado que el cuerpo y que cada quien hace con él lo que quiere. Responderé que con nuestros

cuerpos nos incluimos en una trama social, que los seres humanos somos seres vinculados, que esta condición nos da identidad, que el Otro, en este sentido, es condición de nuestra existencia y que nada justifica que nos desliguemos de él y de la responsabilidad que hacia él tenemos. No es cierto que cada quien hace con su salud lo que quiere, porque eso que hace afecta a otros. Somos gotas de un mismo mar, lo que le ocurre al mar nos afecta, lo que nos ocurre afecta al mar. El paradigma masculino tóxico fomenta el egoísmo y eso se revela en cómo tratan los varones a su salud. Muchas veces se oye a varones bebedores, fumadores, desaprensivos con su salud, amantes de la velocidad o de las armas, decir casi desafiantes “*De algo hay que morir*”. Es una frase tan absurda como lamentable. Quizás haya que cambiarla por otra. *Para algo hay que vivir*. Y buscar ese para qué profundo, trascendente, del cual las propuestas machistas están tan lejanas.

El sociólogo y filósofo polaco Zygmunt Bauman, un lúcido y despojado crítico de la era de la globalización, recuerda en *Ética posmoderna** que el Otro es “el personaje central del proceso mediante el cual el yo moral llega a serlo”. Luego cita al filósofo Emmanuel Lévinas, quien en *No identity* (sin traducción al español) dice que “la humanidad del hombre, la subjetividad, es una responsabilidad para el otro”. La despreocupación de un varón por su propia salud es, en tanto ser vinculado, un acto de irresponsabilidad hacia la trama humana que integra, que lo sostiene y que le da identidad. Tiene un compromiso con ese conjunto humano sin necesidad de que éste se lo reclame o aun cuando no se lo reclamase. En eso consiste, de acuerdo con Bauman, el ser moral. Y bajo esta luz, frases del tipo “Fumo porque me gusta, después de todo el único

* Siglo Veintiuno Editores, Argentina, 2005.

que se perjudica soy yo”, “No uso cinturón de seguridad porque me molesta y con eso no daño a terceros”, “Mi sobrepeeso es mío”, “Más vale morir lleno, así que como lo que quiero”, “Para qué voy a ir al médico si ya sé lo que me va a decir”, y otras del mismo estilo, devienen en declaraciones de irresponsabilidad, en manifestaciones de indiferencia por el Otro, desde el más cercano hasta el más alejado en el entramado humano que componemos.

El Cirujano General de la Nación, doctor Richard Carmona, máxima autoridad sanitaria estadounidense, preocupado por los altos y crecientes costos sociales del desprecio masculino por la salud decía en abril de 2003: “Durante generaciones se les dijo a los hombres que debían ser duros y comportarse como tales. Hoy en día debemos decirles que es muy bueno hablar con alguien de lo que uno siente, de cómo se siente, de qué le duele. Debemos terminar con el estigma de que los hombres duros no pueden ni deben buscar ayuda. No sólo pueden, también deben”. La palabra *estigma* usada por Carmona es apropiada. El modelo machista tóxico lo es: manda a los hombres a comportarse como lo hacen en el plano de la salud. Reconocer el dolor, la imposibilidad, la indisposición conlleva el riesgo de ser considerado débil, flojo, vulnerable, poco confiable. Es renunciar a la consigna del aguante, de la resistencia. Los dolores no son síntomas a tomar en cuenta, sino desafíos a vencer. El reposo no es una tregua reparadora, sino un abandono de la lucha. El cuidado, la prevención, no son actitudes de autovaloración, de amabilidad hacia el propio ser, sino sospechosos gestos de deserción de la masculinidad.

Este modelo empuja a los varones a una suerte de suicidio masivo, colectivo y cotidiano. Habitan una casa, el propio cuerpo, de la cual ignoran todo: cuántas habitaciones tiene, para qué se usan, dónde están los controles de la luz, del agua, del gas, dónde hay matafuegos, cuáles son las salidas de

emergencia, cómo se riegan las plantas, por dónde entra la luz natural. Son los caseros menos confiables. Son extranjeros en su propio cuerpo. De esa manera desconocen o niegan que el cuerpo envejece, que sus necesidades y sus posibilidades cambian, que la fuerza, las habilidades, la resistencia, la potencia sexual de una edad no son las mismas años más tarde. Que se necesitan diferentes nutrientes, en diferentes cantidades, en momentos distintos de la vida. No tienen la menor idea acerca de sus hormonas específicas y su funcionamiento. Es asombrosa la cantidad de hombres que no oyeron hablar de la menopausia masculina, de las transformaciones físicas, psíquicas y emocionales que la acompañan, de la edad en que comienza (poco después de los 45 en general), de hasta cuándo se extiende, de qué requiere para ser atravesada de un modo saludable. Al contrario, de modo patético se exigen seguir siendo los “de siempre”, lo cual los lleva a comportamientos riesgosos en el deporte, en el trabajo, en las actividades físicas, en el sexo (el consumo a mansalva de viagra y similares, sin prevenciones, o ignorándolas, sería patético si no fuera altamente riesgoso y no hubiera dejado ya un tendal de víctimas).

Cuando, insobornable, el cuerpo se manifiesta y detiene a estos hombres (que son la mayoría hegemónica del universo masculino), la enfermedad los convierte en niños insoportables, quejosos, temerosos, ansiosos. Sus mujeres (madres, esposas, hermanas, hijas) se convierten en las víctimas más cercanas, deben dedicar tiempo, preocupación y salud emocional para paliar la irresponsabilidad ajena. La salud es reconocible y posible porque existe la enfermedad. Cuando los hombres borran de su vocabulario la palabra enfermedad, desaparece también la salud. La vida toda, el planeta, funcionan como conjuntos armoniosos de opuestos complementarios. Donde hay actividad debe haber reposo, donde hay dureza debe haber blandura, donde hay fuerza debe haber debilidad, donde hay

día hay noche. Eliminar un término es alterar el equilibrio de la vida. El paradigma masculino tóxico expulsa, en éste, y en todos los ámbitos en que se manifiesta, la secreta y maravillosa concordancia de los opuestos que se complementan. Sin coraje para aceptarse vulnerables, los hombres viven acobardados por la posibilidad del dolor.

DESENTENDIDOS DESATENDIDOS

Todo este proceso se inicia en los años tempranos del varón. A la edad en que los púberes, según sea su sexo, se convierten en “hombrecito” o “mujercita”, las chicas acuden, generalmente acompañadas por su madre, a una especialista (la ginecóloga) que les explicará una serie de transformaciones que se dan en su organismo. A partir de la menarca, las mujeres quedan en contacto permanente con su propio cuerpo y los procesos del mismo. A esa misma edad un varón sólo visitará a un médico (probablemente acompañado también por su madre) en caso de urgencia (quebradura, apendicitis, golpes, etcétera). Entre los diez y los trece años su producción de testosterona aumenta aproximadamente en un 400%, con incidencia en cambios físicos y emocionales. Nadie le habla de esto, no hay un médico para los jóvenes varones (es más, existen legiones de ginecólogos hombres). Su padre, a menos que sea médico (lo que no garantiza una fluida comunicación padre hijo) es tan ignorante como él sobre estos procesos, además de no tener tiempo y de preferir cualquier cosa antes que visitar, aún en calidad de acompañante, un consultorio. Lo que el joven varón debe hacer es aguantar, “hacerse hombre” a través de deportes de contacto violentos, de peleas y desafíos estúpidos, de borracheras o a través de inicios sexuales que se cumplan en las peores condiciones de intimidad, higiene, cuidado

y atmósfera afectiva. Desde allí en más el varón tendrá con su cuerpo una relación de exigencia, lo someterá a pruebas, ignorará sus mensajes y necesidades.

De esto deviene una cultura masculina de la salud que es altamente perjudicial para la sociedad y para el medio ambiente. Lo que el hombre hace con su salud atenta contra sus vínculos, atenta contra su armonía interior, atenta contra su espiritualidad, atenta contra los intereses comunitarios, contamina el medio ambiente y genera negocios (ansiolíticos, fármacos la hipertensión, betabloqueantes, drogas que estimulan el funcionamiento sexual, etcétera) que crecen desmesuradamente gracias a un estilo de vida y de descuido del propio organismo, o de las exigencias de rendimiento laboral, sexual, económico y demás. De esto no escapan, por supuesto, ni los hombres formalmente más representativos, como los Presidentes, a quienes nunca los vemos enfermos, en reposo, en actitudes saludables. Son el epítome del rendidor a destajo. Aunque, según demostró recientemente el periodista y médico Nelson Castro en su obra *Enfermos de poder**, detrás de esa “salud de hierro” se extiende a menudo el oscuro escenario de las enfermedades más serias y variadas. Son hombres, después de todo, y tratan el tema de su salud como varones moldeados por el paradigma masculino tóxico.

El Centro Nacional de Estadísticas de Salud, de los Estados Unidos, estableció las diez principales causas de muerte en varones y en mujeres de ese país. Aunque en otros países no se recogen estadísticas totales tan puntuales, las parciales permiten inducir que se trata de un modelo aplicable en general a las sociedades occidentales. Aunque en ambos sexos la lista es encabezada por la enfermedad cardíaca, resulta curioso encontrar

* Ediciones B, Argentina, 2006.

en el inventario de mortalidad masculina tres causas que no aparecen en el femenino: suicidio, homicidio e infección por HIV. Es decir, causas que evidencian formas de vivir y de vincularse en las que la violencia, ejercida sobre otros o sobre sí, y el descuido, nuevamente ejercido sobre otros o sobre sí, ocupa un lugar determinante. Otra causa de muerte (accidentes) figura en ambas enumeraciones, pero es la tercera entre los hombres y sólo la séptima entre las mujeres. En donde se mire, aún en las causas de enfermedad y muerte, se verá la impronta de un paradigma. Todos los motivos fatales nombrados aquí para los hombres son perfectamente evitables y resultan fruto de un patrón de vida y de una manera específica de certificar la identidad de género.

Una investigación que realizó Christine Doyle para la versión electrónica del *Daily Telegraph*, de Londres, señala que todos los avances en el cuidado y la protección de la salud femenina se han debido en buena parte a la insistencia de los movimientos de mujeres en promoverlos. Es decir, fue tomada como una cuestión de género. Los hombres, según los especialistas consultados por la periodista, están atrasados alrededor de cuarenta años, respecto de las mujeres, en esa materia. Una vez más, aparecen desentendidos de su propia salud y, además, desatendidos. Alguien a quien se le exige, y se exige a sí mismo, productividad, rendimiento, potencia, resistencia, eficiencia, con el acento de esa exigencia puesto en la herramienta corporal, empieza por descuidar esa herramienta de una manera letal. Negación y miedo están en la base de ese fenómeno.

Cuando, por responder a un modelo rígido y desnaturalizado que sólo se asienta en razones materialistas, despojadas de espiritualidad, deshumanizadas, los varones usan sus cuerpos como corazas o como herramientas, terminan aislados de una parte esencial de su ser. El paradigma masculino tóxico, por donde se lo observe, tiende a disociar, a fragmentar. Disocia y

fragmenta a los individuos como tales y a los vínculos de ellos con otras personas y con la sociedad que integran. Un varón disociado, desentendido de su salud, está desvinculado de sí mismo. Como en un infinito holograma, cada persona lleva en sí el dibujo completo del universo, de la totalidad que integra. Cuando lo olvida queda aislado. Lo que los hombres hacen con su salud es una manera de profundizar tal aislamiento. Los varones mueren disociados. La principal causa de muerte entre los hombres no figura en ninguna estadística: se llama paradigma masculino tóxico. Y tiene efectos no sólo en los varones, sino en la totalidad de la sociedad.

CAPÍTULO 5

ÚTILES, PRODUCTIVOS, RENTABLES Y LUCRATIVOS... O NADA

Hay historias que sintetizan miles de historias y que, en sí mismas, describen a fondo una cuestión. La siguiente es una de ellas. Me la contó un hombre que vino a consultarme para que lo acompañara en la exploración de algunas preguntas existenciales que lo habían alcanzado en la mitad de la vida. Hablábamos de ciertas actitudes relativas al matrimonio, a los hijos, a la familia y al trabajo que empobrecen nuestras vidas. Entonces me contó de uno de sus amigos, un importante empresario de la industria automotriz al que nada le faltaba. Había logrado dinero, mercados, poder. Representaba a una gran corporación europea, era homenajeado por esa corporación debido a los pingües negocios que generaba. A su vez recibía a los altos directivos de la compañía cada vez que venían a la Argentina, como si fueran reyes. Les conseguía los mejores alojamientos, los llevaba a suntuosos restaurantes, los guiaba en los más excelentes

viajes de placer y hasta se encargaba de que dispusieran de ostensible y generosa compañía femenina que él mismo contrataba. Este hombre era amigo de políticos, de funcionarios, los bancos le rendían pleitesía, prácticamente desconocía la imposibilidad, despreciaba los límites. Le gustaban los caballos y se había construido un hipódromo particular. Amaba la caza y las cabezas de las piezas que mataba decoraban cada metro de sus casas (la de campo, la de la ciudad, la que tenía en la playa).

Un día, en una partida de caza, el hombre sufrió un terrible accidente, combinación de disparo y caída. Fue trasladado rápidamente a un hospital y salvó su vida casi azarosamente. Mi consultante fue a visitarlo varios días más tarde a la clínica en la que estaba internado. Lo encontró inmovilizado por yesos y vendajes en casi un 80% de su cuerpo. Varias sondas llevaban sueros a su organismo y apenas podía hablar. La visita fue breve; no había que cansarlo y él apenas podía sostener la atención. Era evidente que el tratamiento y la internación llevarían un largo tiempo. Tres días más tarde, mi interlocutor regresó a la clínica para una nueva visita y se encontró con una sorpresa. Su amigo ya no estaba en el lugar. Bajo su propia cuenta y riesgo (para lo cual había firmado un documento), se había retirado a su domicilio para continuar allí con el tratamiento. Pero tampoco lo encontró en la casa. Por fin dio con él en el último lugar en el que esperaba encontrarlo. En su despacho de presidente de la empresa. Había convertido su oficina en una suerte de clínica ambulante. En donde solía estar el escritorio se veía una cama rodeada de monitores y de soportes para las botellas de suero. En la cama, yacía el empresario. Mi consultante le preguntó si estaba loco, inquirió a qué obedecía aquello. “¿Sabés una cosa?”, respondió el empresario, “no puedo estar si no es aquí, en otro lugar me muero. En la clínica me siento paralizado, en mi casa no soy nadie, todo me resulta ajeno. En cambio aquí me siento bien. Soy el rey, me siento bien.”

La historia es real. El paradigma masculino tóxico dice que el hombre es lo que hace. *Es* abogado, *es* empresario, *es* obrero, *es* comerciante, *es* futbolista, *es* ingeniero, *es* médico. Identidad y profesión u oficio se confunden, se licuan hasta el punto en que son indivisibles. “En mi casa no soy nadie”, dice el empresario averiado. “Aquí soy el rey.” Necesita estar en su lugar de trabajo para sentirse reconocido. Desde que producción, provisión, potencia y poder se instalaron como bases constitutivas del modelo masculino todavía predominante, un hombre debe encontrar un lugar en la cadena productiva. No trabajar, no producir, es sinónimo de no poder proveer, lo que a su vez se puede entender como impotencia (incluso sexual, ya que así suelen vivirlo los varones) o como debilidad. Para el varón de esta sociedad, todavía hoy, el trabajo no es tema de elección. Es una obligación. Si se es hombre, se *debe* trabajar. Hasta las mujeres que claman por caballeros más sensibles y espirituales desconfían cuando estos carecen de oficio, profesión o quehacer comprobado o comprobable. Acaso esto haya comenzado cuando Adán fue expulsado del Paraíso con el mandato de ganarse el pan con el sudor de su frente (en ese mismo momento la mujer, Eva, quedó obligada a parir con dolor y a ratificar su feminidad a través de la maternidad). Lo cierto es que el mandato está vigente y tiene vastas consecuencias culturales y sociales.

Una gran empresa inmobiliaria y financiera publicó en diarios argentinos, a principios de esta década, un aviso tan siniestro como memorable. En la imagen se veía al presidente de la firma y se afirmaba que, en esa compañía, todos los empleados aman su profesión. *Pero sus familias la odian*, añadía una frase casi desafiante. Y, más abajo, por si alguien no había entendido, remataba con este texto: *La mayoría de nuestros brokers debería dedicarle más tiempo a su familia. Pero eso es difícil, porque le dedican mucho tiempo a usted.* Pocas piezas mediáticas

deben de haber sintetizado con más ferocidad y de una manera más escalofriante lo que se entiende por trabajo en la sociedad organizada según los cánones del modelo masculino tóxico.

LA HERRAMIENTA HUMANA

Vimos en un capítulo anterior* en qué momento histórico se comenzó a delinear el estereotipo de varón productor y proveedor que predomina aún. Aceptado como hombre a partir del cumplimiento de los mandatos del estereotipo, el varón colocó en el desempeño laboral una parte fundamental del basamento de su masculinidad. Todavía hoy, un hombre que tenga una pareja armoniosa, que sea un padre emocionalmente dedicado a sus hijos y que coloque entre sus valores prioritarios la empatía, la piedad, la solidaridad, la cooperación o la sensibilidad, pero que no exhiba grandes éxitos laborales o económicos, será considerado poco confiable, sospechoso de debilidad, cuando no directamente alguien que fracasó. Lo contrario ocurre con la mujer. Puede ser una profesional de excelencia, alcanzar altos logros económicos y laborales, puede destacarse en el plano social, pero si a cierta altura de su vida no ha encontrado marido y no tiene hijos, resultará ella la sospechosa, la poco confiable como mujer y quizá también la “fracasada”.

El doctor Warren Farrell, uno de los pioneros en el estudio de la cuestión masculina, abogado de hombres que fue premiado por la Organización Nacional de Mujeres, de los Estados Unidos, concluye en su libro *Why men are the way they are***

* Capítulo 2 de este mismo libro: *Adiós, nueva masculinidad, adiós.*

** *Why men are the way they are* (sin traducción al castellano), Berkley Books, Nueva York, 1986.

que, bajo estos parámetros, los hombres se convierten en objetos, de la misma manera que las mujeres lo son en el aspecto sexual. Es así. Cuando se le enseña que él *es* lo que *hace*, el hombre se convierte en una herramienta viviente. Tanto produces, tanto vales, tanto provees, tanto se te reconoce. El cuerpo del varón no crea hijos (lo cual es falso, pero así está instalado en las creencias culturales), por lo tanto debe procurar frutos materiales. En una conmovedora y esclarecedora antología de breves ensayos y testimonios realizada por el investigador y poeta Keith Thompson bajo el título *Ser hombre*^{*}, se encuentran estas palabras de John Lippert: “Cuando estoy trabajando ya no soy verdaderamente yo, por lo menos en un sentido muy amplio. No trabajo *cuando* quiero hacerlo; no disfruto con mi trabajo; no trabajo *porque* quiera hacerlo; no trabajo en algo que me guste hacer; no percibo un sentido en realizar mi tarea; y no siento satisfacción cuando la he acabado. Soy un productor, mi única mi única función significativa consiste en hacer dinero para la Fisher Body (empresa en la que se desempeña). La Fisher Body me valora altamente por ello, y al final de cada semana me compensa con un cheque que es mío para que yo lo use como quiera. Pero, atención: tengo que gastar gran parte de ese cheque y emplear gran parte de mi tiempo libre preparándome para reintegrarme a mi papel de productor”.

Cuando producción y masculinidad se convierten en engañosos sinónimos, el varón es lo que hace y así se presenta: “Soy abogado, médico, comerciante, empleado, diseñador, contador, ingeniero, concesionario, etc., etc.”. Y cuando, por la razón que fuera, deja de *hacer*, siente que deja de *ser*. Tal como ocurría con el empresario presentado al comienzo de este

* Ed. Kairós, Barcelona, 1993.

capítulo. El trabajo se convierte entonces en una trinchera a defender como quien defiende su vida. De hecho, allí está su identidad. Según cifras proporcionadas por la Superintendencia de Riesgos de Trabajo de la República Argentina, una repartición gubernamental, en el año 2004 se denunciaron sólo 8.055 casos de enfermedades profesionales cuando, en realidad, ocurrieron 494.847. La misma dependencia estima que existen más de cien causantes de enfermedades profesionales y más de 350 oficios y profesiones en donde los trabajadores están expuestos a ellas. Que semejante proporción de enfermedades originadas en el trabajo no se registren se debe a una combinación de deficiente detección y diagnóstico con ocultamiento de síntomas. No se puede desertar, y enfermedad es desertación, así lo viven los hombres. Por otro lado, desde la óptica corporativa, hay muchos discursos sobre el cuidado de los recursos humanos y la conciliación entre familia y trabajo, o frases del tipo “nuestra empresa es nuestra gente” y demás, pero, en la lógica de las empresas, el valor más alto es siempre la rentabilidad. A cualquier precio. El precio puede ser la salud o la vida del que trabaja, del que consume o del medio ambiente. No olvidemos que el paradigma masculino tóxico rige al trabajo, a los negocios, a la política, al deporte, a la guerra. En ese paradigma no cabe la palabra perder. Al respecto, el psicoterapeuta jungiano Aaron Kipnis proporciona en su trabajo *Los príncipes que no son azules** un dato terminante: los hombres mueren, por causas relacionadas con el trabajo, en proporción de 20 a uno respecto de las mujeres. Todos los discursos y proclamas que las corporaciones emiten en sentido contrario, tienen su contracara en estas palabras del español Juan Carlos Olabarrieta, socio de la consultora Towers Perrin, quien

* Ed. Javier Vergara, Buenos Aires, 1993.

declara en una investigación ya mencionada de la revista del diario madrileño *El País*: “Se habla más de lo que se hace, porque los altos directivos, en su gran mayoría hombres, no perciben la necesidad de un cambio”.

El que trabaja es un medio de producción. Así se lo trata, así se considera a sí mismo. El trabajo como un espacio de creatividad, como modo de vinculación profunda, como territorio solidario y socialmente fecundante, el trabajo como apertura a la trascendencia, resulta inconcebible, salvo para quien así lo asuma a nivel individual y como excepción del paradigma. Las grandes crisis socioeconómicas que vienen asolando al mundo contemporáneo desde comienzos de la década de los noventa (las hubo antes, pero éste es un fenómeno específico) al calor de políticas neoliberales y neoconservadoras, han puesto de relieve las características del trabajo en el contexto machista tóxico.

Tomemos un solo ejemplo, planteado por Rod Myer, periodista y escritor australiano que estudió los efectos de la globalización en la vida de los hombres. En *Manhood* (un sitio de Internet australiano dedicado a temas de masculinidad), Myer contaba, hacia 1995, la pérdida de 50 mil puestos de trabajo masculinos sólo en Australia y sólo en dos años, debido a una moda que, desde entonces, no ha cesado entre las corporaciones: la *reingeniería* (sofisticado y disimulado nombre para el despido de aquellos que sobran y atentan contra la rentabilidad programada). “Son más que trabajos los que se perdieron”, escribía Myer, “se trata de proyectos de vida, sensación de seguridad, identidad. Todo eso se evapora cada vez que un hombre se queda sin trabajo.” En el mismo período, y en el mismo país (según las cifras de la investigación de Myer), los empleos femeninos aumentaron en una cantidad de 39 mil. No se trata, por supuesto, de un fenómeno australiano. Desde que la globalización nos envuelve, las grandes manifestaciones sociales

configuran un inmenso holograma del cual cada país es una pequeña porción. Como en los hologramas, en un trozo se puede ver siempre la figura total. Es el mundo en que vivimos, es el modelo predominante de sociedad humana en el arranque del siglo veintiuno.

EL PERRO SE MUERDE LA COLA

En ese mundo se prepara a los hombres para trabajar, se define la identidad masculina sobre la base de la productividad, se les dice a los hombres que serán reconocidos de acuerdo con su rendimiento y luego, cuando la conveniencia del sistema lo determina, se les deja de garantizar espacios en la cadena de montaje productiva. Para ser proveedor, como se le enseñó y luego se le exigió si pretendía ser hombre, el varón necesitó ser primero productor. Un productor proveedor podía sentirse protector y poderoso (y así era considerado). Y la conjunción de todas esas características lo hacían sentir, a su vez, potente. Producción, Provisión, Protección, Potencia. Las *cuatro P* sobre las que se sostuvo siempre el paradigma de la masculinidad tóxica. Se trata de un sostén bastante precario. Basta con que tambalee una de las patas para que la mesa se derrumbe. Y el modelo socioeconómico neoliberal atentó contra la primera P: productividad. El paradigma masculino que establece un correlato entre trabajo e identidad, dio pie a un modelo social en el cual a los varones, a la hora de salir al mundo, se les garantizó habitualmente un lugar en el mundo laboral. Podía ser de mandadero, asistente o aprendiz, pero había un lugar. Luego dependería de él evolucionar. A partir de las brutales e impiadosas “reingenierías” iniciadas en los noventa, ya no sólo se hizo difícil insertarse en el mundo del trabajo y la producción, sino incluso permanecer en él aun cuando un hombre estuviera en la cima de la pirámide.

Un hombre que no produce no provee, quien no provee difícilmente pueda sentirse protector o pueda ser percibido como tal, y sin producir, proveer ni proteger un hombre formado según las normas del mandato tradicional y vigente, ve esfumarse su potencia, no sólo en el plano sexual (las disfunciones eréctiles, queda dicho, crecen al ritmo de la desocupación), sino en el emocional (también la depresión acompaña al desempleo), en el social (los hombres desaparecen de los espacios que suelen frecuentar, se alejan de los amigos, de las actividades sociales y deportivas). En los últimos tramos del siglo veinte y en los inaugurales del veintiuno, ésta fue la última gran calamidad generada por el patrón disfuncional de la masculinidad: emitir un mandato y negar las condiciones para su cumplimiento. Esto no hace más que intensificar, de un modo perverso, la actualidad del paradigma. Al haber menos puestos de trabajo, la competencia por ellos se hace más salvaje y feroz. Las probabilidades de ser un "perdedor" (fracasado, emasculado, feminoide) crecen. Si en paralelo las mujeres demuestran su propia capacidad de trabajar y proveer (ya sea por necesidad, por elección o porque resultan más baratas para el empleador), la enclenque base de la masculinidad está siempre en peligro de derrumbe. Por ignorancia emocional, por no haber sido estimulados en otras alternativas, por carencia de recursos psíquicos adecuados, los hombres, en su gran mayoría, se empeñan en salir de esta situación haciendo más de lo mismo, en sobredosis. Más machismo, más aislamiento emocional, más competencia desaforada, menos cuidado de sí mismos y del entorno al que pertenecen, menos sensibilidad. Agreguemos adicciones. Los que tienen trabajo se hacen adictos a él para no perderlo y se estimulan con fármacos cuando no con drogas (la cocaína es la droga del rendimiento, que ya no sólo tiene uso social sino también laboral en los ambientes en donde la competencia es más desalmada). Y muchos de los que pierden su

referencia laboral caen en adicciones al alcohol, o también a las drogas, en busca de atenuar el sufrimiento que no están preparados para abordar de maneras superadoras o transformadoras.

Entre los hombres, la adicción al trabajo no está mal vista, ni siquiera se considera una propensión tóxica. Es muy común que los varones se definan como “workaholicos” casi con orgullo, como quien dice “Yo combatí en las trincheras durante la Segunda Guerra”. Las empresas premian esa dedicación, como vimos. Y, con la misma facilidad, se desprenden de quien ya no les rinde lo necesario. Son reglas del mundo masculino que se siguen sin cuestionamiento. Los hombres no lloran, no se lamentan, no aflojan, no se quejan. Mueren con las botas puestas (hasta esa tarea dejan para sus esposas e hijos, sacarles las botas una vez que mueren). Podríamos arriesgar, también, que si la ausencia emocional del padre es una herida que comparte la gran mayoría de los hombres adultos de hoy, la adicción al trabajo podría ser una manera inconsciente y vana de demostrarles a esos padres ausentes la propia valía como varón. Si mi padre demostró su hombría siendo un proveedor rendidor, yo seré como él, quizá así me apruebe, me registre, me confirme (ya sea mi padre vivo o el espíritu de él). Esa idea fantasmagórica aflora en la mente de muchos, de demasiados hombres: lo he podido comprobar a lo largo de años de explorar y compartir en profundidad el universo masculino.

Si la productividad es un valor esencial en el mundo teñido por el mandato masculino tóxico, los negocios vendrían a ser una suerte de altar en el que este valor se consagra. El español Pedro Juan Viladrich, doctor en Derecho y creador, en Madrid, del Instituto de Ciencias para la Familia, lo describió con descarnada claridad en el diario *La Nación*, de Buenos Aires (2 de julio de 2000): “Se necesita una gran cantidad de tiempo para mantener un nivel competitivo en el propio trabajo. Eso hace que lo mejor de uno mismo se vaya al área

profesional. (...) Es decir, nuestra mejor realización se va en funciones que, finalmente, no son nuestras identidades más profundas". El mismo Viladrich dice con todas las letras algo que cada vez más hombres murmuran casi con temor: "En cualquier nivel, incluso en los más altos, los empleados de una empresa no confían en la calidad humana de los dueños de la misma. Saben que a estos les importa un rábano lo que pasa con sus vidas y que lo único que quieren de ellos es la utilidad".

DE OFICINAS Y TRINCHERAS

Una investigación de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) titulada *Género, formación y trabajo*, advierte: "A pesar de la presencia de las mujeres en la empresa, todavía se espera del trabajador ideal que tenga ciertas cualidades de las tradicionalmente consideradas «masculinas»: que él (o ella) anteponga a todo su «carrera profesional»; que centre su vida en el trabajo; que esté en condiciones de dedicar al trabajo largas jornadas para adaptarse al rápido ritmo de producción que requiere el mercado mundializado; que pueda ajustar su vida familiar a las exigencias del trabajo, cuando éste lo demande; y que, en fin, no esté coartado por unas obligaciones familiares que reclamen su dedicación a ellas. En los nuevos usos laborales, no es infrecuente que las empresas inicien la jornada con desayunos de trabajo y las concluyan con sesiones de planificación que se prolongan durante la cena. Y los programas de formación pueden requerir del trabajador prolongadas ausencias del hogar. Por consiguiente, a pesar de haber incorporado a las mujeres en la fuerza del trabajo, la empresa sigue buscando al hombre en su modelo de división del trabajo entre 'hombre proveedor de ingresos-mujer forjadora de la familia'"

Hasta tal punto la mirada sobre el trabajo humano está sesgada desde el paradigma masculino dominante que cuando se vincula a la mujer con el trabajo, como lo prueban estas mismas estadísticas, se da por sentado que se habla del mundo laboral tal y como lo consideran los hombres. Las mujeres desarrollan y han desarrollado múltiples tareas en el hogar. Pero es un trabajo negro, ignorado, no registrado como tal. Es una labor que no tiene horarios ni feriados, que agota, que esclaviza y por la que, salvo cuando se trata de empleadas domésticas, no se recibe sueldo alguno ni se admite, por lo tanto, concebir mejoras salariales o de las condiciones de empleo. Muchos empleadores (muchísimos, a decir verdad, infinitamente más de los que están dispuestos a admitirlo) no contratan mujeres porque ellas se embarazan y eso significa largas licencias por maternidad. O porque menstrúan, y eso acarrea desde permisos hasta descenso en el rendimiento durante los "días femeninos" (como suelen llamarlos los estatutos laborales). ¿Qué debería hacer una mujer para adecuarse a esta patética y discriminadora concepción masculina del trabajo? ¿Quitarse el útero, prometer que no será madre, dejar de menstruar? Sería tan estúpido y brutal como pedirle a un hombre que, para poder colaborar en las tareas domésticas o para ser autorizado a criar a sus hijos en igualdad de condiciones con la madre, se hiciera crecer pechos y demostrara que puede amamantar.

Lo cierto es que hasta tal punto el género masculino y el trabajo están imbricados que los hombres brillan por su escandalosa ausencia o su penosa minoría en tareas como la docencia (salvo en puestos de conducción), en la limpieza (a donde llegan casi como marginados) y, ni hablar, en el servicio doméstico. Hay más médicos que médicas, pero las enfermeras superan largamente en número a los enfermeros, porque la enfermería es una profesión dedicada al servicio humano, al cuidado del otro. No se entra a ella para ganar

dinero, pero sí vale para eso el ejercicio de la medicina (con perdón de la respetable minoría que aún recuerda el juramento hipocrático y le es fiel, que pena en hospitales o que elige personalizar la relación con sus pacientes).

¿Y todo esto en qué contexto ocurre? En uno que no considera jamás al trabajo como un espacio de enriquecimiento humano y vincular, como un escenario en el que se manifiestan las ricas singularidades de las personas, como un camino de servicio al otro, a los demás seres, al planeta. Un contexto en el cual el trabajo está vaciado de espiritualidad y trascendencia. El trabajo está, bajo el paradigma masculino tóxico, en función excluyente de los negocios. Quien dice negocios, en el vocabulario de este paradigma, habla de rentabilidad, de lucro, de utilidades y se postra reverencialmente ante esas palabras.

Se ganan mercados, se vence a la competencia, se obtienen ganancias, se factura. Los negocios son una forma sofisticada, aunque igualmente impiadosa, de la guerra. Las empresas, en la sociedad que componemos, se organizan como los ejércitos, vertical y jerárquicamente. Tienen reglamentos tan rígidos y autoritarios como aquellos. Los organigramas de un ejército y de una corporación son intercambiables. En ambos, además, se usan uniformes. En las empresas las personas están uniformadas como en las unidades bélicas. Sus trajes, camisas y corbatas los identifican (los colores son homogéneos). Incluso las mujeres se pliegan a esto. Cada vez más, los uniformes son directamente diseñados por las empresas e impuestos a sus empleados/soldados. En el lenguaje de los negocios pululan palabras traídas de los campos bélicos. Estrategias, campañas, *targets* (blancos), objetivos, conquista, líder, grupos de tareas, espionaje, munición gruesa, atacar problemas, pasar a la ofensiva, capturar. Para entrenar ejecutivos se usan juegos de guerra y manuales de combate (*El arte de la guerra*, del chino Sun Tzu, un libro milenario, es un best seller de la administración

empresaria). En una excelente película de 2005, que pasó por los cines sin pena ni gloria (*En buena compañía*, de Paul Weitz, con Dennis Quaid, Scarlett Johanson y Topher Grace), un joven ejecutivo corporativo, para conseguir el cargo al que aspira, promete a su jefe: “*Iré por ese mercado y lo conquistaré sin tomar prisioneros. Eliminaré a todos los enemigos*”. Una síntesis implacable del modo masculino predominante en los negocios. Y los negocios mueven al mundo.

¿Tiene algo de malo el lucro, después de todo? La respuesta depende de cómo se toma el lucro. Cuando es un medio, puede convertirse en una herramienta para mejorar la vida de las personas y de las comunidades, para elevar los niveles educativos y sanitarios, para integrar etnias y culturas, para generar una atmósfera social de responsabilidad, para impulsar proyectos fecundantes de valores trascendentes. El Consejo Mundial Empresarial para el Desarrollo Sostenible, que reúne a las principales 160 empresas del planeta, define a la RSE, o “responsabilidad social empresaria” (una de las categorías de moda en el código de los negocios) como “el compromiso de las empresas para contribuir al desarrollo económico sostenible, trabajando con los empleados, sus familias, la comunidad local y la sociedad en general para mejorar su calidad de vida”. Pongámosle de fondo música de violines y tendremos una bella canción. Pero sólo eso. En la práctica, siguen mandando las utilidades, no hay tiempo para canciones. La consultora Goldman Sachs (nombre santo en el mundo empresarial) advierte que declaraciones como las que acabo de citar son necesarias para “competir exitosamente” (textual) en un mundo complejo y “las empresas e inversores que no las tienen en cuenta lo hacen a su propio riesgo”. Consulté, en conversaciones informales, a varios altos ejecutivos de corporaciones internacionales que tienen campamento en la Argentina. Mi pregunta, ingenua, fue si, efectivamente, a esas organizaciones les preocupa el cliente y la comunidad en

que están insertas. La respuesta promedio: “No hay fondos para eso. Todo presupuesto que se distrae en esos temas baja la rentabilidad, afecta los balances de final de año. El objetivo básico y prioritario es ganar más”.

“Ganar.” “Ganar más.” “Volver con la cabeza del enemigo.” “Imponerse.” Son los mandatos que los varones siguen recibiendo desde pequeños y desde diferentes fuentes emisoras, algunas más obvias, otras más sutiles o inconscientes. Es el mandato que llevan al mundo de los negocios, en el que los hombres, a pesar de las estadísticas, siguen mandando, decidiendo y ejecutando. En este paradigma no entran la piedad, la compasión, la co creación, la solidaridad, la cooperación desinteresada. El lucro es un fin en sí mismo. Y cuando algo como el lucro, el dinero o el poder se convierten en fines en sí mismos, justifican todos los medios. Estamos en riesgo. El filósofo esloveno Zlavoj Zizek escribió en la *London Review of Books*, refiriéndose a Bill Gates, George Soros y otros popes del mundo de los negocios a quienes se suele mostrar como impulsores del “capitalismo con rostro humano” (sabe Dios lo que esto significa): “Su rutina diaria es una mentira personificada; la mitad de su tiempo lo dedican a especulaciones financieras y la otra mitad a actividades humanitarias que combaten los efectos de sus propias especulaciones. Las dos caras de Gates: un cruel hombre de negocios que destruye o compra a sus competidores y busca un monopolio virtual usando todas las trampas posibles para sus propósitos... y el mayor filántropo en la historia”.

Si Gates, y el modelo que él representa, no fuera así, no sería confiable, no resultaría ganador, no devendría en un modelo para otros hombres. En su libro *La comunicación entre hombres y mujeres a la hora del trabajo*^{*}, la lingüista Deborah

* Javier Vergara Editor, Buenos Aires, 1996.

Tannen es explícita al decir que, en este ámbito, los hombres que no son muy agresivos son tildados de “maricas”. Los agresivos, en cambio, son vistos como “pujantes”. Pero si, en cambio, la agresiva es una mujer, se dirá que es “soberbia”. También le dirán, señala Tannen, “sargenta”. Hasta para el insulto a la “invasora”, en el mundo masculino de los negocios se usará una palabra de origen militar.

Quizá esto último explique por qué a pesar de todos los cambios que las mujeres han protagonizado desde los años sesenta del siglo veinte en su propio estereotipo social y cultural, todavía no atraviesan el *techo de cristal* en el mundo de los negocios y el trabajo, ese techo que les impide posicionarse masivamente en los puestos de decisión o ganar lo mismo que los hombres por responsabilidades similares. Las que llegan, en su gran mayoría, tienen que adaptarse a los modelos masculinos de mando, de negociación, de gestión. Tienen que adoptar incluso ademanes y vestimentas masculinas, tienen que demostrar su capacidad de resistencia, ocultar emociones (porque si las manifiestan se vuelven “imprevisibles”, “poco confiables”), no abrir sus campos de interés (porque se las tilda de “dispersas”), no distraerse en la contemplación de los vínculos humanos dentro del área en el que mandan (porque serían jefas “manipulables”). Las que acatan al pie de la letra el paradigma masculino (en el mundo de los negocios y en el de la política es donde más claramente se ve cómo ese paradigma es predominante, hegemónico y carente de alternativas palpables), pagan altos costos emocionales por ello. Algunas los confiesan (las he escuchado), otras se retiran, las menos siguen adelante.

El análisis de la OIT que antes mencioné afirma que “según las estimaciones del Banco Mundial, entre 1960 y 1997 las mujeres han incrementado su participación en la fuerza del trabajo total ¡en un 126%! En la actualidad, las mujeres integran casi la mitad de la mano de obra del mundo. Se ha

producido un colosal aumento de las familias en las que el hombre y la mujer obtienen ingresos derivados de sus respectivos trabajos, y han aumentado también mucho las familias monoparentales. A menudo los ingresos de las mujeres son vitales para la supervivencia de la familia. Según estimaciones de la OIT, se calcula que en todo el mundo la proporción de hogares en los que las mujeres son la principal fuente de ingresos asciende al 30% del total. Y no sólo están presentes hoy las mujeres en el mundo del trabajo, sino que muchas se ocupan en los considerados tradicionalmente *trabajos masculinos*". Otro estudio de la misma institución indica que en toda América Latina una mujer necesita cuatro años más para obtener los mismos ingresos que un hombre.

A pesar de estas revelaciones definitivas, las leyes del juego en el mundo del trabajo y de los negocios, siguen siendo las que impone el paradigma de la masculinidad tóxica. Rendir. Ganar. Imponerse. Producir. Se erosionan los vínculos humanos, se depreda el medio ambiente. A las personas se las usa y cuando no sirven más (sea como empleados, como operarios, como ejecutivos o como consumidores) se las tira, se las cambia por otras. El mundo del trabajo y de los negocios es un universo masculino no porque sólo lo habiten hombres, sino porque lo rigen los mandatos que forman la identidad de género en nuestra cultura. Mientras esos mandatos no sean transformados y revertidos, tampoco en este espacio entrarán la compasión, la confraternidad, la trascendencia, la espiritualidad, el humanismo. No hay espacio para la alteridad en ninguna de sus manifestaciones.

Esta forma de trabajar y de hacer negocios no es, claro está, inocua. Deja legiones de hijos huérfanos aunque sus padres vivan. Deshace matrimonios. Impide la formación de espacios familiares fecundos. Destruye el medio ambiente. Tiene altísimos costos sociales en materia de salud. Empobrece la escala

de valores en las personas y en la comunidad que ellas integran. Favorece la corrupción, porque cuando el fin justifica los medios, entre esos medios aparece la compra de voluntades, de opiniones, de actitudes, cuando no de vidas. Para los hombres esto es parte del escenario cotidiano de los negocios. Las mujeres resultan, por provenir de otro paradigma, presencias molestas, testigos riesgosos (salvo que se acoplen masculinizándose). Este paradigma, en fin, vacía la vida de sentidos trascendentes. Produce, sí, altos índices de rentabilidad para algunos y mucho más altos índices de infelicidad para muchos, muchos más. Es una forma tóxica —física, ambiental y espiritualmente— de trabajar y de hacer negocios.

Si los varones aspiran a vivir vidas con contenidos trascendentes, deberán devolverle al trabajo los valores de los que ha sido vaciado, deberán convertirlo en una vía para habitar el mundo de manera solidaria, creativa y fecundante. Deberán entender los negocios como una forma significativa del vínculo humano, destinada a mejorar la vida de todas las personas y del ambiente que habitamos. Es lo menos que se puede esperar si aspiramos a abandonar la masculinidad tóxica para convertirnos en varones espiritualmente fértiles.

CAPÍTULO 6

SEGUIR AL MACHO ALFA O CAMBIAR LA POLÍTICA

Cuando murió, en 1831, a los 51 años, el general prusiano Karl von Clausewitz aún no había publicado los tres volúmenes de su obra *De la guerra*. Han pasado más de 150 años desde entonces y esa obra todavía suele ser considerada como el más profundo estudio filosófico sobre la actividad humana que genera más muertes y desgracias, que mueve más miles de millones de dólares, que provoca más destrucción y calamidades. El libro de Clausewitz inspiró a Hitler, a Lenin, a Mao y (aunque, por su extensión, difícilmente hayan sido capaces de leerlo), parece provocar hoy decisiones que toman o tomaron personajes como George W. Bush, Tony Blair, José María Aznar, Silvio Berlusconi, Osama Ben Laden, Ayman Al Zahawiri, Ariel Sharon, Ehud Olmert, el imán Nasrallah y otros con menos prensa pero no con menor capacidad y vocación para la destrucción y para la muerte. En su obra, Clausewitz inaugura y despliega una tesis que

muchos toman como una verdad revelada: “*La guerra, dice, es la continuación de la política por otros medios*”.

Si se sigue esta idea es posible concluir que quien invade países, masacra poblaciones, desata genocidios, arrasa geografías y deja un tendal de cientos de miles de huérfanos, mujeres violadas, viudas y discapacitados, no es un criminal, no es un asesino serial, sino simplemente un político que aplica una de las tantas herramientas de la política. La política, digámoslo ya, es una actividad que forma parte de los principales feudos masculinos, como la economía, como el deporte, como la ciencia, como la misma religión y como tantos espacios sociales, exteriores, públicos, en los cuales se despliega poder, se dirimen competitividades, se imponen liderazgos. ¿Pero qué es la política? Desde Aristóteles a hoy, pasando por el propio Clausewitz, por Maquiavelo, por Max Weber y tantos otros mucho se ha dicho y se dice, mucho se ha escrito y se escribe sobre ella, sin terminar de capturar su esencia. Quizá ocurra así porque, básicamente, la política es el arte de conciliar la diversidad representada en una comunidad humana, la capacidad de integrar intereses diferentes sin negarlos ni desvirtuarlos, todo ello con el propósito de servir a un propósito trascendente y a un bien común. Poco o nada de esto se verifica en la práctica cotidiana de la política, en la experiencia personal que tenemos de ella. En la vivencia, la percibimos como un campo en el cual, con su presencia mayoritaria, los hombres despliegan los valores más rancios y nocivos del paradigma masculino, lo imponen a la sociedad y la hacen víctima de estos.

Ejemplos ineludibles pueden ser el de un ministro argentino que llama “pollérudo” a un adversario, como ocurrió el 30 de mayo de 2006. O el de un candidato que, genuflexo ante el jefe de la manada, dice honrar a un Presidente (el argentino) porque éste “tiene pelotas” (ocurrió, como se cita en la introducción de este libro, en octubre de 2005). O el de un

general israelí (Dan Halutz, jefe del Estado Mayor) que dice dormir tranquilo después de ordenar el bombardeo de una pequeña población, en la que sólo hay civiles, y en la que mueren decenas de niños, mujeres y ancianos. Quien escucha vanagloriarse de sus hazañas a ciertos habitantes del mundo de la política (sólo hay que acercarse a ellos, la lengua se les suelta fácilmente) los oírán contar como “le rompieron el culo” a un adversario, cómo obtuvieron prebendas habitacionales, turísticas, gastronómicas o económicas gracias a su “profesión”, cómo “acomodaron” económica o laboralmente de por vida a sus familias o cómo sus secretarías o súbditas les prestan servicios sexuales en sus propios despachos. En los códigos masculinos de la política un “verdadero” político sin amantes (pagas o no, es lo de menos) se ve como una suerte de emasculado. Con impunidad, sin metáfora y con un estilo groseramente descarnado, en el mundo de la política los hombres, sus protagonistas y administradores principales, cumplen con los mandatos del paradigma masculino tóxico bajo amenaza de ser expulsados de allí.

BAJO EL SOL DE LA ÉTICA

Otra concepción de la política es viable, sólo que requiere capacidad de cuidar, de crear, de escuchar, de servir, se alimenta de la solidaridad y de la cooperación, de la empatía, abreva también en fuentes espirituales, incluye el lenguaje de los sentimientos, necesita de una vocación alquímica generadora de transformaciones constantes y enriquecedoras, busca tender sólidos y amplios puentes entre lo público y lo privado, entre lo singular y lo colectivo, entre la acción y la emoción. Para plasmarse, esta concepción se basa en la receptividad, en la horizontalidad, en una circularidad que incluye y contempla al

semejante, antes que en la verticalidad que lo excluye y lo desoye. Esta concepción de la política, concebida en los términos que acabo de describir, es ante los ojos de los políticos predominantes en el modelo de las sociedades actuales, “blanda”, “pasiva”, “femenina”. La política, según los políticos, requiere de atributos masculinos: garra, decisión, ejecutividad, impiedad, resolución, productividad (más aún en función del propio bolsillo), empuje, obediencia, acatamiento, mando, racionalidad, éxito, poder.

Otro icono infaltable en el universo de esta política es Nicolás Maquiavelo, el filósofo renacentista italiano (1469-1527) autor de *El Príncipe*. Esta obra, que muchos políticos citan de oídas y otros se jactan de haber leído, fue escrita en Florencia, donde Maquiavelo era el gurú de la ciencia política y el consultor mimado de la corte. En sus páginas se dan, con escalofriantes claridad y cinismo, las instrucciones que les permitirán a los gobernantes alcanzar lo que su autor consideraba el fin último de la política: obtener y retener el poder. Para este fin, decía, todo medio está justificado. En la sociedad contemporánea, sombreada fuertemente por el mandato de la masculinidad tóxica, los buenos alumnos de Maquiavelo crecen como hongos (venenosos, por supuesto). De esto hablaba el alemán Max Weber, uno de los creadores de la sociología, durante una conferencia ante los estudiantes de Munich, en 1919, en la que diferenció con claridad la política existente de la política posible. *“Aquí, como en todo aparato sometido a una jefatura, una de las condiciones del éxito es el empobrecimiento espiritual, la cosificación, la proletarización espiritual en pro de la «disciplina». El séquito triunfante de un caudillo ideológico suele así transformarse con especial facilidad en un grupo completamente ordinario de prebendados. Quien quiera en general hacer política y, sobre todo, quien quiera hacer política como profesión, ha de tener conciencia de estas paradojas éticas y de su*

responsabilidad por lo que él mismo, bajo su presión, puede llegar a ser. Repito que quien hace política pacta con los poderes diabólicos que acechan en torno de todo poder. Los grandes virtuosos del amor al prójimo y del bien cósmico, de Nazaret, de Asís o de los palacios reales de la India, no operaron con medios políticos, con el poder. (...) El genio o demonio de la política vive en tensión interna con el dios del amor, incluido el dios cristiano en su configuración eclesiástica, y esta tensión puede convertirse en todo momento en un conflicto sin solución. (...) Es infinitamente conmovedora la actitud de un hombre maduro (de pocos o muchos años, eso no importa), que siente realmente y con toda su alma esta responsabilidad por las consecuencias y actúa conforme a una ética de la responsabilidad, y que al llegar a un cierto momento dice: «no puedo hacer otra cosa, aquí me detengo». Esto sí es algo auténticamente humano y esto sí cala hondo. Esta situación puede, en efecto, presentársenos en cualquier momento a cualquiera de nosotros que no esté muerto interiormente. Desde este punto de vista la ética de la responsabilidad y la ética de la convicción no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico, al hombre que puede tener «vocación política».

Amor, responsabilidad (entendida como capacidad de responder ante uno mismo y ante los demás por las consecuencias de los propios actos), ética (entendida como una actitud moral de registro del otro y respeto hacia él), son conceptos de los cuales la política, tal y como se practica en nuestro tiempo y en nuestra sociedad, está castrada. ¿Por qué? Acaso porque se trata de un espacio que ha sido tradicionalmente administrado, reglado y regido por hombres fuertemente apegados a un paradigma que se sostiene sobre las ideas de dominación, de producción, de imposición, de jerarquización. La política la han hecho desde hace mucho los hombres, y los hombres, según dice el mandato de la masculinidad tradicional, no son

tales si no demuestran que tienen poder, que se imponen al otro, que obtienen victorias. La empatía, la solidaridad, la capacidad de ceder y conceder, equivalen, en esa mentalidad, a debilidad, a incertidumbre, a "feminidad".

La antropóloga, socióloga y educadora austriaca Riane Eisler describe en su iluminador trabajo *El cáliz y la espada** dos modos de organización de las sociedades humanas. Uno, como el que acabo de describir y que corresponde al modelo político de nuestra cultura, al que llama *dominador*. Y otro, del cual encuentra múltiples evidencias en la historia antigua, especialmente en la sociedad de Creta, en Grecia, al que define como *solidario*. Las principales deidades de la cultura cretense eran diosas. La de la agricultura era más poderosa que el dios de la guerra, y las labradoras se veneraban antes que los guerreros. En Creta, una civilización que iluminó a su época con un deslumbrante desarrollo cultural y social, no había mura-las, armamento ni tropas. Y algo similar ocurrió con los matriarcados de la antigüedad.

Pareciera ser que el modelo dominador se ha instalado en la mayoría de las sociedades contemporáneas, y desde allí atraviesa todos los aspectos de la vida. Eisler piensa, y coincido con ella, que tanto a hombres como a mujeres "se les enseña a equiparar la verdadera masculinidad con la violencia y la prepotencia y que los hombres que no se adapten a este ideal son considerados demasiado blandos o afeminados". Sin embargo, dice, la historia registra la presencia, durante largos e importantes períodos, de hombres pacíficos, no violentos. Capacitados para dar y nutrir. Vienen de inmediato a la mente las imágenes de Jesús, de Buda, de Moisés, vienen la de Ghandi, la de Luther King, la de Nelson Mandela, la de

* Ed. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1990.

Erasmus de Rotterdam y su lucha contra el autoritarismo, la del físico nuclear soviético Andrei Sajarov y su conmovedor sacrificio en pos de un concepto concreto de libertad, la del premio Nobel argentino Adolfo Pérez Esquivel, un artista plástico entregado con amor a luchas solidarias y libertarias. Todos ellos hicieron o hacen política. Eso es también política en un sentido lato y esencial. Ellos recuperaron y recuperan (entre tantos otros, aunque no constituyan una masa crítica todavía) una concepción amorosa y solidaria de la política. Una forma posible, además, como queda demostrado por sus acciones, a pesar de que los políticos intoxicados del mandato machista corrompan (en todos los sentidos de la palabra) la esencia de esa actividad humana fundamental.

TESTOSTERONA RANCIA

Mientras política y poder sean sinónimos, mientras el poder sea un fin en sí y mientras siga siendo un territorio marcado y administrado por hombres abonados a los mandatos tradicionales y tóxicos de la masculinidad, esos hombres, hoy mayoritarios para desgracia de la Humanidad en su conjunto, seguirán dirimiendo en la política sus viejas cuestiones “testosterónicas”. Ellas incluyen quién es más fuerte, más competidor, más poderoso, más duro. Vimos de qué manera la ausencia de valores como empatía, compasión, solidaridad, receptividad, ternura, paciencia, aceptación y espiritualidad generan dolor, sufrimiento emocional, desencuentro y enfermedad en el plano familiar (particularmente en la relación padre-hijo), en el universo laboral (al convertir a las personas en herramientas, al vaciar al trabajo de sentido trascendente y al provocar enfermedad y contaminación), y en el mundo de los negocios (donde rentabilidad, facturación y ganancias son palabras que justifican

cualquier acción, independientemente de las consecuencias que ésta tenga en la sociedad, en las personas o en el medio ambiente). Del mismo modo, la negación de aquellos valores en la política ejercida como actividad masculina provoca sufrimiento social, desesperanza, extrañamiento, pone a las personas frente a frente, rompe las tramas solidarias (las reemplaza por tejidos de complicidad), alimenta la discriminación (de raza, de sexo, de nacionalidad, de partido), empeora la vida de los individuos, aun la de aquellos que hacen de la política una profesión lucrativa y sin ética, porque aunque engrosen sus fortunas personales, muestran un raquítico perfil humanitario. “Quien busca la salvación de su alma y la de los demás, que no la busque por el camino de la política (...), el genio o demonio de la política vive en tensión interna con el dios del amor”, insistía Max Weber en la citada conferencia de Munich.

El paradigma masculino tóxico que guía actualmente a la política lleva a ideas como la del filósofo francés Julián Freund, para quien “la verdadera razón de la perpetuidad de las guerras se deriva de la esencia de lo político. Desde el momento en que existe la política, existen los enemigos, y el riesgo de enemistad no puede ser vencido; por lo que es más que probable que la humanidad continuará conociendo las guerras”. Siempre habrá un enemigo. Eso piensan los hombres cuando hacen política. Siempre habrá alguien a quien imponerse. Siempre habrá un competidor. Siempre habrá que demostrar quién puede más. Siempre habrá alguien a quien someter. Ese mismo prisma va deformando la concepción de la política hasta convertirla en una triste y peligrosa emanación del paradigma machista.

Política deviene del griego *politiké* (relativo a la ciudad). La ciudad era, para los griegos, el centro de la vida, el lugar en donde todo ocurría, donde se dibujaba el paisaje humano, aunque es necesario reconocer que en ese espacio la mujer estaba excluida como ciudadana. Aún así, lo que me importa

señalar es que, en el pensamiento de Platón, la ciudad había nacido como una forma trascendente de resolver la incapacidad esencial de cada persona de bastarse a sí misma. Es decir, era un punto de convergencia de lo diferente, un espacio de complementación y supervivencia creativa. Desde ahí puede entenderse a la política como una actividad que nació con epicentro en el bien común. El modo masculino de ejercerla la ha llevado a las antípodas de ello.

Como en otros campos, tampoco en éste alguna evidencia sería demuestra que los varones estén “naturalmente” dotados para la política y destinados a ella por encima de las mujeres, aunque el filósofo vitalista suizo Juan Jacobo Rousseau (de quien tanto se citan *El contrato social* y *Emilio o la educación*) haya llegado a decir que, por cuestiones fisiológicas y anatómicas, sólo el hombre puede ir a la guerra y, en consecuencia, ser ciudadano. Uno de sus contemporáneos, el francés François Poulain de la Barre, un referente en la lucha contra el prejuicio, defendió la igualdad al afirmar que “la mente no tiene sexo”. De hecho, para desmentir a Rousseau y a sus émulos de hoy, al iniciarse el segundo lustro del siglo veintiuno siete mujeres presidían sus respectivos países (Chile, Irlanda, Letonia, Finlandia, Filipinas, Liberia y Sri Lanka). En otros cuatro había primeras ministras (Alemania, Nueva Zelanda, Bangladesh y Mozambique). Al revisar los perfiles de esas mujeres, la ensayista española Elena Arnedo* señala que “sus proyectos y formas de hacer política están más cercanas a las preocupaciones reales de las ciudadanas y ciudadanos más solidarios, más comprometidos con los derechos sociales y con la paz en el mundo”. En esa misma línea reflexiona el periodista John Carlin al testimoniar los sorprendentes procesos de reconstrucción y reconciliación

* *El País*, Madrid, 27 de marzo de 2006.

que pudo observar en países trágicamente dañados por luchas internas, como Ruanda y Liberia. Ruanda, que en los años noventa vio morir alrededor de un millón de personas en una brutal guerra civil entre las etnias Hutu y Tutsi, conserva hoy, dice Carlin, “estabilidad y paz y, de hecho, es uno de los lugares más seguros de África. Si se ha producido este milagro es, en parte, debido a la amplia presencia de mujeres en la clase dirigente del país. Es difícil no relacionar la clemencia, la bondad y la compasión (...) con el hecho de que se trata de un Gobierno con enorme proporción de mujeres”*.

Es así. Donde un hombre que se hace cargo del gobierno debe demostrar que tiene “agallas” para el cargo a través de venganzas de todo tipo hacia sus adversarios, una mujer, que no se siente obligada a mostrar atributos “viriles”, puede manejarse con otros valores. Por supuesto, corre riesgos. A los tres meses de gobernar su país, la médica chilena Michelle Bachelet debió enfrentar una revuelta estudiantil multitudinaria. Lo hizo con paciencia, con firmeza y con comprensión. Supo reconocer las razones de los estudiantes rebeldes, atendió algunas demandas, se negó con entereza y argumentos a otras. Tuvo paciencia y escucha. El resentimiento masculino de sus detractores rápidamente se convirtió en críticas a su modo de manejar la situación. Donde ellos hubieran puesto intransigencia y represión veían en Bachelet un estilo de “mamá”, “debilidad femenina”, “falta de firmeza”. El analista chileno Manuel Délano observa que la estrategia de Bachelet ante las situaciones serias consistió, durante sus primeros cien días de gobierno, en “atender las quejas y rectificar el rumbo”. Se parece más, claro, a la actitud materna que a la rigidez, ausencia de escucha e imposición que el paradigma masculino manda a la paternidad y traslada lue-

* *El País Semanal*, Madrid, 11 de junio de 2006.

go a la política. De hecho es curioso el modo como, en la política masculinizada, se tuerce el sentido de la palabra *mandatario*. Quien revise el diccionario verá que se trata de alguien que acepta representar a otro u otros y a seguir sus mandatos. Para los hombres que hacen política (y las mujeres que adoptan su estilo) significa exactamente lo contrario. Actúan como mandantes, imponen a una sociedad entera las consecuencias de sus decisiones, no la consultan, se enriquecen a costa del patrimonio común, no rinden cuentas ni creen que deban hacerlo. Se sienten machos cabríos al frente de una manada.

Algo similar a lo de Bachelet le ocurrió a la socialista francesa Segolène Royal cuando, a mediados de 2006, asomó como candidata para las elecciones presidenciales de 2007. Royal mostraba preocupación por temas sociales, educativos, de igualdad, invocaba “deseos de futuro” y lo hacía con un lenguaje diferente del de los viejos líderes masculinos de su partido (el mismo del ex presidente François Mitterand). Los hombres de esa organización y de la principal agrupación adversaria (la populista UPM, Unión para la Mayoría Presidencial), reaccionaron pronto y en llamativa coincidencia. Dijeron de ella que no tenía idea de los “grandes temas políticos” y que su actitud era propia de una madre de familia. Laurent Fabius, un pope de su propio partido, llegó a preguntarse: “Si ella gana, ¿quién cuidará a sus niños?”.

Hechos como éste dan pie a reflexiones tan lúcidas y escépticas como la de Leticia Battaglia (fotógrafa italiana premiada internacionalmente, fundadora y participante de una coalición antimafiosa que gobernó Palermo entre 1985 y 1991), quien fue una de las 59 mujeres que cuentan sus vidas y abren sus mentes y sus corazones en el conmovedor libro *El don de arder*^{*},

* Ed. Del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2004.

de la periodista española Ima Sanchís. “¿Puede haber un mundo armonioso en el que gobierne sólo la mitad de la humanidad?”, se pregunta Battaglia. “Si nuestro poder equivaliera a 50 por ciento, seguramente en el mundo habría menos violencia. La razón es sencilla (...) Una mujer no destruye lo que crea. ¿Entiendes por qué no tengo confianza en los hombres? Sin el complemento del pensamiento femenino no puede haber justicia, porque los hijos que ellos envían a la muerte son hijos de una mujer que jamás habría decidido eso. Las mujeres no envían a sus hijos a morir”. Por supuesto, allí está una mujer, Condoleeza Rice (una mujer a la que sus pares masculinos llaman Condi y aceptan como “uno más”), secretaria de Estado de Estados Unidos, para cuestionar con su conducta belicista, con sus palabras de intolerancia, con su responsabilidad en genocidios, con su impiedad implacable, para cuestionarla. “Las mujeres no gobiernan,” reflexiona Battaglia, “y cuando lo hacen, lo hacen como los hombres porque son pocas.”

SÓLO PARA LA FOTO

Para los hombres políticos que se rigen, y rigen al mundo, con el paradigma masculino tóxico, la política y los hijos (incluso los propios, a los que abandonan emocional cuando no físicamente, a los que olvidan, a los que sólo consideran para la foto proselitista) van por caminos separados. Las mujeres deben hacerse cargo de la retaguardia hogareña y dejarles a ellos el escenario central del poder. Acaso esto explique que muchas mujeres que se dedican a la política deban (y acepten) transvestirse y demostrar que pueden ser tanto o más fuertes que un varón. De inmediato resuenan los nombres de la británica Margaret Thatcher, de la estadounidense Condoleeza Rice, de su compatriota Madeleine Allbright, de la israelí Golda Meir.

Si no se proponen modificar la política, el otro rol que les queda a las mujeres es el de primeras damas sonrientes dedicadas a tareas benéficas (un reforzamiento patético del más pobre estereotipo femenino) o participar en partidos, ministerios y parlamentos en claras actitudes secretariales hacia los hombres que mandan. La periodista española Soledad Gallego Díaz, escribió un artículo titulado *Que se note*^{*}, en el que señala: “No hay nada más tonto que la preocupación de muchas mujeres que ocupan cargos de relevancia política, económica o profesional por que *no se les note* que son mujeres. Ya es hora precisamente de lo contrario”. Lamentablemente, todavía muchas mujeres en la política se limitan a demostrar que lo son sólo en las patéticas cirugías estéticas a las que se someten para ocupar sus lugares de primeras damas, senadoras, vicegobernadoras, o lo que les toque. Es decir, procuran estar presentables para los hombres a los que servirán o cuyos votos buscarán. En lo demás tratan exactamente de que “no se les note”, no contradicen a sus “señores”, y si lo hacen son arrasadas. En la Argentina, en mayo de 2006, la diputada María del Carmen Alarcón, del partido oficialista, se negó a seguir callada y obedientemente las directivas del Presidente, con las que no estaba de acuerdo por considerarlas nocivas para quienes la habían votado, y fue expulsada por un grupo de hombres (sus pares en el bloque parlamentario del mismo partido). Argumentaron que ella no comprendía las reglas del juego y no las había acatado, como sí lo hicieron ellos siguiendo la ley de la jauría (todos detrás del macho alfa). Los hombres imponían un castigo ejemplificador, como corresponde al juego entre machos. No están dispuestos a permitir que una mujer planteé nuevas normas en el territorio que ellos marcan como propio.

^{*} *El País*, Madrid, 2 de abril de 2006.

Aunque su modo de hacer política conserva muchos rasgos del estilo masculino, la argentina Elisa Carrió (fundadora y conductora del partido ARI y candidata presidencial) hace una aguda descripción de dicho estilo en el prólogo que escribió para la edición en castellano de *Cómo las mujeres cambian la política*, de Philippe Bataille y François Gaspard*. Allí dice: “La dinámica de la actividad política, la práctica y el funcionamiento de los partidos, y la propia forma de hacer política, su lenguaje y sus valores reconocidos, se han hecho a imagen de los modelos masculinos. Así, se han señalado características rechazadas por las mujeres, como la presencia de un alto grado de violencia verbal, la valoración de la competitividad por sobre la cooperación, la presencia de un importante nivel de hiperactividad no creativa y las exigencias de un alto grado de renuncia a la intimidad y a la cotidianeidad”. Esta precisa descripción, hecha desde adentro y fácilmente observable desde afuera, confirma que los hombres hacen política del mismo modo en que hacen negocios, en que trabajan, en que practican deportes, en que se desempeñan en los territorios propios y compartidos: posponiendo la cooperación, la solidaridad, la empatía, los afectos, la sensibilidad. Así pueblan el mundo de políticos exitosos, empresarios y ejecutivos eficientes, deportistas triunfadores, guerreros invictos, seductores seriales y atletas sexuales que, en la gran mayoría de los casos, son individuos existencialmente vacíos, emocionalmente precarios, espiritualmente estériles, ausentes en el amor, en la paternidad, en la trascendencia. Hijos de un modelo que los daña a ellos y a su entorno. Puede ser que esta idea ya haya sido enfatizada en este mismo capítulo y en otros anteriores. Nunca será suficiente. Seguiré repitiéndola.

* Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2000.

Mientras tanto, es esperanzador recoger unas pocas palabras del discurso con el cual María del Mar González, nueva presidenta del parlamento de Andalucía, inauguró las sesiones del mismo el 31 de marzo de 2006. Invocó la que consideró una palabra de poca tradición en la política, pero insistió en que constara en el Diario de Sesiones: la palabra es *bondad*. Después, rogó encarecidamente a las diputadas y diputados la práctica de una norma de conducta política que no se encuentra en el Reglamento de ese Parlamento ni de algún otro: “Prohibido dejar de soñar”. Cuesta poco imaginar a un político que lea estas páginas, o a muchos de los hombres presentes aquel día en el evento, sonriendo casi despreciativamente y considerando a estas palabras de González como una auténtica “mariconada” (o “mujerada” en este caso) que nada tiene que ver con la “verdadera” política.

Pero, en todo caso, estas actitudes, como algunas que señalé anteriormente, invitan a creer que, efectivamente, se puede pensar y ejercer la política desde otro paradigma. Si tenemos en cuenta que el 50% de la población mundial está compuesta por mujeres, aún son muy pocas las que están en los lugares desde donde podrían producir el cambio, pero hace poco tiempo eran aún menos. La política tal como hoy la piensan y la ejercen los hombres es tóxica, es peligrosa, es letal, es violenta (de hecho y de palabra). Es una política de enemistad antes que de fraternidad, es una política que destruye más que lo que crea. Se necesita mucha testosterona espiritual (la otra, la orgánica, es apenas un accidente biológico en el cual sus portadores no tienen la menor decisión) para ser hombre y transformar la política. Ha habido hombres así. Y seguramente hay otros que no se prohíben soñar con esa posibilidad.

No será fácil, de todos modos. Los votantes, en política, son tanto varones como mujeres y, aun cuando algo esté empezando a cambiar (acaso porque el instinto de conservación

anida en el fondo del inconsciente colectivo de la especie), es importante observar quiénes suelen ganar las elecciones y cuáles son las políticas que llevan adelante esos ganadores. El paradigma masculino predominante no sólo está en la mente de la gran mayoría de los varones, sino también en el de muchas, demasiadas, mujeres. La periodista estadounidense Maureen Dowd, ganadora del premio Pulitzer y autora de *¿Son necesarios los hombres?*^{*}, reflexiona: “En las elecciones norteamericanas de 1984 creímos que iba a triunfar Geraldine Ferraro como segunda de Walter Mondale, y ganó Ronald Reagan: la testosterona, el hombre como padre, el cowboy. Y eso es lo que también le dio la victoria a Bush y a todos los presidentes: hombres muy machos que reducen a sus rivales haciendo creer que estos son sensibles, débiles, demasiado femeninos. Al final, la gente vota por el macho testosterónico”. Una experiencia que se puede extrapolar a casi cualquier escenario del planeta, con honrosas y esperanzadoras excepciones. Quien aún dude puede revisar los discursos de los candidatos en campaña y aun de los presidentes en ejercicio (basta con escribir las palabras Bush, Blair, Aznar, Zarkozy, Larrain, Chávez, Menem, Kirschner, García, López Obrador, Fox, Calderón, Sharon, Netanyahu, Olmert, Abbas, Berlusconi, Putin en cualquier buscador de Internet y luego leer).

La filósofa Sylviane Agacinski, de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París, autora de *Política de sexos*^{**} insiste en recordar que “el hombre y la mujer son dos caras de lo humano”. Y cree que “la política es el medio para resolver juntos los conflictos antes que acallarlos. (...) Nos corresponde a nosotros, hombres y mujeres de este tiempo,

* Antonio Bosch, Madrid, 2006.

** Taurus, Madrid, 1998.

aceptar nuestras diferencias, defender el valor de la mezcla, de la heterogeneidad de lo mixto”.

La política está en nuestras vidas, aunque no lo creamos, aunque nos declaremos al margen de ella. Está en nuestras vidas y, de alguna manera, condiciona el modo en que las vivimos. Hoy somos víctimas, varones y mujeres, de un modelo machista de la política que ensombrece nuestras existencias y las amenaza. No es cierto que la guerra sea una continuación de la política por otros medios. La guerra es, apenas, el sangriento producto de un modo de entender la vida que se nos ha enseñado a los varones para habilitarnos como tales. La guerra son hombres matando a otros hombres, apropiándose de territorios ajenos, bombardeando a mujeres y niños, aniquilando ancianos, violando a mujeres y niñas, destruyendo reliquias culturales y legados espirituales. La guerra es el modo machista de resolución de conflictos. Clausewitz pertenece al erario del paradigma machista tóxico, no es legado cultural de la humanidad, no debería serlo. Maquiavelo justifica a la política de ese mismo paradigma. No es la verdad de la política, es apenas la justificación de *una* forma de hacer política. Basándose en éstas y otras enseñanzas, el modelo tradicional masculino ha impuesto ciertas realidades que urge cambiar. Nos ha acostumbrado a ver la guerra como un espectáculo cotidiano, televisivo, lejano, natural e inevitable. No lo es. Nos ha habituado a entender la política como el arte de lo posible a cualquier precio, por cualquier medio, sin importar el bien común. No es así, aunque lo quieran Clausewitz, Maquiavelo y quienes los invocan o los emulan.

Otra política es posible, es necesaria, es urgente. El actual modelo es el impuesto por un tipo de hombres que, aunque predominen, marchan hacia un callejón sin salida. Para transformar su propia condición, para recuperar su esencia más profunda, los varones le deben otra forma de hacer política a sus hijos, a sus congéneres, a las mujeres y a sí mismos. Sin dilaciones. Aquí y ahora.

CAPÍTULO 7

TIEMPOS VIOLENTOS

Aunque el diccionario indica que su género es tanto masculino como femenino, el adjetivo *cobarde* no suele aplicarse a las mujeres. A ellas se les reserva el de “miedosas”, y así se admiten a sí mismas en muchas circunstancias sin sentir que ello las disminuye. *Cobarde* se aplica a los varones y es vergonzante. La cobardía no se le consiente a un hombre, no al menos sin que pague por ello un alto costo en credibilidad, en estima, en confianza, en aceptación. Despreciada, la cobardía describe una actitud ante el peligro. ¿Está mal dudar, precaverse contra el riesgo? A los hombres se les dice desde pequeños que sí, que hay que poner el pecho, aguantar, ir al frente, no temer aunque tengan razones para hacerlo. Quien se acerque a un lugar en el que se jueguen torneos infantiles y juveniles de cualquier deporte colectivo (fútbol, rugby, etcétera) y escuche las arengas de los padres a sus hijos oirá frases enardecidas, de este tipo: “¡Matalo!”, “¡No le tengas miedo!”, “¡Animate que es un cagón!”, “No llores, no pasó nada” (cuando su hijo recibe un

golpe), “No seas maricón” (ante una situación similar) y otras que no varían demasiado ni en la forma ni en el contenido. No hablo de actividades que acontecen en espacios socialmente marginales, sino en todo tipo de organizaciones y clubes, incluidos los más renombrados. Para el varón promedio, deporte y violencia parecen haberse convertido en partes de un mismo todo. En el último Campeonato Mundial de Fútbol, jugado en Alemania, Wayne Rooney, integrante del equipo inglés, derribó al jugador Carvalho, de Portugal, y, cuando éste estaba en el piso, completó la agresión dándole una patada de taco en los testículos. El árbitro Horacio Elizondo (de Argentina) no dudó en expulsarlo inmediatamente. El periodista argentino Fernando Niembro, que comentaba el partido por televisión, consideró que aquella medida era “una exageración del juez”. Está en los medios, está en la cultura, está en los ojos, está en el consenso colectivo: jugar violentamente es jugar como un hombre debe hacerlo. El juez, en la mirada del periodista, no respetó los códigos de la “hombría”.

El coraje, la fuerza, el arrojo, la garra, han sido siempre valores constituyentes de la masculinidad y lo son todavía, aunque cuando se intenta dibujar un modelo de varón más actualizado, se los mixture con la ternura, la receptividad, la sensibilidad. Sin embargo, se puede excluir de esa lista a los tres últimos atributos y el hombre seguirá siendo considerado como tal. Si, en cambio, se quita alguna de las condiciones que nombré en primer lugar, el mismo individuo verá puesta en duda o bajo sospecha su integridad masculina, y no sólo ante los ojos de sus congéneres sino también en la mirada de muchas mujeres.

En el modelo cultural que dio pie a nuestra civilización, los hombres salieron a conquistar el mundo, a expandirlo, a dominarlo. Compitieron y compiten entre sí por el poder en ese mundo. Poder, victoria, control, agresividad, definen a la masculinidad considerada válida. La masculinidad que se erige

sobre estos pilares sólo puede ser dualista. Reconoce unos atributos y excluye a sus opuestos. Exige coraje *sin* temor, fuerza *sin* vulnerabilidad, arrojo *sin* cautela, garra *sin* piedad, poder *sin* negociación, victoria *sin* concesiones, control *sin* consenso, agresividad *sin* límites. Se trata de un modelo que elimina lo más rico y transformador de la existencia: la integración de opuestos complementarios. De la misma manera rígida en que construyen su identidad de género, los hombres se sumergen en el mundo. Sin opciones.

Cuando todas las características que vengo enumerando como constitutivas de la masculinidad son puestas en juego en la vida, en las acciones y en las relaciones cotidianas, se prepara un cóctel peligroso cuyo efecto devastador, tanto en lo físico como en lo social, en lo vincular como en lo emocional, es la violencia. En realidad ninguno de los aspectos “masculinos” es, en sí, nocivo ni execrable. Son riesgosos y empobrecedores cuando se los divorcia tajantemente de su opuesto complementario. Se rompe así una armonía esencial y fecunda, se reducen las capacidades y potencialidades para transitar por la vida y darle un significado trascendente. Se siembran, insisto, las semillas de la violencia. Y, hoy, en un mundo controlado mayoritariamente (en la política, la economía, los negocios, el deporte, la ciencia y la técnica) por hombres que responden a los mandatos de la masculinidad que enferma, vivimos tiempos de violencia.

LA DUDA COMO AMENAZA

La violencia es una desviación nociva de la agresividad. La agresividad, a su vez, es una energía básica presente en todos los seres humanos. Gracias a ella sobreviven los bebés (aparentemente tan frágiles) en un medio nuevo y riesgoso, gracias a

ella se abren caminos, se exploran territorios vírgenes, se descubren continentes, se crean civilizaciones, se han vencido los riesgos que pusieron en peligro de desaparición a la especie cuando ésta era aún joven. Cuando la agresividad se orienta a un propósito trascendente, cargado de significados, fecundo, es una verdadera partera de los principales y más nobles logros humanos. Cuando no es así, se embolsa, queda encerrada en círculos estériles, fermenta, estalla en acciones destructivas. Ésta es la gran diferencia: como agresividad esa energía construye y fertiliza, como violencia destruye y mata. Cuando los hombres aplican su energía a la dominación, al control, al poder, a la obtención de victorias, como fines en si mismos, sin más *para qué* que ése, son responsables de crear, conservar y gerenciar una sociedad violenta.

¿Cuál es el origen de este fenómeno? La respuesta, aunque se pueda sospechar compleja, es relativamente simple. La masculinidad *debe* demostrarse siempre. No una vez, sino en todas las oportunidades en que esto se exija. La masculinidad hoy vigente no admite derrotas ni resignación, dudas ni contemplaciones. “La duda es la jactancia de los intelectuales.” Esta frase que rezuma prejuicio e ignorancia fue inmortalizada por un militar argentino (el ex teniente coronel Aldo Rico, epítome de la masculinidad “blindada”). En ese contexto, el término *intelectual* equivale a débil, femenino, como todo lo que se vincula con tareas abstractas, sentimientos, emociones, cuestionamiento, espiritualidad. La acción es masculina. La emoción, el pensamiento son femeninos. Un hombre, dice el mandato, vale por lo que hace, no por lo que siente ni por los valores que expresa. Rico, con su precario lenguaje y sin capacidad para la simbolización, expresó de una manera clara y literal un pensamiento que la mayoría de los varones en nuestra cultura mimetizan detrás de manifestaciones más elaboradas. Lo cierto es que conceptos como duda,

retroceso, concesión o consenso son otras palabras inexistentes en el paradigma masculino tóxico, y puestos a reconfirmar cotidianamente su masculinidad a través de actos que tampoco las incluyen, los hombres son generadores (y víctimas) de la violencia social en sus más variadas formas.

Una de ellas es la manera conducir los autos, como si fueran armas o extensiones de sus penes. Importa el tamaño, la velocidad, el rendimiento. Acostumbran desde jóvenes a compararse a partir de sus coches. “¿El tuyo cuánto rinde?” es una pregunta habitual entre hombres. La publicidad (esa herramienta de manipulación siempre peligrosa y nunca inocente) los utiliza como consumidores vendiéndoles *potencia* bajo la forma de un auto (es la palabra más utilizada en los anuncios del mercado automotor). Luego salen a las calles y a las carreteras a competir a lo macho. Dejar lugar al otro, respetar las normas y señalizaciones, disminuir la velocidad, tardar más tiempo que otro hombre para hacer el mismo recorrido va en contra de la condición de varón. El 10 de mayo de 2006 la revista científica británica *The Lancet* informaba que los accidentes de tránsito han subido al noveno lugar entre las principales causas de muerte en el mundo, lo que significa un millón 200 mil muertes y 50 millones de heridos anuales. Y anunciaba que en 2020 ésta será la tercera causa de muerte en el mundo. Estudios de la Organización Mundial de la Salud (que cité en la introducción de este libro) indican que el 90 por ciento de los conductores involucrados son hombres, y el 75 por ciento de las víctimas también. ¿Pero son sólo ellos las víctimas? ¿Y los huérfanos? ¿Y las viudas? ¿Y los padres que pierden sus hijos? ¿Y los hermanos que quedan sin hermanos? ¿Y el costo social y económico de estas cifras brutales? Ninguna persona es una isla, como escribió el poeta inglés John Donne, todo nos afecta a todos.

TODO LUGAR ES RIESGOSO

El investigador mexicano Beno De Keijzer, catedrático en la Universidad de Veracruz y miembro de la organización Salud y Género, describe este fenómeno de manera inapelable: “La versión machista de un hombre tiene costos muy elevados para las mujeres, como es el caso de la violencia intrafamiliar, pero además también representa una elevada tasa de violencia social entre hombres. El homicidio entre varones representa una de las tasas más elevadas de violencia, porque utilizamos ésta como un ‘recurso’ para resolver los conflictos. Pero de igual manera tenemos una tasa elevada de accidentes y de suicidios en comparación con las mujeres. Aunado a ello, esa versión tradicional de ‘ser hombres’ nos lleva a no protegernos ni proteger a nuestra pareja dentro del contexto de la sexualidad, de ahí que estén muy presentes las enfermedades de transmisión sexual, ya que nos sentimos invulnerables, lo mismo que sentimos con el consumo de alcohol”. Es decir, la violencia tiene múltiples formas, cruza y tiñe el entramado de las relaciones humanas.

La Organización Internacional del Trabajo (OIT), por ejemplo, muestra en varios estudios su preocupación por la creciente violencia en el trabajo. Sólo en la Unión Europea seis millones de trabajadores por año son objeto de violencia física en sus lugares de trabajo. Nuevamente, el fenómeno es mundial y en la mayoría de los países las víctimas y victimarios son (en porcentaje significativamente más alto) los varones. El trabajo, queda dicho en el capítulo 5 de este libro, es un territorio fundamental para el ejercicio del poder, para la marcación de jerarquías, para la verificación de la masculinidad.

Pero no es el único. Los varones tropiezan muy temprano en sus vidas con la exigencia de demostrar que lo son. Las escuelas, cada vez más, se han convertido en espacios a menudo trágicos en los cuales se experimenta el inicio en la masculinidad. Una

investigación que el educador Guillermo Kessler, del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), de Argentina, dirigió en escuelas del conurbano de Buenos Aires, permitió verificar la proliferación de actividades violentas que los estudiantes consideran “sólo juegos”. Es decir, no registran la violencia como tal. Otro tema preocupante que emergió fue el de la violencia de los varones sobre las niñas. “Esto expresaría”, escribe Kessler, “un modelo de masculinidad compartido por padres e hijos varones, ligado al ejercicio de la violencia como manera de reafirmar una identidad que presenta uno de sus elementos estructurantes —el rol de proveedor— en crisis.” Ésta es la pecera en la que nadamos, conviene recordarlo antes de que el agua nos intoxique del todo.

A lo largo del siglo veinte, dice una estadística de las Naciones Unidas, 191 millones de personas murieron en guerras. No huelga repetirlo: las guerras las hacen los hombres. Representan un modo masculino de dirimir conflictos. Ese modo se da también en el ámbito privado. Ya ofrecí algunas cifras acerca de la violencia trágica que los varones ejercen sobre las mujeres. No quiero saturar este texto de estadísticas. Sólo pensemos que en este mismo momento, mientras escribo o mientras un lector lee, una mujer está siendo golpeada por un hombre y ese hombre es, probablemente, su pareja. En el mundo, el 40 por ciento de las mujeres que mueren de forma violenta lo hacen a manos de su pareja o un hombre conocido. El paradigma masculino enseña que una mujer debe someterse al hombre, obedecerlo, admirarlo, ser su objeto doméstico, su objeto sexual, la paridora de sus hijos. Frente a esto, cualquier teoría que proponga equiparar violencias (por ejemplo la física de los varones con la “emocional” de las mujeres) suena cuanto menos equivocada y cuanto más cínica o hipócrita.

Hay algo en lo que todas las cifras y estudios sobre violencia de distinto tipo (homicidios, guerras, accidentes) coinciden: los

tres grupos más vulnerables son las mujeres, los niños y los hombres. Las mujeres no sólo no son hombres, verdad de Perogrullo, sino que, para los mandatos masculinos tóxicos, son inferiores a los varones. Los niños son pequeños varones que no han alcanzado la hombría. Hombres en formación a los que, a menudo, individuos mayores les pegan para que aprendan, para formarlos, para que a golpes se hagan machos. Pero, como reza un viejo refrán, el que pega para enseñar sólo enseña a pegar. Ése es un modo de propagar un modelo. Y, por fin, los ancianos son hombres que, en el contexto de la fuerza como valor supremo, ya no tienen poder. Así, la violencia masculina aparece como un ejercicio de poder sobre los más débiles. Y la violencia masculina es masculina aunque la ejerzan mujeres. Éstas, en todo caso, toman el modelo cultural y social de resolución de conflictos y ejercicio de poder que propone el paradigma dominante y, a su manera, lo reproducen. Es su manera de quedar sometidas al mismo.

SALIR DEL SIMPLISMO

¿Es la violencia un componente de la “naturaleza masculina”? Algunas versiones del feminismo (las más radicales y fundamentalistas) se apresurarían a responder que sí, lo que nos llevaría a un callejón sin salida. O con una salida única: eliminar a los varones para terminar con la violencia. Esas miradas son la contrapartida exacta del machismo. Así como éste no ve lo femenino como una energía distinta y complementaria, sino como algo inferior, indeseable o rechazable, hay una concepción feminista que hace lo mismo con lo masculino. Sin embargo, no existe una naturaleza masculina que incluya la violencia como ingrediente. Sí, como mencioné, están comprendidas en esa naturaleza la agresividad, el empuje, la

audacia. La testosterona, hormona definitoria de lo masculino, conlleva, desde lo fisiológico, a tal configuración. El canadiense Michael Kaufman, director del Centro de Investigación sobre la Violencia en América Latina e impulsor de la campaña internacional Lazos Blancos, que convoca a los hombres que se oponen a la violencia masculina a usar en las solapas lazos de ese color, afirma que la violencia “es una conducta que se aprende al ver y experimentar violencia de diversas formas en el seno de la sociedad”. Eso ocurre, remarca, cuando la sociedad se asienta sobre bases verticalistas, patriarcales, de autoridad, dominación y control que se evidencian en todas las actividades, tanto en las sociales como en las económicas, en las políticas o, incluso, en la relación con la Naturaleza.

En un detallado trabajo sobre los orígenes de la violencia humana, los antropólogos Richard Wrangham y Dale Peterson, de la Universidad de Harvard (el libro se titula *Machos demoníacos**) apuntan que tanto entre los humanos como entre los chimpancés, las coaliciones masculinas van más allá de la simple defensa de sus territorios para pasar directamente a la agresión no provocada. ¿Se parece en algo a las actitudes de las barras bravas del fútbol, que se convocan por la simpatía común hacia un equipo y se convierten en agresores de todos los que no llevan los mismos colores? ¿O a las patotas y pandillas, tanto juveniles como adultas, que se agrupan por vecindad, por afectos, por experiencias compartidas, como la de cursar en la misma escuela o vivir en el mismo barrio, y acaban agrediendo a cualquiera que sea diferente o que esté en inferioridad numérica o de condiciones? ¿Se parece en algo a la actitud de los grupos de varones, de cualquier edad y condición social, que eligen como destinatario de sus bromas

* Ada Korn Editora, Buenos Aires, 1998.

constantes y pesadas a un varón más débil, más joven, o más viejo, cuando no a una mujer? ¿Se parece en algo a la agresión que generan las convocatorias patrióticas y nacionalistas, ya sea en política, en deportes o en cualquier ámbito? Desde mi punto de vista las reminiscencias son claras. “Las comunidades organizadas en torno de los intereses masculinos tienden a seguir estrategias masculinas y, gracias a la selección sexual, buscan el poder con un entusiasmo casi ilimitado”, señalan Wrangham y Peterson. Más aún, estos investigadores arriesgan que “el imperialismo deriva en parte del hecho de que la política exterior humana se fundamente en intereses masculinos antes que femeninos”. Es decir, en la acumulación de poder, en el sometimiento de los otros, en la conquista de territorios (y de hembras, podría decirse, si se los asociara a comportamientos de primates). “El expansionismo imperialista es una tendencia amplia y persistente en nuestra especie de machos demoníacos”, reflexionan los antropólogos. Y se preguntan si hay esperanzas de domar a ese demonio.

El interrogante concuerda con el que formula el psicólogo y filósofo italiano Marcelo Colussi, que trabaja desde hace años en América Central en temas de derechos humanos: “¿Se puede ser varón sin ser violento?”, se pregunta. Como Wrangham y Peterson, Colussi remarca que nuestros modelos culturales están contruidos en torno de la lógica tradicional masculina. Y, como ellos, cree que urge recuperar y poner en práctica, para la convivencia social y la construcción de los vínculos, algunos predicados femeninos referidos a la solidaridad, compasión, receptividad, poder compartido.

Es esencial detenerse aquí. Si la violencia fuera algo inherente a lo masculino, como el poder o la fuerza, y si la

* Artículo en el sitio de periodismo independiente *Voltaire Net*.

solidaridad, el cooperativismo y la compasión fueran inherentes a lo femenino, no tendríamos opciones. La respuesta a los interrogantes de Wrangham, Peterson, Colussi y tantas otras personas preocupadas por el mismo tema sería un tajante y decepcionante *No*. Lo natural está dado, no cambia, tiene sus leyes inamovibles. Pero, al mismo tiempo, es armónico, integra los opuestos, preserva lo existente. Basta con observar cómo se relacionan el día y la noche, el agua y el fuego, el frío y el calor, la tierra y el aire, lo áspero y lo suave, lo duro y lo blando. No ocurre así con lo masculino y lo femenino cuando los definimos a partir de los paradigmas y estereotipos vigentes. Chocan, se niegan, se fragmentan, no se integran, lejos de la armonía producen desacuerdo, insatisfacción, recelo, enfrentamiento, infelicidad. Dan una base para pensar que esas “naturalezas” no son naturales. Entendidos como mandan los paradigmas culturales, lo masculino (sobre todo) y lo femenino son manifestaciones *contra natura*.

SALIR DEL CARRIL

No se puede ser hombre, de acuerdo con lo que manda el modelo de la masculinidad tóxica, sin ser violento. La tragedia comienza cuando se habla de “naturaleza masculina” y se le adscribe la violencia como factor inherente e insustituible. Y, cuando siguiendo esa línea, los propios hombres creen que ser violento es ser hombre y que se impone demostrar la virilidad por esa vía. De hecho, en los espacios donde el paradigma masculino tóxico prevalece crudamente, una sola emoción les está permitida a los varones. La ira. Un hombre iracundo jamás será sospechado de ser débil, flojo o poco masculino. Intimidará, impedirá los vínculos, creará climas sofocantes, acaso se quedará solo, pero nunca se pensará de

él que es un “maricón”. En este paradigma, otras emociones, y las actitudes consecuentes a ellas, se consideran ambiguas, cuando no directamente femeninas (así pasa con el miedo, la vergüenza, la ternura, la debilidad, la pasividad, la duda, la receptividad, la paciencia). Cuando el registro emocional permitido empobrece hasta quedar reducido a una sola variante y esa variante es la ira (cuya forma toman el miedo, la duda, la vergüenza y demás), el caldo de la violencia se cuece a fuego lento y constante.

Para que ser hombre no equivalga a ser violento, urge revisar los modelos culturales de “masculino” y “femenino” con los que nos relacionamos. Mientras una y otra condición no se acepten como diferentes, mientras no se comprenda en las vivencias, en la experiencia de las emociones, en el ejercicio intelectual y en las actitudes que lo femenino es distinto de lo masculino y que eso no quiere decir que lo diferente deba ser rechazado, la violencia rondará los vínculos intergenéricos y estará presente también en los intragenéricos. Los hombres no sólo establecerán diferencias violentas (física y emocionalmente) con las mujeres, sino también entre ellos, todo para demostrar que ellos no son ellas.

Parece impostergable que los mismos varones comiencen a darse espacios y oportunidades de revisar sus modelos de trabajo, de relación, de expresión, oportunidades para explorar vivencias más empáticas, solidarias y compasivas. Pero esto debe ser una experiencia propia, de género, no se habilitará desde otro lado. Cuando se observa que los llamados *estudios de género* en las universidades, en diversas instituciones y aun en los ensayos bibliográficos son conducidos en abrumadora mayoría por mujeres y que tratan, en realidad, sobre un solo género (el femenino) o presentan una mirada escasa, sesgada y a menudo prejuiciosa sobre el otro, se hace evidente que la preocupación y la responsabilidad por la propia transformación en

busca de una vida más rica y significativa no han entrado aún en el ámbito de las prioridades masculinas. Con el costo que eso significa, desde donde se lo mire, para toda la sociedad.

“Son muchos los contenidos que tienen que ver con la construcción de lo masculino y donde la versión tradicional o machista nos empobrece y nos hace carecer de capacidad para ser flexibles ante los cambios”, dice Beno De Keijzer. “Casi todo esto se enlaza con las relaciones de poder que establecemos no sólo con las mujeres sino también entre nosotros. Los varones establecemos este mismo tipo de relaciones de poder en cuanto al cuerpo, la salud, la sexualidad, la paternidad y nuestros afectos, entre otros muchos contenidos que tienen que ver con la construcción de la masculinidad.”

Sólo en parte cambiar este paradigma depende de la reflexión. Hay varones que han reflexionado sobre esto, y mucho, en valiosos espacios grupales. Sin embargo, la teorización extrema, la continúa explicación de los fenómenos sociales es una característica masculina que, así como permite develar procesos y entenderlos, puede llevar también, y paradójicamente (tratándose de varones), a la inacción cuando lo que está en juego es la propia transformación. Tanto o más necesario que el hecho de que los hombres empiecen a cuestionar su paradigma de masculinidad para cambiarlo, es que actúen concretamente para ello. Las consecuencias de la violencia que impone el paradigma masculino son lo suficientemente graves como para no permitir ni distracciones, ni dilaciones, ni disculpas. Ya no.

CAPÍTULO 8

OSCUROS OBJETOS SIN DESEO

El secreto mejor guardado por los hombres es ventilado a los cuatro vientos por las estadísticas. En julio de 1998 fue oficialmente lanzado en la Argentina un medicamento cuyo principio activo es el sildenafil. Es lo que vulgarmente se llama *viagra*. Una pastilla azul destinada a combatir el más horroroso fantasma que puede amenazar a un hombre: la disfunción eréctil. De acuerdo con la mitología sexual del estereotipo masculino predominante en nuestra cultura, un hombre sin erección es medio hombre (o menos). Cuando aparece una mujer debe surgir una erección, dice el mandato. Lo cierto es que la nueva pastilla hizo su presentación con una venta de 360.500 cajas durante el primer año en el mercado. Cinco años más tarde esa cifra había trepado a 1.444.000 cajas por año. Bastante más que el triple. Se supone (es una ingenua suposición en un país donde las leyes suelen ser letra muerta) que esta droga sólo se puede vender bajo receta médica. Pero una

investigación que realizó el diario *Clarín*, de Buenos Aires, al cumplirse cinco años de existencia del *viagra*, comprobó que en la mayoría de las farmacias aquélla no se exigía. De todas maneras, a casi una década de su lanzamiento, hoy la pastilla se puede comprar en quioscos, en locales bailables y muchos hombres se la convidan como si fuera una golosina. “Hoy el *viagra* tiene una legión de nuevos consumidores que parece desconocer los riesgos cardíacos que su uso podría implicar”, advierte el periodista Carlos Galván en la investigación mencionada. Y los describe: “Son hombres relativamente jóvenes, que llevan una vida sexual normal, pero que toman la mágica pastilla para rendir más y mejor en la cama”.

Desde ya, jamás se conocerán las cifras de las víctimas de aquel riesgo. Oficialmente no existen, aunque corren *sotto voce* las informaciones que hablan de ellas. Durante siglos el rendimiento sexual masculino fue, en los relatos de los propios varones, impecable. Cada vez que lo quisieron, tuvieron relaciones. La leyenda de los “tres al hilo” parecía venir a decir que los verdaderos multiorgásmicos eran los varones. Nunca se supo, en conversaciones entre hombres, de alguno al que, llegado el momento, su órgano sexual no le *respondiera*. En agosto de 1995 la revista femenina *Glamour* preguntaba a un amplio número de hombres por qué el sexo es tan importante para los varones y obtenía respuestas de este tipo: “¿A alguien se le ocurre preguntar por qué sopla el viento?”, “El sexo es la llave para iniciar una relación”, “Porque reafirma mi masculinidad”, “Porque me pone en contacto con mis instintos primitivos”, “Porque es lo más parecido a un sentimiento que yo conozca”. Como se ve, ni el deseo, ni la emoción, ni el vínculo, ni la otra persona aparecían mencionados. Una buena muestra de lo que es el sexo para el modelo de masculinidad hegemónico: un banco de pruebas, una actividad en la que el hombre se demuestra a sí mismo que es viril, macho, potente. Hombre.

Se suponía que ningún hombre duda de que lo es, y menos aún en el plano sexual. Esto es, precisamente, lo que las estadísticas referidas al *viagra* vienen a desmentir. Parece ser que, a los hombres graduados de tales bajo los mandatos del estereotipo de género, su propia sexualidad les proporciona más angustia, dudas e inseguridad que certezas y afirmación. Sólo necesitaban una pastilla que les dijera “trágame y siempre serás potente, tu pene será el más poderoso, nadie dudará de tu rendimiento”. ¿Cuál es el riesgo? ¿Un infarto? ¿Aún así no es mejor morir con el pene duro y la masculinidad a salvo? Sólo eso era necesario para que salieran, en estampida, a buscarla. Los machos sexualmente infalibles viven angustiados por la posibilidad de fallar, y fallan, temen no rendir lo que los estándares exigen, no eran lo que decían ser, y corren a convertir al *viagra* en *best seller*.

LO QUE EXISTE ES LO QUE SE VE

Tamaño, potencia y rendimiento son los cimientos sobre los cuales los hombres, hoy y aquí, siguen construyendo su sexualidad. Ignoran casi por completo su morfología y fisiología sexual, la forma, la ubicación y las funciones de sus órganos sexuales. Sólo conocen lo que cuelga a la vista e incluso es bien poco lo que un hombre sabe (o se le enseña e informa) sobre esas evidencias. Por otro lado, como en todos los campos, un varón que pregunta, que manifiesta su ignorancia, pierde puntos en la competencia masculina. El 25 de abril de 1998, a poco del lanzamiento del *viagra* en Estados Unidos, el corresponsal del diario argentino *La Nación* en aquel país, Mario Diament, daba cuenta de la gran cantidad de consumidores enojados que llamaban al laboratorio productor del medicamento para quejarse porque el producto

no funcionaba. Y tenían razón. Debieron explicarles que la droga no funciona si no hay estímulo. Es decir, una mujer presente, un vínculo, cierto juego sexual, una *relación* literalmente dicha. Además de deprimente (o ridículo, según como se lo mire) el episodio es también revelador. Los hombres, en su mayoría, olvidan, o no saben, que el sexo se tiene con otra persona, que es un intercambio, que el otro también interviene, que el deseo tiene matices, razones y alternativas.

Al no tener noción del otro, al reducir y fragmentar el cuerpo de la mujer, el varón termina por desconocer su propio cuerpo. Ella es una vagina, él es un pene. Las vaginas son deseables, los penes son temibles. Todo lo que se parezca a una vagina lo atrae. Todo lo que se parece a él mismo (a como él concibe lo masculino, es decir controlador, penetrante) lo asusta. Ese temor se llama homofobia. Es pánico a la intimidad (no necesariamente ni exclusivamente sexual) con otro hombre. Es exacerbación de la intención sexual hacia la mujer. Es la fuente de los chistes machistas de peor gusto (todos), es la base del prejuicio y de la depredación sexual.

El mandato impulsa a conquistar y coleccionar mujeres, eyaculaciones (no necesariamente orgasmos), acrobacias. El doctor Bernie Zilbergeld, director del Programa de Sexualidad Humana de la Universidad de California, sintetiza de esta manera el modelo sexual que fantasean los varones: “El mío mide sesenta centímetros, es duro como el acero, está siempre listo y puede noquearte si te golpea”*. Están convencidos de que esto es lo que las mujeres esperan y ansían y, a decir verdad, muchas mujeres desinformadas de su propia sexualidad, “colonizadas” por el paradigma cultural predominante y dispuestas

* *The New Man Sexuality*, Bantam Books (Nueva York, 1992), sin traducción al castellano.

a retener u obtener un varón a cualquier costo, contribuyen conciente o inconscientemente a hacerles creer eso.

Atrapados en su propio estereotipo, que les exige cumplir con los tres requisitos básicos, los varones se van convirtiendo, sexualmente, en “actores ansiosos”, como los define Zilbergeld. Aprenden una sexualidad centrada en el pene, una sexualidad impersonal, en la vivencia de la cual terminan hablando del pene como si no les perteneciera, disociados también de él como (según vimos) lo están de sus sentimientos. Es otra herramienta más, como todo su cuerpo. Pendientes del rendimiento de ese pene, porque en eso va su afirmación como hombres, terminan ansiosos, dudosos de su propio “rendimiento”, temerosos de ser “superados” por otro competidor o de no haber satisfecho a la mujer. Satisfacerla nada tiene que ver con los sentimientos, con la intimidad. Satisfacerla, en los códigos sexuales masculinos, es agotarla, cansarla, “matarla”. A partir de los años sesenta, cuando la mujer empezó a recuperar la propiedad de su cuerpo y, por lo tanto, de su deseo (gracias a la píldora anticonceptiva y a la divulgación masiva de otros métodos de control de la natalidad regulados por ella y no por el varón), se presentó un problema de complejidad creciente para el hombre estereotipado. Las mujeres comenzaron a ejercer ese deseo, a convertirlo también en iniciativa. La mujer pasiva de siempre, la que estaba allí para ser sexualmente tomada, usada, pasó a buscar su propio protagonismo en este campo y se convirtió en una testigo molesta. Ella podía hablar desde su propia experiencia, podía contar, y muchas empezaron a hacerlo, que, a igualdad de iniciativa, el varón no siempre “estaba listo”, no siempre podía, no siempre sabía, no siempre respondía, no siempre era capaz de un rendimiento ilimitado. Ante mujeres que comenzaron a mutar de objetos a sujetos sexuales, muchos varones, un número creciente de ellos, iniciaron una retirada vergonzante (les empezó a doler la

cabeza, comenzaron a estar cansados, a no tener tiempo, a mostrarse preocupados por “problemas del trabajo”). Aunque el modelo sexual dominante responda todavía al estereotipo masculino hegemónico, ya no hay un solo relato, un único testimonio acerca de lo que verdaderamente ocurre en las alcobas. A lo que las mujeres pueden contar sobre el desempeño sexual de los varones, se le agrega el arrasador éxito del *viagra*, una verdadera confesión por parte de estos.

La sexualidad masculina no era lo que los hombres contaban de ella, y no sólo por eso sino por muchas otras, urgentes y valederas razones merece ser replanteada y reorientada. En ese paradigma falocéntrico, la mirada se estrecha y los hombres creen que las mujeres quieren lo mismo que ellos. Basta con leer los clásicos del erotismo (Desde *Fanny Hill*, de John Cleland, hasta el anónimo ruso *Grushenka tres veces mujer*, pasando por tantos otros) o ver las películas porno que constituyen hoy una industria poderosa, prolífica y en alza, para observar cómo responden fielmente al imaginario sexual masculino. Mujeres insaciables, multiorgásmicas, fácilmente accesibles, dispuestas a todo, aceptadoras de cualquier cosa que el hombre proponga, pasivas ante ello. En esas películas los hombres repiten hasta el infinito un movimiento mecánico, único. El varón es allí una máquina, su pene es un pistón, y así se lo muestra. Eso es el sexo para los hombres, ellos son los máximos consumidores del cine porno (que, vale señalarlo, en su versión *gay* no ofrece ninguna diferencia básica, hasta tal punto está instituido el paradigma). Por otra parte esas películas cuyas imágenes se detienen hasta el hartazgo en el primer plano de los genitales en acción, revelan de qué manera también en el aspecto sexual la masculinidad predominante es fragmentadora. Jamás importa la persona entera (menos si es una mujer), sino aquella parte “útil” de ella. La disociación entre sentimiento, sensación,

pensamiento y acción está presente otra vez. Una mujer es un par de nalgas, un par de pechos, una vagina (además, el cine porno impuso la moda de la depilación para que “se vea” bien lo que hay que ver). Su rostro, sus expresiones, el abrazo, el contacto con toda su esencialidad, están eliminados.

“Solamente en Estados Unidos la gente gasta en el sexo y la pornografía alrededor de 10 mil millones de dólares cada año. La rentabilidad es muy grande en todos los rubros, sin embargo, el cine porno es el principal”, informaba el portal de noticias de la cadena televisiva latina Univisión el 19 de enero de 2004 al comentar un festival de esa industria realizado en Las Vegas con entrega de “Oscars porno” incluida. En realidad, no tengo animadversión moralista contra el cine porno. Cito esto porque, a mis ojos, se ofrece como un interesante espacio de observación de un fenómeno.

EL HOMBRE OBJETO

En la concepción masculina predominante de la sexualidad la mujer es simplemente un objeto, alguien para usar, con quien satisfacerse. Importa advertir, sin embargo, que también el hombre lo es. Porque, obligado a sentirse “siempre listo”, a estar “duro como el acero”, a tener el pene más largo del barrio, obligado a poder siempre, ¿cuándo desea, cuándo elige, cuándo quiere de verdad y cuándo puede, incluso, decir que no? No hay elección ni, mucho menos, deseo en la experiencia sexual del varón planteada en estos términos. Sin elección y sin deseo, también él se convierte en objeto. En ese espacio hacen sus negocios las industrias que obtienen frondosas ganancias gracias al paradigma masculino tóxico. Una de ellas, queda dicho, es la farmacéutica. La disfunción eréctil es para ella un regalo del cielo. Mientras sexo y poder vayan en el

mismo paquete, la impotencia (literalmente significa *no-poder*) será el fantasma más temido por el hombre. Y allí habrá sildenafil (bajo diversos nombres) para devolverlo a la tarea. Ya sea que de veras exista una disfunción, ya sea que ésta tenga orígenes orgánicos (lo cual ocurre en la gran minoría de los casos) o emocionales, o aunque no haya disfunciones y sólo se trate de varones que, ignorantes de toda ignorancia, creen prevenirse de ellas con la pastillita azul o del color que el laboratorio la pinte. De hecho, otro producto *ad-hoc* que tuvo su cuarto de hora hace algunos años (una “crema íntima masculina”, según la definía su prospecto, que los varones se frotaban en el pene antes del acto sexual), se anunciaba diariamente en los periódicos con un aviso que rezaba: “*La seguridad de poder siempre... y siempre más*”. No se necesita ser demasiado sutil (ni responsable) cuando se trata de asegurarles a los hombres rendimiento sexual en sus propios términos.

ESCLAVITUDES REALES, SILENCIOS INMORALES

Además de la pornografía (que incluye aberraciones como su rama infantil) y de la farmacéutica (en cada congreso internacional de sexología se anuncia el “descubrimiento” de una nueva disfunción y pocos meses después aparece “afortunadamente” el medicamento que la soluciona), otra industria se nutre de la ignorancia y de las limitaciones sexuales en que el paradigma machista atrapa a los varones del mundo. La prostitución.

Junto con la de medicamentos, con la armamentista y con el tráfico de drogas la prostitución figura a la cabeza de las actividades que más miles de millones de dólares mueven en el planeta. En diciembre de 2000, representantes de 148 países se reunieron en Palermo, Italia, para asistir a una conferencia

política de alto nivel para la firma de la nueva Convención de Naciones Unidas Contra la Delincuencia Transnacional Organizada. En ese evento se estimó que “el tráfico de personas mueve anualmente entre 5 mil y 7 mil millones de dólares, y unos cuatro millones de personas se ven desplazadas de un país a otro”. Textualmente, decía el Protocolo allí firmado, “las cifras de mujeres y niños traficados son horrorosas”. Se estima que cada año ingresan al comercio sexual más de un millón de menores, la mayoría niñas, en todo el mundo. El informe elaborado en Palermo señalaba (según cita Janice Raymond en un informe publicado en el sitio de Red Informativa de Mujeres de Argentina*) que “millones de mujeres en el mundo entero son traficadas para la industria sexual. Muchas mujeres que han sido traficadas para trabajos domésticos terminan también siendo explotadas sexualmente. Se estima que por lo menos 8 mil nigerianas han sido traficadas para la prostitución de calle en Italia. Otras 5 mil albanesas, moldavas y ucranianas también han sido traficadas hacia Italia donde se les ha obligado a prostituirse en habitaciones, pisos, pequeños hoteles, salas de masaje e incluso clubes exclusivos”.

Veámoslo de una manera que no deja lugar a dudas. Entre el 9 de junio y el 9 de julio de 2006 se jugó en Alemania el Campeonato Mundial de Fútbol, el evento comercial más grande del mundo, que se celebra cada cuatro años en nombre de un hermoso juego al cual se vacía allí de todo contenido. Los 32 países participantes en esa fase final aportaron 736 futbolistas y llegaron al país un millón de visitantes. Se construyeron hoteles y estadios fabulosos. Y también se construyeron prostíbulos en las doce ciudades en que se jugaron los partidos. Algunos de ellos de hasta una manzana, con capacidad (como

* www.rimaweb.com.ar

el de Berlín, a pocas cuerdas del estadio en que se jugó el partido final) para atender a 650 clientes por turno. Algunas ONG que luchan contra la trata de personas estiman que entre 30 y 60 mil mujeres (entre ellas muchas menores de 17 años) fueron “importadas” para prestar estos “servicios” a los varones incontinentes e incontenibles, que pagaron por ellos mucho menos de lo que esas mujeres cobraron. Según admitió ante la revista *Der Spiegel* Heike Rudat, funcionaria de la policía criminal alemana, “una mujer obligada a trabajar en un prostíbulo cobra en la mayoría de los casos sólo 10 euros (12 dólares) por día, mientras que el proxeneta se lleva entre 150 y 300 euros (entre 180 y 360 dólares). Esto supone unos ingresos mensuales de hasta 9.000 euros (10.900 dólares), explotando a una sola mujer”.

¿Qué tienen en común el fútbol y la prostitución? Las dos son actividades regidas por los hombres. En una se expresan su creatividad, su capacidad de asociarse, su agresividad bien dirigida, su mitología. En la otra su sombra más oscura, sus mandatos más básicos y hegemónicos, la brutalidad de un paradigma tóxico y trágico para varones y mujeres. No sólo en los mundiales de fútbol hay prostitutas. También en las convenciones de negocios, en los encuentros políticos, en los congresos con predominancia de hombres. Las hay desde las más baratas a las más caras, se llaman “gatos”, “yiros”, “escorts”, “acompañantes”, “asistentes”. Se paga por ellas de forma directa o vienen de regalo, como una atención por un negocio beneficioso, por un acuerdo político, por algún favor que un hombre le debe a otro. Se usan para promover el debut sexual de los propios hijos varones (sí, todavía ocurre así, no es cosa de tiempos pasados), para despedidas de soltero, para resarcirse del tedio matrimonial o porque sí, porque “para eso están” y “uno es hombre” y debe demostrarlo. Acuden a ellas hombres de toda condición social y nivel económico y cultural.

Es así y hay que decirlo. Y esta situación tiene sus responsables directos. No son las prostitutas, por supuesto, aunque en el colmo del cinismo y la hipocresía haya quienes hablan de una “elección”, de que “cada uno hace con su cuerpo lo que quiere”. Hay parlamentos de países supuestamente civilizados y avanzados donde se discute y se avanza hacia la legalización de la prostitución. Es como legalizar el viento o la lluvia. En las cabezas de esos políticos (y de las personas que piensan como ellos y se sienten bienpensantes porque creen que una libreta sanitaria o leyes de protección a las prostitutas liquidan el problema y limpian la moral) la prostitución vendría a ser algo así como un fenómeno natural inamovible, algo que hay que aceptar y, a lo sumo, reglar. En otros países (entre ellos la Argentina) esto ni siquiera se discute, es decir la hipocresía es de tal magnitud que sería leve llamarla sólo mala conciencia. Nadie quiere liquidar un negocio del que hace uso. Y que, además, mueve millones e involucra intereses poderosos. Ni siquiera parlamentarias o primeras damas que se perfuman con aires feministas abren la boca sobre este tema. Las prostitutas parecen ser (para ellas, tanto como para los hombres) mujeres de otra especie, de otro planeta, muebles, objetos de uso. Nadie legisla sobre martillos o sobre palas, nadie prohíbe su uso, ¿por qué hacerlo, entonces, con las prostitutas?

Las prostitutas no son las responsables de la existencia de este fenómeno que, como lo expresó Jens Orback, el ministro sueco de Democracia, Asuntos Urbanos, Integración e Igualdad de Géneros, “es una forma moderna de esclavitud y también de violencia hacia las mujeres. Comprar el cuerpo de otra persona es siempre una forma de violencia”*. En Suecia, desde 1999, todo cliente de prostitución puede ser penado hasta con

* *La Vanguardia*, Barcelona, 13 de abril de 2006.

seis meses de cárcel. En casi cualquier otro país abundarían argumentos de condena a esta “intromisión” en la vida privada de los ciudadanos (uno de los sostenes de la hipocresía en cuanto a la prostitución). Un esclavista del siglo dieciocho no habría sido castigado, porque la mayoría de la sociedad no veía en esa compraventa una aberración. El paradigma masculino tóxico (que muchas mujeres ayudan a preservar) ha logrado que una nueva forma de esclavitud se vea hoy como normal en casi todo el mundo. No así en Suecia, donde el 80% de la población está de acuerdo con la penalización del cliente. Parece ser que la prostitución no es un fenómeno natural normal, entonces. Basta con que un “fenómeno natural” provoque sufrimiento evitable, provecho para unos y padecimiento para otros y, además, que sea cuestionado con argumentos fundamentados, para que deje de ser “natural”. Cuando una sociedad en su conjunto cuestiona una de las resultantes del paradigma masculino tóxico y propone alternativas, está mostrando otras opciones posibles.

Las prostitutas, hay que repetirlo hasta que se oiga, no son las responsables de la existencia de la prostitución. Son los hombres que las prostituyen ya sea como proxenetas o como clientes. Aunque unos sean criminales y los otros honrados ciudadanos, ambos resultan cómplices. En el momento del “consumo” nada los diferencia. Nada. Tampoco a quienes, desde lugares de poder político, miran hacia otro lado. También los funcionarios, mandatarios y parlamentarios que aceptan la existencia de la prostitución ejercen una forma larvada de proxenetismo. Es otra variante de la política regida por hombres hijos del mandato masculino tradicional. En 2003 la ONG No a la Trata, envió al Congreso argentino un proyecto de ley para tipificar como delito a la explotación sexual. Tres años más tarde el envío dormía anesthesiado en la comisión de Justicia y Asuntos Penales del Senado, que presidía por entonces

una mujer (Vilma Ibarra). “En la democracia que vivimos, la esclavitud está más firme que nunca”, señaló al diario *La Nación*, que investigó el tema, la integrante de No a la Trata Adriana Domínguez.* En ese mismo informe periodístico, a cargo de Gabriel Di Nicola, la coordinadora en la ciudad entrerriana de Gualeguaychú del Consejo Provincial del Menor, Liliana Ríos, lo dijo sin eufemismos: “Si hay prostitución es porque hay clientes que pagan”.

Ésta es la verdad esencial de todo el asunto. Hay hombres (miles, millones) que pagan por sexo. Que lo hacen porque recibieron un legado sexual vacío de contenidos emocionales, de deseo, de consideración por la mujer como persona, como semejante, como prójimo, como opuesto complementario. Un legado sexual basado en la productividad, en el rendimiento, disociado de cualquier otro valor y propósito, ajeno al placer y al encuentro. Hombres que compran cuerpos. Hombres para los cuales toda mujer es una prostituta en ciernes, una vagina a su disposición, salvo que (otra vez la disociación, la conciencia fragmentada) se trate de su hija, su hermana o su madre (hay esposas que caen en la sospecha). Hombres (miles, millones) de todo nivel cultural, social y económico que degradan y bastardean, sin cuestionárselo, uno de los aspectos más bellos y sagrados de la vinculación humana: el encuentro de los cuerpos en su desnudez y en su intimidad. Esos hombres desvirtúan su género, avergüenzan a los varones que intentan explorar vivencias trascendentes y significativas de la masculinidad. Esos hombres, lamentablemente, son hoy una gran mayoría, están en todas partes, en el deporte, en la política, en los negocios, en la familia, en la cultura. Todavía responden al paradigma que guía el ominoso destino del planeta.

* *La Nación*, Buenos Aires, 19 de junio de 2006.

LA VERGÜENZA MÁS OSCURA

Debido al tipo de sexualidad que ellos encarnan, divulgan, proponen, ejercen e impulsan, otras cifras trágicas devastan a la sociedad. De acuerdo con un estudio de la Federación de Planificación Familiar de España, una de cada cinco mujeres en el mundo será víctima de una violación. Leámoslo una vez más: *una de cada cinco mujeres en el mundo será víctima de una violación*. Una de cada tres, a lo largo de su vida, habrá sido golpeada o forzada a mantener relaciones sexuales contra su voluntad. Esto ocurrirá porque un objeto no debe rebelarse, no debe tener capacidad de elección, no debe tener vida propia y, en la educación sexual masculina, las mujeres son objetos. Un aviso de una aseguradora de autos, muy difundido durante meses en la televisión argentina, mostraba a un conductor que, al tratar de esquivar a un ciervo suelto en el camino, chocaba de frente contra un árbol. El *airbag* de su automóvil funcionaba de inmediato. Sólo que se trataba de una muñeca inflable, a cuyos pechos el automovilista se veía abrazado. La leyenda del aviso decía: *"Garantizamos satisfacción inmediata"*. Dirigido a un consumidor varón, el anuncio asumía que, en materia sexual, para un hombre tanto da una muñeca de goma como una mujer de carne y hueso (mientras tenga protuberancias y agujeros...). Como suele hacer impunemente la publicidad, buceaba en las zonas más nocivas de las pautas culturales compartidas, reforzándolas en lugar de cuestionarlas. Ninguna organización feminista, ninguna asociación dedicada a la lucha contra la discriminación protestó, al menos públicamente, por este aviso que, por lo demás, fue muy festejado.

De esta manera larvada y permanente se van insuflando los mensajes que los hombres con menores recursos psíquicos y emocionales traducen como autorización para hacerse cargo de ese cuerpo que está para su uso, para controlarlo,

para ejercer dominio sobre él. Las mujeres son eso, un cuerpo, y ni siquiera un cuerpo total, apenas una parte del mismo (“Es un culo”, “Es un coñazo”, “Mirá esas tetas”, “Fíjate en ese culo que va ahí”, son frases usuales del lenguaje masculino). Toda mujer es usable y si se niega es violable, dice, en el fondo, el paradigma. Así, la violación no sería un crimen, sino apenas una forma de actividad sexual.

Hasta qué punto esto está incorporado a la cultura y forma parte del paisaje social, queda demostrado por un fallo de la Corte de Casación Penal italiana que, en febrero de 2006, consideró que una violación es un delito menos grave si la víctima (en este caso, para más, una chica de 14 años) no es virgen. El violador, su padrastro, había pedido una rebaja de condena que la Corte de Cerdeña denegó, por lo que apeló ante la Casación. Y allí los jueces, hombres en su totalidad, determinaron que la chica “ya había tenido varias relaciones sexuales a partir de los 13 años”. La mentalidad de estos jueces es la del violador. Las mujeres siempre quieren, piensan ellos, son *Todas Putas*, como reza el título de un libro de cuentos del español Hernán Migota que, en 2003, generó un gran escándalo en su país con unos relatos que exhibían sin metáfora el pensamiento masculino hegemónico. Ese pensamiento se basa en la idea de que “ella se lo buscó”. Cualquier cosa (una falda corta, un escote pronunciado, una sonrisa, una manera de caminar, un modo de maquillarse) es leída por el hombre como una “provocación” o como una aceptación. Fallos como el de los perversos jueces italianos abundan y los ha habido incluso en la Argentina, en donde un tribunal integrado por un actual Juez de la Suprema Corte (hombre muy respetado por su supuesto progresismo) llegó a determinar en un caso que una mujer sometida contra su voluntad a tener sexo oral no había sido violada pues no existió “acceso carnal” (eufemismo vergonzoso para denominar a la penetración). Un

hombre formado bajo un paradigma está teñido por el mismo aunque se vista de juez o aunque parezca defender causas de avanzada social. Aunque todos sus pares políticos del continente y del mundo (y los medios de comunicación) hayan terminado por silenciarlo y echarlo al olvido, el sandinista nicaragüense Daniel Ortega, héroe de la lucha contra el dictador Anastasio Somoza y nuevamente candidato presidencial en 2006, fue acusado de abuso sexual por su hijastra. Una adolescente contra un poderoso. ¿Qué posibilidades tenía la violada? Las que tuvo. Cero. Ortega sigue su carrera política. Otros políticos, hombres como él, formados bajo el mismo paradigma, tejen tramados políticos, comparten con Ortega discursos en donde las palabras “derechos humanos” resuenan huecas, prometen improbables futuros venturosos.

Los hombres violan a las mujeres en la paz y mucho más en la guerra, donde arrasan con ellas. La organización Médicos Sin Fronteras advertía en un informe de marzo de 2006 que la violencia sexual no es un fenómeno exclusivo de países en conflicto o inestables, ni de “negros o latinos salvajes”. El de la violación es un fenómeno “democrático”. Se da en las mejores y en las peores familias, existe la violación en el matrimonio, toma la forma de incesto, de acoso laboral. La violación es la metástasis en que deviene el tumor de la educación sexual masculina. La consecuencia aberrante de una forma de entender el vínculo humano y, como dice, Médicos Sin Fronteras, “la comunidad internacional está fracasando a la hora de asumir sus responsabilidades”. No sólo la comunidad internacional. Simplemente lo están haciendo los jueces, los policías, los políticos y los hombres que no se plantean reaccionar contra esta degeneración del propio género, valga el juego de palabras. La primera reacción ante esto debería partir de los propios varones, so pena de que termine por aceptarse como natural su “derecho” a violar y se lo integre sin más al paisaje de los hábitos sexuales.

Corremos ese riesgo, mientras el paradigma sexual masculino sea el que describe (a la manera de Zielbergerd), el investigador australiano Michael Food: “Los hombres siempre deben desear las relaciones sexuales y estar preparados para ellas. Un ‘verdadero hombre’ nunca pierde la erección. El pene debe ser grande. El hombre siempre debe llevar a su pareja al orgasmo o, preferiblemente, a múltiples orgasmos. El sexo sólo involucra penetración seguida del orgasmo. El hombre siempre debe saber qué hacer en el sexo. El hombre siempre debe ser agresivo. Todo contacto físico debe conducir al sexo”. * Guiados por estas premisas los varones suelen llegar a creer que la violencia es erótica y que las mujeres esperan ser tratadas así. Y esto se hace luego mensaje mediático. Y el sexo sigue perdiendo esencia, contenido afectivo, intimidad trascendente. Hace dos décadas Timothy Beneke, basándose en una extraordinaria serie de entrevistas con violadores de distintas edades y condiciones sociales y culturales, escribió *La violación y los hombres*** , uno de los más lúcidos y terminantes trabajos que conozco acerca del tema. Allí concluye: “La violación es un acto pseudosexual, un tipo de comportamiento sexual mucho más preocupado por la hostilidad, el control y el dominio que por el placer de los sentidos o la satisfacción sexual. Es un comportamiento puesto fundamentalmente al servicio de necesidades no sexuales. No todo varón es un violador, pero todo varón que nace y crece en nuestra cultura aprende a pensar como un violador, a estructurar su experiencia respecto de las mujeres y del sexo en función del control y del dominio. Si decimos que para el varón la violación tiene poco que ver con el sexo, podríamos agregar que el propio sexo tiene poco que ver con el sexo o, si se prefiere, que

* En *Manhood online*.

** Editorial Abril, Buenos Aires, 1984.

la violación tiene mucho que ver con el sexo tal como los hombres lo prefieren y hablan de él”.

Puedo imaginar a muchos hombres rebelándose contra estas palabras, sintiéndose injustamente incluidos. Sin embargo, más allá de la reacción pública, más allá de la posible y comprensible ofensa, no está de más hacer, en la intimidad más intransferible y propia, un examen de conciencia. Un examen cuyo resultado no tiene que hacerse público, pero que acaso pueda revertir comportamientos, pueda ayudar a transformar un paradigma tóxico, pueda ayudarnos a vivir una sexualidad más rica, más trascendente, más espiritual, más emocionante, pueda ayudarnos a ser mejores hombres, personas más íntegras, pueda enriquecer y profundizar nuestro vínculo con las mujeres, pueda devolvernos a lo mejor de lo humano, pueda convertirnos en rescatadores de la masculinidad profunda, fecunda y nutricia. Como varón, me atrevo a afirmar que cada hombre que lea el párrafo de Beneke sabrá exactamente de qué se trata. Lo sabrá. Y quizás acompañe la reacción pública con un acto de contrición privado. Es esto lo que importa.

Revisar la sexualidad masculina es una puerta importante hacia la vivencia de una masculinidad más plena, es un camino para mejorar el mundo, para desintoxicarlo, para expurgar parte del dolor que los hombres expanden sobre la sociedad humana, de la que son parte y también coparticipantes de la infelicidad. Bernie Zilbergeld propone comenzar con la educación de los propios hijos varones, transmitiéndoles conceptos valorativos acerca de la mujer, del propio cuerpo, de la sexualidad como un puente trascendente entre los varones y las mujeres. Propone el rechazo activo, en actitudes, del modelo de supermacho, el rescate de valores masculinos entrañables como pueden ser la agresividad constructiva, la aventura compartida, la solidaridad en las acciones, la aplicación de la fuerza a la construcción de una sociedad mejor. Propone la

exploración de sentimientos negados o prohibidos, como el amor, la cooperación, la ternura para descubrir cuál es la manifestación masculina de los mismos. Propone despertar y desarrollar la receptividad, aprender a pedir, a dejarse hacer.

Se necesita, hoy y aquí, tras vivir y habernos educado en el paradigma tóxico que predomina, una enorme dosis de coraje espiritual, de amor profundo, para recuperar el sentido verdadero, esencial y sagrado de la sexualidad. Los varones, de generación en generación, han estado privados de eso. Privados de un atributo esencial de su ser como humanos. Cada hombre se debe a sí mismo (y por lo tanto a sus hijos, a las mujeres, al planeta) ser algo más que un pornógrafo, un proxeneta, un triste frecuentador de prostitutas y travestis, un violador, ya sea real o en potencia, activo o encubierto, en acto o en pensamiento. Se lo debe porque de eso depende, en buena medida, vivir una vida con sentido. Toda persona, todo varón, es responsable de su propia vida, de sus actos, del sentido y los contenidos que dará a su existencia. Y no tiene excusas para evitarlo. En ningún plano de la vida. Tampoco en el sexo.

CAPÍTULO 9

LA PROFUNDA CAVERNA DE LOS SENTIMIENTOS

Un hombre de 45 años de edad salió al balcón de su antiguo departamento en un noveno piso de la calle Tilcara, en el barrio de Pompeya, en Buenos Aires, y sin dudarle, como si fuera la consumación de una larga cadena de pensamientos que lo hubieran conducido hasta allí, se arrojó al vacío. Se llamaba Rubén Suñé, era ex futbolista. Suñé no murió en el intento. Su cuerpo rebotó en una terraza del segundo piso se quebró casi todos los huesos, pero sobrevivió y algunos meses después caminaba nuevamente. Eso ocurrió el 22 de junio de 1984. Un año y medio más tarde, entrevistado por la revista *Caras*, Suñé confesaba que “sólo había querido terminar con mi angustia, la misma que me perseguía desde que abandoné el fútbol. Había vivido una vida en la que mi mamá primero y mi mujer y mis hijos después trataban de no fastidiarme. Yo era un egoísta y me creía el centro del mundo”. En otras conversaciones admitía: “Siempre fui un tipo

seco, que no demostró lo que sentía; me llamaban loco por mis reacciones violentas. Cuando me casé nada cambió, mi mujer se sometía a mis caprichos, hacíamos el amor cuando yo quería, aunque ella no tuviera ganas. Y me molestaba que mis hijos jugasen o no me dejaran dormir. Yo era un egoísta, que me creía el centro del mundo". Poco tiempo después de su recuperación, Suñé comenzó a hacer esculturas en arcilla y a estudiar psicología. "Quería encontrar en esas actividades las respuestas para muchos interrogantes de mi vida."

El suicidio es una de las diez principales causas de muerte entre los varones en todo el mundo. No ocurre así entre las mujeres. Por otra parte, la incidencia de este factor en la mortalidad masculina se acentúa a medida que avanza la edad. Varias investigaciones relacionan al suicidio masculino con situaciones de enfermedad, muerte de la esposa o de un hijo, dificultades económicas o familiares, alcoholismo o diferentes tipos de obstáculos existenciales. Es decir, asoma como un recurso extremo y radical: eliminarse a sí mismo para eliminar la fuente de la angustia, la tristeza, el miedo, la vergüenza, la impotencia, el dolor, la nostalgia. Siempre, aún para matarse, los hombres moldeados por el mandato masculino hegemónico, tienen que ser eficientes, deben obtener rápidamente un resultado.

Varios estudios, uno de los más recientes fue efectuado en el Hospital de Niños de Boston, Estados Unidos, muestran que durante el primer año de vida los bebés varones son más expresivos que las niñas y que lloran más que ellas para manifestar hambre, dolor, frío o cualquier otro síntoma o necesidad. Algunas conclusiones de estos trabajos dicen que los mismos demuestran cómo los varones son más impulsivos, controlan menos sus emociones y, por lo tanto, serán, a lo largo de la vida, más propensos al suicidio, el alcoholismo o el Sida. Esto último es verdad, sin embargo no se deduce de lo primero. Al contrario de esas conclusiones (en mi opinión simplistas), sabemos

que el modelo masculino predominante forma varones que controlan y ocultan sus emociones, se disocian de ellas y, en todo caso, llegan a finales trágicos por no poder expresarlas en tiempo y forma. La pregunta que conduciría a la médula del asunto sería ésta: ¿qué ocurre con esos bebés varones, tan expresivos emocionalmente en sus primeros meses de vida, a medida que se convierten en hombres? ¿Adónde van a parar las emociones que en el inicio de sus vidas están a flor de piel?

Al retirarse de la actividad, en marzo de 1998, el tenista alemán Boris Becker (quien, entre otros grandes torneos, ganó tres veces el de Wimbledon) confesaba a la revista *Tennis Magazine*: “Para ganar hay que ser muy egoísta, como un animal con mirada fija y sin sentimientos. Así debía comportarme”. Lo que Becker hizo en su vida de tenista millones de hombres lo hacen diariamente, como ejecutivos, políticos, empresarios, oficinistas, profesionales de distinto tipo, militares, comerciantes, etcétera. “Jugaba y ganaba para vencer mis complejos y mis inseguridades acerca de mi propia imagen”, continuaba la confesión de Becker, que podría haber sido la de prácticamente cualquier varón en cualquier actividad. Sólo el final de sus palabras no era, lamentablemente, representativo de una actitud masculina colectiva. “Cuando fui guerrero —decía— fui un verdadero guerrero. Pero no quiero ser más un zombie. Ahora deseo el éxito en el desafío de ser padre, esposo y ciudadano.”

INMUNIZADOS, DESVINCULADOS

Es más de un desafío el que aguarda a los hombres que intentan salir de la oscura, fría y solitaria guarida que los protege del peligro “debilitador” y “feminizante” de los sentimientos y las emociones. Un mundo emocional habilitado es un poderoso puente de comunicación y de empatía entre las

personas. Cuando ese puente está clausurado, como es habitual en el universo masculino regido por el paradigma tóxico, el varón queda aislado tanto de otros hombres como de sus hijos. Dejar a las emociones afuera de su dinámica existencial (y quedar, a su vez, afuera de ellas) ha sido algo alentado habitualmente como un salvoconducto contra la vulnerabilidad y la duda. Para lograrlo hay que inmunizarse contra los vínculos humanos, que están atravesados, signados, teñidos y alimentados por los afectos y las emociones. Hay que *desvincularse*, o a lo sumo, mantener las relaciones interpersonales en un nivel formal, controlable y previsible: es decir, conducirse desde el rol, desde la apariencia, no desde el ser.

En otras palabras, se trata de “cumplir” con lo que se espera de un hombre como padre, como hijo, como esposo, como amante, como amigo, como jefe, como subordinado, sin aderezos emocionales. Así, el traje de *llanero solitario* termina por ser el que mejor le va al varón del paradigma hegemónico. Alguien a quien se valora por sus acciones y no por sus emociones, plano en el que resulta inaccesible y opaco. Debajo de ese traje queda cubierto el miedo a la intimidad. La intimidad profunda, la comunión con otro varón, conlleva, en el imaginario masculino, el temor a la homosexualidad. El hombre está mejor preparado para competir con su congénere que para la comunidad afectiva con éste. El miedo a la intimidad está presente también en otros vínculos. La intimidad integral (no sólo sexual) con una mujer, comprende, a su vez, el miedo a la rendición, a la sumisión, al debilitamiento de la voluntad y a la pérdida de espacios propios no compartibles. Por último, el miedo a la intimidad con los hijos es el miedo a perder autoridad (al confundirla con autoritarismo), a ser destronado, a que se trasluzcan sus dudas respecto de algo que está aprendiendo a través de la vivencia: la paternidad.

La autonomía que los hombres defienden como un principio irrenunciable (al punto de convertirla en aislamiento), la necesidad de controlar, las actitudes manipuladoras, la ambición ilimitada, la agresividad rayana en la violencia, la audacia a menudo irresponsable, el autoritarismo, la irascibilidad, ciertos silencios empedernidos, son todas actitudes muy frecuentes en los varones representativos de nuestra cultura. Y se las puede considerar como otras tantas formas de defenderse del embate de los sentimientos y las emociones. A través de esas actitudes se teje y se sostiene la disociación de lo emocional, que es requisito para el reconocimiento de la hombría.

Donde las mujeres lloran, los hombres se enojan. Donde las mujeres hablan, los hombres callan. Donde las mujeres piden ayuda, los hombres tratan de arreglárselas solos y como puedan. Donde las mujeres se entristecen y se abren al dolor para trascenderlo, los hombres se endurecen, se cierran. Las mujeres *expresan* sus sentimientos. Los hombres, en el mejor de los casos, *hablan* de los mismos. ¿Esto es constitutivo de cada género, se encuentra en su ADN? Mi respuesta es no. Esto es el resultado de la aplicación de los modelos a través de los cuales nos formamos. Por esa vía un fenómeno del mundo psíquico, como es la depresión, se convierte en una evidencia temida, negada, casi prohibida en la experiencia masculina.

ESTAR EN CONTROL

Según las investigaciones del Instituto de Salud Mental de los Estados Unidos (MHNI, por sus siglas en inglés), 11 millones de personas anualmente reciben el diagnóstico de depresión en ese país. Oficialmente sólo el 10 por ciento de ellas son hombres, aunque se sospecha que, en realidad, hay casi cinco millones de varones que sufren cada año de este síndrome (que

afectaría a unos 400 millones de personas en el mundo). Los estudios epidemiológicos revelan algo aún más inquietante. El 75 por ciento de las personas que buscan ayuda profesional para combatir la depresión son mujeres. Pero el 75 por ciento de los suicidios a causa de esta enfermedad son cometidos por hombres. Los porcentajes se repiten a lo largo y a lo ancho del planeta. ¿Causas? El informe del MHNI las describe sin metáforas: “Se supone que los hombres deben ser exitosos. Deben restringir sus emociones. Deben estar en control. Estas expectativas culturales pueden enmascarar algunos de los síntomas verdaderos de la depresión y fuerzan a los hombres a expresar, a cambio, agresión y rabia (pues el comportamiento de ‘hombre fuerte’ es más aceptable). Estudios de investigación indican que con frecuencia el suicidio está asociado con la depresión, por lo tanto el alarmante índice de suicidio en los hombres puede reflejar el hecho de que ellos solicitan tratamiento para la depresión con mucha menos frecuencia. Muchos hombres con depresión no obtienen el diagnóstico y tratamiento adecuados”.

Deprimido, en el lenguaje masculino, se suele traducir como “débil” o “inepto”. Síntomas como una tristeza inexplicable, fatiga constante, falta de apetito, ausencia de deseo sexual son atribuidos habitualmente por los varones a “problemas en el trabajo”, “mucho trabajo”, “algo que comí”, “necesidad de conocer a una mujer distinta” u otros comodines estereotípicos. Incluso cuando se nombran, dicen los investigadores, los síntomas son descriptos de manera diferente por los hombres y por las mujeres. “Los hombres generalmente se quejan de fatiga, irritabilidad, pérdida de interés en el trabajo o pasatiempos favoritos y problemas de sueño, y no se quejan tanto de otros síntomas como sentimientos de tristeza, falta de autoestima y culpabilidad excesiva.” Como se advierte, lo emocional es literalmente ignorado en la descripción masculina.

UNA LUZ SOBRE LA SOMBRA

Su propio mundo emocional es, en los varones, lo que Carl Jung definió como la *sombra*, aquellos aspectos que constituyen a los individuos y que son ocultados, negados o suprimidos por ellos mismos. En la descripción jungiana, con la que concuerdo, nuestro *ego* (o cara con la que salimos a la luz y nos relacionamos con el mundo) se delinea simultáneamente con la *sombra*. Aquello que negamos de nosotros no deja, sin embargo, de existir. Entonces lo proyectamos en otros. Así, en tanto los hombres consideremos a lo femenino no como diferente sino como *contrario* de lo masculino, pondremos allí nuestra *sombra* (las emociones, los sentimientos, los recursos afectivos, los aspectos pasivos y receptivos). No los reconoceremos como propios.

El drama de esta dinámica es que nos mutila, nos priva de recursos esenciales para la construcción de una vida y de vínculos significativos, nos convierte en analfabetos emocionales. Eso es lo que el paradigma masculino hegemónico y tóxico hace de los hombres: analfabetos emocionales. “Veo los maridos que vienen a mí para seguir un tratamiento”, relataba Jung, “y les digo que sus crisis se deben a que son brutales en un aspecto y remilgados en otro. Tienen rostros inexpresivos porque intentan por todos los medios ocultar sus emociones y sus instintos.” A esa imagen “femenina” de su alma que los hombres ocultan, Jung la denominó *Ánima*, así como la imagen “masculina” que anida en el alma de la mujer es nombrada como *Ánimus*. Sacar a la luz lo oculto, dignificarlo, admitirlo como parte de uno mismo es la gran tarea espiritual que nos convoca (a los hombres en particular y con urgencia especial). Conectarse con su *Ánima* es para los varones una alquimia psíquica prioritaria. Los costos de evadir esta tarea, o de postergarla o de disfrazarla detrás de discursos esterilizantes, están a

UNA LUZ SOBRE LA SOMBRA

Su propio mundo emocional es, en los varones, lo que Carl Jung definió como la *sombra*, aquellos aspectos que constituyen a los individuos y que son ocultados, negados o suprimidos por ellos mismos. En la descripción jungiana, con la que concuerdo, nuestro *ego* (o cara con la que salimos a la luz y nos relacionamos con el mundo) se delinea simultáneamente con la *sombra*. Aquello que negamos de nosotros no deja, sin embargo, de existir. Entonces lo proyectamos en otros. Así, en tanto los hombres consideremos a lo femenino no como diferente sino como *contrario* de lo masculino, pondremos allí nuestra *sombra* (las emociones, los sentimientos, los recursos afectivos, los aspectos pasivos y receptivos). No los reconoceremos como propios.

El drama de esta dinámica es que nos mutila, nos priva de recursos esenciales para la construcción de una vida y de vínculos significativos, nos convierte en analfabetos emocionales. Eso es lo que el paradigma masculino hegemónico y tóxico hace de los hombres: analfabetos emocionales. “Veo los maridos que vienen a mí para seguir un tratamiento”, relataba Jung, “y les digo que sus crisis se deben a que son brutales en un aspecto y remilgados en otro. Tienen rostros inexpresivos porque intentan por todos los medios ocultar sus emociones y sus instintos.” A esa imagen “femenina” de su alma que los hombres ocultan, Jung la denominó *Ánima*, así como la imagen “masculina” que anida en el alma de la mujer es nombrada como *Ánimus*. Sacar a la luz lo oculto, dignificarlo, admitirlo como parte de uno mismo es la gran tarea espiritual que nos convoca (a los hombres en particular y con urgencia especial). Conectarse con su *Ánima* es para los varones una alquimia psíquica prioritaria. Los costos de evadir esta tarea, o de postergarla o de disfrazarla detrás de discursos esterilizantes, están a

la vista. Cada hombre que posterga la experiencia lleva ese costo en su cara, en sus vínculos, en su salud, en su corazón.

Casar al *Ánima* de cada varón con su propio *Ánimus* no es una tarea sencilla. Requiere coraje espiritual, compromiso, compasión y creatividad. Que un varón alumbre su sensibilidad, que permita aflorar su mundo emocional, para nada significa que automáticamente emanará de él una ternura, una receptividad, una pasiva expectación, una intuición, una piedad, una capacidad de perdón y de comprensión, una admisión del miedo y de la duda que se expresarán tal como los conocemos en la versión femenina.

La femenina es la versión “oficial” del *Ánima*, porque todos esos aspectos fueron tradicionalmente catalogados como femeninos. Un hombre que se sensibiliza a la manera femenina está lejos de transformar algo esencial y profundo en sí mismo y nada aporta al mejoramiento y enriquecimiento de los vínculos con las mujeres. En el mundo de las relaciones humanas, ese modo de expresión del *Ánima* ya existe. La asignatura pendiente de los varones consiste en explorar, descubrir y presentar, en acciones, en actitudes, en hechos, un modelo emocional propio. Nadie conoce, al día hoy, cómo es la ternura propia de un varón (no su representación de la ternura *al uso* femenino). Ni la intuición masculina. Ni la receptividad de los varones. Ni su pasividad fecunda. Ni la textura auténticamente masculina de la compasión. Es necesario que emerjan para que el mundo que hombres y mujeres compartimos se enriquezca, se haga piadoso y habitable, sea un lugar de encuentros, un planeta confiable.

Acaso, en la medida en que ocurra, habrá sorpresas para todos. Hace mucho que a los hombres se les pide (con razones urgentes y prioritariamente valederas) que se conecten con su universo emocional, que se instalen en él, que lo habiten. ¿Pero qué se les pide en realidad? Nada conocido, algo que está

largamente sepultado bajo un paradigma tóxico y esterilizante. Por lo tanto será necesario estar preparados (en especial las mujeres) para la aceptación de lo que surja. Muchos hombres se quejan (con argumentos ciertos) de que así como sus compañeras les piden que sean más expresivos, que transmitan sus necesidades, sentimientos y emociones, cuando ellos lo hacen (como saben, como pueden) ellas reaccionan de maneras desconcertantes. Se retiran del vínculo, los critican, se muestran decepcionadas. El paradigma nos ha intoxicado a todos y deberemos desintoxicarnos juntos. Muchas veces (demasiadas quizás) las mujeres reclaman escuchar lo que ellas quieren o necesitan escuchar, no lo que los hombres necesitan decir o expresar. Ésta no es, por cierto, la causa de la disociación emocional masculina, pero no contribuye a disiparla.

LA VIDA NO NOS ENGAÑÓ

¿Basta el intento y la voluntad para que un hombre abra sus espacios emocionales clausurados? Hay que tener cuidado con esto. En mi experiencia en la exploración del universo masculino me he encontrado con dos tipos de consecuencias de la actitud voluntarista. A veces ocurre que cuando un hombre se franquea lo que ha estado encerrado en él durante tanto tiempo sale de un modo torrencial, informe, riesgoso para él y para los otros. El paso de un rígido autocontrol a una ansiosa expansión puede traducirse en cólera, agresividad, exigencias desmedidas sobre otros para que lo sigan en su nueva experimentación. Puede ocurrir que no se trate de una apertura emocional sanadora sino de la manifestación de un añejo y rancio resentimiento, que podría volverse, según fuere el caso, contra las mujeres, contra la familia de origen (en especial el padre, esté vivo o no), contra alguna institución, contra un

superior, contra un amigo. Eso no es apertura emocional, sino un estallido disfuncional de energías precariamente sofocadas.

Hay hombres que justifican este tipo de detonaciones, explicándolas como justas expresiones de sus sentimientos. Sin embargo, sólo se trata de más de lo mismo. Agresión en lugar de agresividad. Poner afuera lo que se debe resolver adentro. Manifestar incapacidad de transformación. Incluso algunos grupos de hombres, iniciados como espacios de reflexión, apoyo y transformación conjunta, derivaron, a causa del malentendido que describo, en grupos antifemeninos, en espacios de expresión de una sorda y antigua ira contra la mujer, en un muro de lamentos masculinos rabiosos y estériles. Grupos que concentraban a varones furiosos, que se sentían engañados por la vida, cuando sólo habían sido engañados por el paradigma masculino tóxico.

Otra reacción, que se hizo común a partir de finales de los años setenta y de la irrupción del fenómeno de la *new age*, es la adicción al “pensamiento positivo”. Está representada por varones adherentes a una creencia *light* (que tanto abarca al pensamiento, como a la alimentación, el lenguaje o a la vestimenta), creencia que niega la oscuridad, el dolor, la infelicidad y el mal con el convencimiento de que esa negación los conjura. No es negando el lado oscuro (la sombra) de lo humano como se crece. En mi opinión estas creencias infantilizan a las personas, las alejan de la realidad de la vida, las debilitan para afrontar las experiencias del crecimiento y la maduración (experiencias que atraviesan la vivencia del dolor, de la frustración, de la imposibilidad). Los varones enrolados en esta visión creyeron que declarándose antiviolentos y pro femeninos, que renegando de tradicionales hábitos masculinos (aun de algunos entrañables, como las competencias y experiencias físicas, como ciertos riesgos creativos), que negándose a ser firmes con sus hijos, y sí maternales con ellos, habrían

de conjurar el estigma del mandato masculino tradicional. Tampoco estos hombres transformaron el paradigma ni, mucho menos, los vínculos entre los varones, entre estos y las mujeres, entre estos y el medio ambiente. Así como los del primer grupo aportaron más de lo mismo, los del segundo se atrevieron a menos de lo necesario.

LA CAVERNA Y EL DRAGÓN

Una verdadera transformación, un auténtico enriquecimiento, un real alumbramiento emocional de los hombres no provendrá de declaraciones, de discursos, de una predisposición de la voluntad. Necesitará una odisea silenciosa y larga, exigirá descender a lo más profundo y recóndito del propio magma emocional, reconocerse en el propio dolor y en el dolor causado a otros, admitir la soledad del aislamiento emocional. Exigirá, sobre todo, hacerse responsable de un camino propio para ese cambio y requerirá el sostenimiento de ese camino y esa dirección, aunque no coincida con los deseos, las exigencias o los tiempos de los demás. El catedrático y ensayista australiano David Tacey (autor de *Remaking Men: Jung, Spirituality and Social Change* o *Rehaciendo a los hombres: Jung, la espiritualidad y el cambio social*, un libro sin traducción al castellano) lo describió de un modo claro y poderoso en *Manhood Magazine*: “Si se busca individualización, o confrontación con el inconsciente, los hombres tendrán que hacer frente a todo lo que en realidad emerge del inconsciente, ya sea que esto encaje o no en la ideología de moda o en las expectativas populares”. Si no ocurre así, si los hombres no contactan con su verdadera emoción, si sólo se adecuan a las exigencias (femeninas, publicitarias, políticamente “correctas”) no habrán accedido a su propia interioridad y sólo habrán contribuido a

la perduración del paradigma que los intoxica y los convierte en un género en peligro. En serio peligro.

El doctor en psicología social y director del Teachers College, en la Universidad de Columbia, Harvey Hornstein dice: "La charla entre hombres es una forma de guardar silencio al tiempo que se crea la ilusión de una conversación. Acabemos con el silencio"* . Y da en el clavo. Las mujeres suelen creer que los hombres no les hablan *a ellas*. Los hijos con hambre de padre suelen creer que sus padres son emocionalmente inaccesibles *para ellos*. Sin embargo esos silencios y esas inaccesibilidades son sólo consecuencias. Antes de eso, los hombres, en su gran mayoría, no hablan entre ellos y, antes aún, no tienen diálogos interiores acerca de sus verdaderas necesidades emocionales y afectivas, de sus sentimientos. Hay una serie de preguntas que los varones raramente se hacen a sí mismos:

¿Cómo puedo convertir a mi miedo en una guía?

¿Qué más sé hacer además de mi trabajo?

¿Qué pasaría si le dedicara tiempo y atención a eso que me gusta y no es productivo?

¿Puedo pedir ayuda espiritual, emocional, afectiva (no económica o material) a otro hombre? ¿Lo hago?

¿Cómo transito mi propio silencio? ¿Puedo estar solo y en armonía?

¿Puedo cuidar a otro hombre? ¿Lo hago?

¿Qué heridas emocionales he recibido a lo largo de mi vida? ¿Qué hice y que hago para sanarlas?

¿Cuáles son mis vergüenzas ocultas?

¿Qué cosas no puedo hacer? ¿Lo reconozco?

¿Amo? ¿He amado? ¿Cómo lo sé, cómo lo siento?

* *El caballero de la brillante armadura*, Ed. Paidós, Barcelona, 1992.

Sin empezar por aquí, sin comenzar por la introspección, por la exploración del mundo interior (ese espacio virgen) no hay un gran recorrido por hacer ni un lugar trascendente al cual llegar. Éste es un aljibe profundo del que sólo se puede extraer el agua de las respuestas si uno baja allí su propio balde. No hay baldes prestados y la tarea es intransferible. La cerrazón de la emocionalidad masculina hace que, muchas veces, las mujeres (en actos de amor, de entrega, de desesperación, de impaciencia o de intrusión) pretendan hacer esa tarea por los hombres (les proponen conversaciones, les hacen preguntas, les dan consejos, les piden turnos para un psicoterapeuta o les ponen un ultimátum para que concurran a ese consultorio). Resultará siempre inútil. La tarea es y será personal, única, de cada hombre que decida emprenderla. Lo hará porque quiere vivir mejor, ser una persona más íntegra, darle un contenido a su vida. O lo hará porque, simplemente, está al borde del abismo físico, psíquico o espiritual, intoxicado en grado terminal. Pero sólo puede hacerlo él.

Al comienzo se trata de una labor solitaria, y así debe ser, puesto que va a internarse en el espacio más íntimo, más privado, más sagrado que existe en cualquier persona. Una vez que lo haga podrá empezar a compartir, a preguntar a otros, a contarle a otros. Digo a otros hombres. Abrir el compartimiento emocional, afectivo, espiritual y psíquico de los varones atrapados en el paradigma dominante de la masculinidad es una experiencia primero individual y luego de género, en ese orden. Invertir el orden o intentar uno solo de los niveles no transformará nada, o provocará apenas una ilusión superficial.

Quienes celebran el aparente salto de paradigma que encarnarían los hombres que cambian pañales, que *hablan* de sus sensaciones, que usan un lenguaje menos agresivo, que cuidan su apariencia, que atienden la superficie de su cuerpo, que se abstienen de competir (de *cualquier* manera), que se embanderan

en los postulados *light* de la vida, quienes lo celebran, insisto, y creen asistir a una revolución social encarnada por estos “nuevos” varones, parecen no haber entendido el corazón de la cuestión. La reconstrucción emocional de los hombres no será un proceso ni tan superficial ni tan fácil ni tan veloz. No se trata de llorar ni de competir menos, de cocinar más ni de luchar menos. Se necesitará compromiso, templanza, paciencia, entereza. Para entrar a la caverna en donde hoy están guardados los sentimientos y las emociones habrá que enfren-
tar al dragón que custodia sus puertas, habrá que quemarse (o al menos chamuscarse) con su fuego, habrá que rescatar el tesoro de la cueva y, quizás (;por qué no?) terminar hermanado al dragón, heridos ambos y sabedores de que no ha sido un combate mortal sino un alumbramiento.

LA GRAN CONTRAMARCHA

El descenso del varón hacia la mina de la que deberá extraer sus emociones es la gran asignatura pendiente que le aguarda, doblemente difícil en un mundo en el que se combaten otras guerras (sangrientas, letales, destructivas), en el que todo debe mostrar un resultado inmediato y tangible, en el que el tiempo se cotiza en dinero (aunque muchas veces nadie sepa qué lo apura), en el que los relojes han reemplazado a las brújulas y hay más velocidad que rumbo. No será fácil, en un tiempo de relaciones humanas descartables, la tarea de reconstrucción emocional masculina. Y será, esencialmente, una contramarcha. Pero no hay opción. Robert Moore, doctor en psicología y teólogo, y Douglas Gillette, mitólogo y fundador del Institute for World Spirituality, en Chicago, dicen que hemos llegado a “pensar que los sentimientos y, en particular, *nuestros* sentimientos, son obstáculos molestos e inadecuados

para ser hombres”*. Así nos ha ido, así le ha ido a nuestra sociedad, así le va al planeta regido aún por hombres que piensan de este modo. Estos autores agregan: “Nuestro mundo necesita más que antes en la historia humana las energías masculinas de la madurez. (...) Somos arrojados a nuestros propios recursos interiores como hombres, luchando por un futuro más inteligente para nosotros y para nuestro mundo, sin ayuda. (...) No debemos rendirnos. Entonces no sólo viviremos nuestras vidas de manera más rica, sino que permitiremos que otros vivan, quizás por primera vez, *sus* vidas”.

Amén.

* *La nueva masculinidad: rey, guerrero, mago y amante*, Ed. Paidós, Barcelona, 1993.

CAPÍTULO 10

ABANDONAR A LA MADRE PARA AMAR A LA MUJER

En la bella y breve novela *Las cosas de la vida**, del francés Paul Guimard (filmada por Claude Sautet, con Michel Piccoli y Romy Schneider) el protagonista reflexiona acerca de un amigo —poderoso productor de cine— que se pega un tiro en el corazón frente a la casa de una ignota bailarina cuando ella pone fin a la relación que los unía: *“Todos se preguntaron: ¿qué tenía ella que otras no tuvieran? Nada, evidentemente, salvo que encarnaba, sólo ella y sólo para él, en un mundo vacío, el único fracaso insoportable”*.

Ser abandonado por una mujer. He aquí el “único fracaso insoportable” para un hombre. ¿Es así? Se hace difícil afirmarlo, como es ardua cualquier afirmación taxativa cuando se habla de vínculos entre seres tan complejos, tan sutiles, tan

* Ediciones B, Barcelona, 1994.

distintos como los humanos. Aun así, ante pocos dolores un varón está tan desarmado, tan desprovisto de recursos como ante el abandono femenino. Perder a una mujer lo hace sentir, como pocas cosas, un completo y total *perdedor* (la pierde a ella, pierde *ante* ella). Enamorarse, para el varón, equivale a rendirse, con todo lo que eso significa en un sistema de pensamiento elaborado sobre conceptos como lucha, competición, victoria, conquista, imposición, posesión, sostenimiento. Las mujeres se *conquistán* y la rendición es exactamente lo opuesto de la capción. Un hombre enamorado es (en su propia mente y en la de los varones que lo rodean) un hombre entregado. Esto, en el mejor y más poético de los casos. Lo más común dentro de los códigos del paradigma masculino hegemónico es que se lo vea como a un emasculado. Lisa y llanamente, un hombre enamorado, que trasluce su amor en un vínculo real con la amada, suele ser llamado "pollerudo". Alguien que quedó atrapado sin remedio en las faldas de una mujer.

A los hombres les *gustan* las mujeres. Las mujeres se *enamoran* de los hombres. Ellos las desean, ellas los aman. ¿Es así por naturaleza? Regresa la pregunta que sobrevuela cada tema de este libro. La respuesta vuelve a ser la misma: no. Es el resultado de una educación, de mandatos, de ejemplos, de un paradigma.

BEBER DE UNA SOLA FUENTE

Nacemos de una mujer y dependemos de ella para sobrevivir en nuestros días iniciales. De su leche, de sus cuidados, de su atención. Los mandatos que ella recibe son los de consagrarse a nosotros: será madre o no será mujer. Los que recibe nuestro padre (el otro cincuenta por ciento de nuestra creación) le ordenan no inmiscuirse en el vínculo madre-hijo, fortalearlo a través de la provisión material, ocuparse del mundo

circundante. Aun cuando los padres actuales se acercan más, no se acercan todo lo necesario como para que los hijos perciban y reciban las dos energías, distintas y complementarias.

Así, los varones nos vamos empapando de presencia y de emocionalidad femenina. Conoceremos más acerca de ella, por experiencia, que de la textura, la temperatura y la modalidad emocional masculina. Nuestra vida empieza girando alrededor de una mujer, hay un paradigma que así lo manda. Pronto aprenderemos que nuestras acciones repercuten en el estado de ánimo de esa mujer. Es feliz si nos amoldamos a sus expectativas y deseos. Sufre cuando no ocurre así. Estaremos en paz y aliviados si ella sonrío y nos acaricia. Temeremos (sobre todo por lo que nuestro padre puede hacer al enterarse) si ella se enoja. Como varones seremos cada vez más ignorantes acerca de nuestro propio universo emocional (necesitaríamos una cercanía activa de nuestros padres para que nos guíe y autorice) y estaremos más al tanto del femenino. Así se irá construyendo una real y consistente dependencia emocional de nosotros, como varones, hacia esa mujer que, en ese tramo existencial, se convierte en *las mujeres* y acaba por instalarse en nuestro psiquismo como *La Mujer* (según la precisa descripción que el filósofo Sam Keen propone en *Fuego en el cuerpo*, obra ya mencionada).

¿Puede un hombre hecho y derecho, con los pantalones bien puestos, un ganador, conquistador, competidor, un aguantador, tomador de decisiones, productor eficiente, un valiente de pelo en pecho, depender emocionalmente de una mujer, temer sus reacciones, estar pendiente de éstas? Según los mandatos de género, está claro que no. ¿Qué hacer entonces? A medida que el varón crece emprende (cada cual a su modo) la batalla para salir de esa dependencia. Complacerá a la mujer, o la maltratará, o la conquistará, o tratará de agotarla sexualmente, o le hará promesas afectivas, o la llenará de

regalos, o le construirá castillos y le bajará la luna, o la ignorará, o intentará manipularla, o la engañará. Hará todo lo posible para decirse, y demostrar, que es “libre”, que no es un “sometido”. Ya sabe, además, que el amor, el romance, el enamoramiento, como atributos emocionales, pertenecen al universo femenino. Él ha sido preparado para otra cosa. Para conquistar, hacer funcionar y administrar el mundo. ¿Compromiso? El varón se compromete con su trabajo, con la patria, con su equipo favorito, con el horario fijado para jugar al tenis con un amigo. Esos compromisos, dentro del paradigma hegemónico, reafirman su hombría, lo honran. El compromiso sentimental lo degrada, lo sojuzga.

En simultáneo, la mujer ha recibido el mandato de ser generadora de vida y de amor, la autorización para navegar sin límites en las aguas profundas de los sentimientos, los afectos y las emociones, la promesa de que, para ser madre y creadora de vida, habrá siempre un caballero que la protegerá. Preveo voces airadas ante esta descripción. “Ya no es así”, clamarán. Aunque probablemente muchas de las dueñas de esas voces, mujeres independientes, autónomas, se sentirían inseguras junto a un hombre que gana menos dinero que ellas, que se desborda emocionalmente, ante un varón apesadumbrado o desganado, y acaso no dejarían de creer que —aun en pareja— el dinero de ellas es prioritariamente para sus gastos personales y el de él para los “gastos de la casa”. ¿Son hipócritas? No lo creo. Son hijas de un paradigma en que varones y mujeres estamos tramados en conjunto. Este paradigma dice que las historias de acción son para los hombres y que las de amor (en el cine, en la televisión, en la literatura, en la vida) son para las mujeres. Dice, también, que (aún hoy) ellos son administradores económicos y ellas son administradoras emocionales. En ese contexto, el hombre no debe enamorarse, no debe atarse a una mujer (y menos a la primera) porque claudica.

La mujer, a su vez, necesita la confirmación amorosa o no será feliz. Los mismos padres *y madres* (destaco a propósito esta palabra) que se enorgullecen de las muchas novias de su hijo varón, al que estimulan a seguirlas coleccionando, se preocupan por las indecisiones y variaciones sentimentales de su hija, a la que aleccionan para que afine la puntería, elija un buen muchacho y se quede con él.

UN TEMOR OCULTO

El fallecido director cinematográfico argentino Leopoldo Torre Nilsson (*La casa del ángel*, *Los siete locos*, *Boquitas pintadas*, entre otras películas destacadas) describió con claridad lo que siente un hombre modelado por el paradigma dominante: “Es como si se tratara del destino. Cada vez que conozco a una mina siento que me la tengo que levantar de inmediato. No importa qué tipo de relación vamos a mantener después. En ese momento siento que, ante todo, me la tengo que levantar. Pareciera que hay una ley, un mandato que me obliga a hacerlo. Después puede ocurrir que el vínculo no prospere, que nunca más la vea, que olvide su figura y su nombre. Pero es así”.

¿La conclusión inevitable es, entonces, que los hombres no aman, o no pueden amar? Responder afirmativamente equivaldría a aceptar que el amor tiene sexo y que es cosa de mujeres. Y a justificar las conductas masculinas. Y, por fin, a privar a los hombres de un aspecto de sí mismos. Pero ocurre que el amor, como todas las emociones y sentimientos, no tiene sexo, es un atributo humano. Por lo tanto, los hombres aman. Sólo que la conexión con este sentimiento y la expresión del mismo están obstaculizadas por una serie de mandatos de género que esterilizan afectivamente a los hombres y los aíslan.

Aunque el mundo que habitamos parezca enteramente teñido por prioridades masculinas, la sorda y con frecuencia equivocada lucha de los varones por romper la dependencia emocional con las mujeres termina por crear el efecto contrario. La negación de la mujer como equivalente, como complemento necesario, la persistencia en construir la masculinidad como negación de la feminidad y no como su contrapartida necesaria y enriquecedora, hace que ella (la mujer) esté siempre presente en el horizonte masculino, pero desde el peor lugar. El escritor argentino Alejandro Dolina (rebautizado por sus seguidores como *El filósofo de Flores*), sostiene una célebre tesis según la cual todo lo que los hombres hacen, absolutamente todo, tiene como único fin conquistar a las mujeres. En mi opinión el verbo no es conquistar. Podría ser reemplazado por los siguientes: amedrentar, impresionar, domesticar, aquietar, distraer, someter o apaciguar.

En esta danza equívoca, las mujeres se van sintiendo cada vez más frustradas, más deseosas de encuentro y amor, más desconcertadas. Esto provoca una intensificación de sus demandas emocionales. Del otro lado los hombres (educados en la idea de que, ante la mirada femenina, deben ser siempre eficaces proveedores) sienten, a su vez, que tal demanda los sobrepasa. ¿Pero al final qué es lo que ellas quieren?, se preguntan. No hay nada que las satisfaga, se responden. Y corren a poner distancia con esa demanda que sienten como devoradora. El círculo se repite con énfasis creciente. A más distanciamiento, más demanda, a mayor demanda, mayor evitación. Los hombres confirman su profecía: las mujeres son de temer. Las mujeres confirman la suya: los hombres son incapaces de comprometerse. Hombres y mujeres danzan en la oscuridad, con músicas diferentes. Por razones diferentes, cada uno de ellos acaba por ocupar todo el horizonte emocional del otro y, pese a eso, cada sexo se siente vacío del otro.

DE MAYÚSCULA A MINÚSCULA

Sam Keen hace una propuesta estimulante, motivadora, convoca a los hombres a una misión: “Una de las tareas fundamentales de la masculinidad es investigar los sentimientos inconscientes que nos producen las diferentes imágenes de LA MUJER, deshacer las falsas mistificaciones, disolver la vaga sensación de amenaza y temor y, finalmente, aprender a respetar y amar lo extraño de la feminidad. La maduración sexual-espiritual de la masculinidad, reside en el proceso de cambiar a LA MUJER por la mujer y aprender a ver a los miembros del sexo opuesto no como arquetipos de una clase sino como individuos. La causante de la mayor parte de nuestros problemas no es la mujer que está en nuestra cama o en nuestra sala de reuniones, sino LA MUJER que está en nuestra mente”.

Otra vez hay que decirlo. Ésta, como todas las iniciativas que se propongan cambiar el paradigma tóxico para transformar la masculinidad y rescatar sus valores esenciales y profundos, reclama una alta dosis de coraje espiritual, de valentía emocional. Hay que entrar en las entrañas del propio ser, allí donde el corazón está aprisionado, y liberarlo. Para elegir a una mujer, para permanecer junto a ella, para quemar las naves de las insalubres complicidades machistas, para construir un vínculo profundo y comprometido no se requieren aparatosas demostraciones de fuerza, de poder, de aguante ni de potencia genital. Es la testosterona del alma la que cuenta, una hormona que los varones todavía desarrollan escasamente. Sólo se puede amar cuando se reconoce la singularidad, la cualidad única e irrepetible, de la otra persona. Para eso hay que verla, honrarla como sujeto, escucharla. En la medida en que hacemos eso, nos honramos, nos reconocemos como sujetos, respetamos nuestra propia singularidad. Cuando *un* hombre aprende a verse a sí mismo en la integridad de su ser,

se prepara para amar, puede ir al encuentro de una mujer partiendo desde un lugar diferente.

Mientras esta tarea siga inconclusa o no haya sido iniciada, los varones continuarán siendo subdesarrollados emocionalmente en su relación con las mujeres. Ciertas escenas cotidianas lo confirman. Como algunas conversaciones entre mujeres que suenan equívocas. Escuchémoslas. Una dice: *“El mío es muy desordenado”*. Otra cuenta: *“El mío es insoportable cuando está enfermo y tiene que quedarse en cama”*. Una tercera agrega: *“El mío es capaz de no hablar con nadie en todo el día porque perdió en el fútbol”*. Sigue la cuarta: *“El mío, si no le preparo el plato que a él le gusta, no come”*. Llega la quinta: *“El mío se va con los amigos y se olvida, lo espero con el corazón en la boca y cuando vuelve y me ve así, me miente”*. Cualquiera juraría que hablan de sus hijos. Pero muchísimas veces este tipo de frases describe... al marido.

Agreguemos la queja entre decepcionada e impotente de mujeres que dicen: *“Yo quiero que mi marido sea mi marido, no un hijo más”*. ¿Por qué razón quien un día fue el seductor de su mujer pasa a actuar como hijo de ella? ¿Cómo un hombre que en su vida social, profesional y pública puede lucir seguro, resuelto, exitoso, tiene en su vida de pareja el comportamiento de un chico? No es un misterio. A los varones se los prepara para “hacerse hombres” en la vida laboral, en los deportes, en la política, en la calle, en la sexualidad. “Hacerse hombre” en esos aspectos significa, como expliqué con más detenimiento en capítulos anteriores de este libro, aprender como se pueda, aunque sea solo, pero no dejar de saber y de demostrarlo. En cambio, no existe la misma presión (ni estímulo) para el desarrollo emocional, sentimental y afectivo. Los padres varones, en general, no supieron comunicarse emocionalmente con sus hijos, mostrarles su propio mundo interior, ofrecerles la guía de su propia conducta (abierta,

explícita) en materia de afectos. Y las madres a menudo cubrieron ese vacío con sobreprotección (“*No me toquen al nene, pobrecito mi ángel*”; “*Tiene 25 años pero lo despierto con el desayuno porque me gusta y me enternece*”) y con sobredosis de emocionalidad femenina. El resultado es inmadurez en la evolución de la interioridad. Entonces, en situaciones domésticas o de intimidad, los hombres actúan como chicos. ¿Y quién es su mamá en ese caso? Todos lo sabemos: la esposa (o la pareja, o la novia, o la amante, o como se llame la mujer que él eligió para seguir vinculado a una madre).

Muchas de las mujeres que se quejan, con hartazgo y con razón, de tener maridos que se han convertido en hijos, ¿están seguras de que no se manejan con ellos con actitudes maternas? ¿No son educadas las mujeres, a su vez, para estar atentas a las demandas de los varones, primero en la persona de sus hijos, luego en la de sus parejas? ¿No existe una especie de dependencia femenina hacia los humores y caprichos masculinos que, finalmente, sólo conduce a que se refuercen las conductas infantiles del uno y las maternas de la otra? La respuesta más sincera y vivencial sólo puede provenir de las propias interesadas.

Sería muy fácil, y bastante irresponsable decir que son las mujeres las culpables de este fenómeno porque “después de todo ellas nos crían así”. Y también sería poco útil para ella misma que una mujer lea esto y saque la conclusión de que “es verdad, somos nosotras quienes los educamos”. El mejor camino para llegar a vínculos de pareja adultos, maduros y responsables es trabajar simultáneamente (pero no juntos ni amontonados) en lo que cada uno debe transformar. Los hombres, involucrarnos más con nuestros aspectos emocionales y los de nuestros hijos, hacernos cargo de esa exploración, no creer, erróneamente, que es “cosa de mujeres”. De lo contrario seguiremos siendo seres infantiles por mucho lustre que

nos demos en lo social, y nuestros hijos actuarán luego como hijos de sus mujeres. En cuanto a ellas, quizá se trate de fortalecer su autonomía y su independencia para no quedar atadas, por temor al abandono, a ese hijo no deseado que es su propio marido (o novio, o *amigovio*).

MÁS DE LO MISMO

Cuando los hombres no crecen psíquica y emocionalmente, y continúan, ante sus mujeres, en el rol de hijos, empieza a producirse una nueva disociación. En tanto no se pueda crear una intimidad adulta, de dos personas distintas y complementarias, en tanto la relación con la mujer se establezca en términos de hijo-madre, el foco de la sexualidad del hombre no estará puesto en ese vínculo. Otra mujer, despojada de toda pátina maternal, será el objeto del deseo. Y estará, por supuesto, en otro lugar. Así se crea un círculo vicioso. Si en el acercamiento afectivo una mujer empieza a ocupar el lugar de madre y el hombre empieza a verla con los mismos ojos con que observaba a su mamá, comenzará a buscar su aprobación o a temerle, a tratar de impresionarla o a evitar disgustarla, se enojará con ella por motivos muchas veces infantiles (por ejemplo, porque ella no le da inmediatamente los gustos, no le cocina lo que quiere, no se posterga por él, etcétera). Buscará, sexualmente, a otras mujeres. El contacto con éstas será efímero, superficial, de uso, de evitación afectiva. Porque la afectividad dispararía otra vez el mecanismo anterior. Para comprometerse en un vínculo adulto con una mujer, con intimidad, confianza, erotismo, integración, un hombre necesita construir una masculinidad adulta, de raíces emocionales propias y profundas. Salir de una serie de mandatos estrechos, empobrecedores, limitantes, que lo alejan de sus propios recursos emocionales.

Esto no se logra con hazañas sexuales, ni con demostraciones de productividad económica, ni con estúpidas confrontaciones de violencia física, ni con un despliegue vanidoso de autos, relojes, propiedades, tarjetas de crédito, chequeras, músculos, lipoaspiraciones, injertos, prótesis o poder. Debajo de la costra producida por el paradigma de la masculinidad tóxica los varones están aislados, inseguros y solos. Como señala Keen, “una persona debe ser muy segura para rendirse al amor de otra”. Y la seguridad del varón, erigida sobre los cimientos de una masculinidad nutricia y renovada, es todavía un atributo a desarrollar. Está ausente de nuestro modelo cultural, por mucho que se lo intente disimular.

EL CUBO TRANSFORMADOR

El doctor en psicología y en teología Robert Moore y el especialista en mitología Douglas Gillette, a quienes he nombrado en el capítulo anterior, exploran cuatro grandes energías arquetípicas que anidan en los hombres. Mientras cada varón no descubra y explore esas energías en sí mismo, mientras no las conozca y las convoque a su vida cotidiana, será un simple repetidor del modelo tóxico y empobrecedor, un “macho” adocenado. Esas energías son la del *Rey* (energía paterna nutricia y orientadora, energía de guía y protección), la del *Guerrero* (la agresividad puesta al servicio de causas constructivas, la capacidad de afrontar sus emociones, hacer de la violencia amor, del miedo determinación, de la duda audacia, la energía que lo lleva a establecer prioridades antes que urgencias), la del *Mago* (la del conocimiento puesto al servicio de la transformación, sobre todo de la interior, la energía que lo conecta con los mundos no tangibles) y, por fin, la del *Amante*. Ésta es la energía que los

varones necesitan explorar y poner en sus relaciones con las mujeres en particular y con el mundo en general.

El *Amante* accede, con conciencia, a lo más sensible de las relaciones, desarrolla la empatía, puede registrar el dolor y la amargura del otro (y del mundo) así como compartir su gozo, ve a los otros como sujetos únicos y aprende a “leer” sus emociones. El compromiso en una relación afectiva, dicen Moore y Gillette al bucear en la energía del *Amante*, “puede considerarse como el producto del enraizamiento y el enfoque de un hombre en su propio centro”.

Ninguna de estas energías se desarrolla al margen de las otras. Cuando eso ocurre el hombre se pone violento (si sólo aparece el *Guerrero*), o embaucador y paranoico (sólo el *Mago*), o autoritario (sólo el *Rey*) o manipulador afectivo (sólo el *Amante*). Es decir, el varón construirá mejores relaciones con la mujer y con el mundo, y entrará en comunión con ellas cuando aprenda a integrar estas energías en sí. Si no lo hiciera, quedará en un estadio eternamente infantil de su desarrollo. A veces será un niño tímido y temeroso, otras autoritario y caprichoso. Nunca un adulto, un par de aquéllas con quienes se relaciona.

Ya es hora de dejar de defenderse de la mujer, de manipularla, de intentar someterla o acallarla, es tiempo de dejar de concebir a la feminidad como la amenaza que acecha a la masculinidad, para reconocerla, en cambio, como su complemento necesario. Es hora de que los varones admitan su miedo a la mujer, será la única manera de trascenderlo y crecer. “¿Así que no les tememos?”, se pregunta el psicoterapeuta alemán Wolfgang Lederer en su clásico *The Fear of Woman**. “Entonces, ¿por qué esa atracción por complejos sustitutos, por el amor de los hombres y los niños pequeños y

* Harvest Books, 1970. Sin traducción al español.

tantas otras cosas? Entonces, ¿por qué los violadores y los que maltratan a sus esposas o todos esos que sólo son fuertes con una mujer deficiente o, en cierto sentido, inferior? ¿Por qué el soltero elusivo, el marido ausente, el ermitaño en su torre de marfil? ¿Por qué pensar en ella como arpía, por qué querer amansarla, por qué la obediencia a Mamá?”

El miedo del varón a la mujer se hace presente con más fuerza en los tiempos presentes, especialmente desde que las mujeres, por necesidad, por elección o por hartazgo, salieron de los nichos en los que habían quedado recluidas por los estereotipos de género. Desde el último tercio del siglo veinte a hoy por lo menos un par de generaciones femeninas (las madres como iniciadoras, las hijas como continuadoras) han conquistado espacios profesionales, laborales y sociales que les eran negados. Han demostrado capacidad y se han convertido también en generadoras de ingresos. El rol de proveedor económico ya no es especialidad y exclusividad masculina. Esas mujeres recuperaron su derecho a desear y toman iniciativas sexuales. Como se dice vulgarmente, “van al frente” en el plano de las relaciones afectivas y sexuales. Como nada de esto les ha sido regalado ni facilitado, como tuvieron que remar contra la corriente del modelo masculino aún predominante en la sociedad, viven sus nuevos roles con énfasis, con vigor, con determinación.

Frente a este modelo de mujer cada vez más extendido, el hombre revela temores que están a flor de piel: el temor a no ser tan eficaz como se le exige, el temor a no ser un buen proveedor, el temor a no ser sexualmente tan potente e infalible como los hombres siempre se contaron a sí mismos que eran. Esta mujer, que ya no es fácilmente domesticable, dominable, manipulable, esta mujer que quiere a su lado un hombre y no un hijo extra, provoca miedo en los varones, los pone en retirada, incluso (o sobre todo) a los más fieles exponentes del

machismo vigente. Otros disimulan el susto y lo canalizan a través del elogio. Aparecen, súbitamente, los hombres “feministas”, con encendidas alabanzas a las que algunos de ellos llaman “mujeres bravas”. En esos elogios no hay una propuesta de masculinidad transformadora, no se detecta una pizca de hombría espiritualmente fecunda. Otra vez aparece el hombre-niño intentando apaciguar a la mujer-mamá, a la que supone enojada por las travesuras machistas de los varones. Esto no es lo que necesitan los hombres para cambiar ni las mujeres para encontrarlos como compañeros de comunión afectiva y de una intimidad compartida. Ni la huída ni la genuflexión son caminos transformadores. En todo caso, lo que se requiere es el coraje de admitir el miedo para trabajar con él desde lo esencialmente masculino.

Sin admitir el miedo, ¿cómo abordarlo?, ¿cómo exorcizar su origen?, ¿cómo evitará cada hombre convertirse en otro ausente emocional que transmite a su hijo ese temor? La mujer no es una víctima de este miedo masculino, es necesario aclararlo para no caer en el esquematismo de víctimas y victimarios, ángeles y demonios, otra forma de dualismo limitador. Pero si hubiera una víctima principal, sería el propio varón. Mientras los hombres temen a las mujeres, será imposible que exista entre los sexos una relación de reconocimiento, de aceptación y celebración de la singularidad de cada uno.

No somos iguales, somos únicos y diferentes. Los sexos no fueron creados para que uno elimine al otro, sino para que, complementándose desde las diferencias, creen una instancia en la que el todo será más que la suma de las partes. Nunca habrá relaciones de igualdad entre los sexos, porque no somos iguales. Puede haber paridad. Respeto. Podemos ser, y debemos ser, ciudadanos y ciudadanas, trabajadores y trabajadoras, progenitores y progenitoras con iguales derechos. Y es toda la igualdad posible. En todo lo demás, el reconocimiento de la

singularidad de cada sexo, de cada varón dentro de su sexo y de cada mujer dentro del suyo, es lo deseable y lo que hará, en gran medida, la riqueza del otro.

El paradigma masculino tóxico y hegemónico mantiene a la gran mayoría de los hombres ausentes de esta convocatoria. Mientras esa ausencia se prolongue, habrá un déficit de hombría en cada varón. Si bien es cierto que sólo en el vientre de una mujer un embrión puede convertirse en niño, sólo en la compañía nutricia y emocionalmente presente de un varón, un niño puede convertirse en hombre. Luego, para completar su hombría real y profunda, deberá producirse el encuentro complementario con la mujer. Un camino opuesto y complementario recorren las mujeres desde su origen. Una mujer presente emocionalmente las conduce a hacerse mujeres, y el complemento de un hombre de masculinidad auténtica contribuirá a su plenitud de mujer.

Cuando en el encuentro de un hombre con una mujer no se produce la amalgama de lo masculino auténtico y recóndito con lo femenino esencial y profundo, lo que sobreviene es la soledad, lo que Lederer llama “un frígido aislamiento”. Una abrumadora multitud de hombres, hijos obedientes de un modelo que los malforma espiritual, emocional y psíquicamente, están (aunque abunden las mujeres en sus vidas) frígidamente aislados. Algunos lo admiten. Aunque lo nieguen, todos lo sienten. De allí no los sacará una Mamá. Los rescatará su propia energía de *Rey, Guerrero, Mago y Amante*.

En la búsqueda del Santo Grial (un relato iniciático medieval, rico en materiales para la transformación masculina), el joven caballero Gawain le dice al Rey Arturo: “Lo hemos ganado todo con la lanza y lo hemos perdido todo con la espada”. El psicoterapeuta y mitólogo jungiano Robert A. Johnson, interpreta así esa frase: “Esta verdad es tan válida en nuestros días como en el mundo de los caballeros. La lanza es el símbolo de

la diferenciación, del espléndido arte de separar y clarificar; la espada es el torpe elemento masculino que se abre paso con violencia a través de cualquier obstáculo. Hoy hay demasiadas espadas y muy pocas lanzas”*.

El primer blanco de las lanzas debe ser, hoy y aquí, el corazón de los varones. Para que éste no sea alcanzado por la bala de la soledad, como le ocurría al personaje de *Las cosas de la vida*.

* *Acostarse con la mujer celestial*, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1997.

CAPÍTULO 11

CAMBIA UN HOMBRE, CAMBIAN LOS HOMBRES

Guerras cada vez más salvajes y destructivas, genocidios, corrupción generalizada en la política y en la economía, manipulación masiva a través del deporte, de la publicidad, de los medios de comunicación, ausencia masiva de paternidad orientadora, emocionalmente nutricia y espiritualmente referente, sexualidad básicamente genital e irresponsable, negocios desprovistos de ética (aunque cínicamente se la invoque pero no se la practique), la rentabilidad, la ganancia, la facturación, el dinero en todas sus formas convertidos en fines en sí mismos que justifican cualquier medio, depredación constante y compulsiva de la Naturaleza, consumismo inmoral junto a pobreza y hambre inéditos, desprecio militante por todas las formas de vida del planeta, intolerancia, discriminación hacia los más débiles (especialmente si son mujeres, niños, ancianos u hombres que se apartan del modelo hegemónico), indiferencia hacia los

ancestros, adoración y reverencia hacia las formas más efímeras y vacías de lo material, multiplicación de las adicciones (a las drogas, alcohol, sexo, pornografía, compras, violencia, comida, juego, etcétera) como vano y patético intento de ocultar la angustia y el vacío existencial.

Si fuese necesario describir en un puñado de palabras las características salientes del mundo en que vivimos, del escenario social ante el que abrimos los ojos cada día, el párrafo anterior podría ser, en mi opinión, una síntesis adecuada. En esto ha derivado nuestra presencia en el planeta. Muchas teorías pueden explicarla y lo intentan. Algunas son filosóficas, otras políticas, otras sociológicas, otras psicológicas, otras religiosas. Son valiosas. Acuerdo con algunas, discrepo con otras. E incluyo la propia: hay un modelo de masculinidad, que está vigente, que es muy cuestionado por algunos pocos hombres y por muchas mujeres, que es hegemónico y que encierra en su ADN aquellas potencialidades y mandatos que, encarnados en la gran mayoría de los hombres contemporáneos, dan como resultado el panorama que describí. Todos los capítulos anteriores de este libro están dedicados al intento de fundamentar esta posición. El presente se propone mirar más allá.

LAS VOCES DEL SILENCIO

La especie humana está partida, los hombres gobiernan el mundo y la gran mayoría de ellos son responsables de haberlo convertido en un lugar hostil, peligroso y tóxico. Subrayo la idea de que esto es responsabilidad de una gran mayoría masculina, porque ello contribuye a valorizar a la minoría silenciosa de varones que conservan o cultivan en sí los atributos más fértiles, nutricios y trascendentes de la hombría y

que procuran un mundo diferente, mejor, compasivo, solidario, cooperativo, diverso y fecundo, y lo hacen con coraje verdadero, con empatía, con constancia, con compromiso, con pasión y compasión, sin vergüenza ni arrepentimiento por su condición de varones. Esos hombres son pocos, pero existen, son profundamente y auténticamente masculinos, son padres, son maridos, son amantes, trabajan, persisten en un universo político putrefacto que procura expulsarlos o callarlos una y otra vez, asoman a veces en el campo éticamente corrupto de los grandes negocios, intentan limpiar con sus actos las entrañas fétidas del deporte profesionalizado a ultranza, se oponen a la voracidad de las corporaciones, van en son de paz a los campos de batalla (esos campos a donde otros hombres, verdaderos cobardes de traje, corbata y discursos que jamás empuñan un arma, mandan a otros varones a matar primero y a morir después).

¿Representan esos pocos varones una esperanza? ¿Son apenas un error? ¿Sobrevivirán? ¿Auguran la posibilidad de otro paradigma masculino? ¿Son concientes de lo que enuncian? Esta serie de interrogantes podría converger en uno solo, el siguiente: *¿es posible transformar el paradigma masculino, instaurar en su lugar un modelo de hombría sostenido en la fuerza del amor, en el coraje del espíritu y en la bravura de la compasión?*

Si dijéramos que estos varones no cambiarán algo, que no sobrevivirán a su intento, que nada anuncian, estaríamos señalando que la toxicidad de lo masculino conocido e imperante es algo natural, inherente a la vida. La complementación de los sexos sería entonces una mera utopía y la única vía para garantizar y honrar a la vida, el amor, el cuidado, la sanación y la solidaridad en este planeta consistiría en eliminar al sexo tóxico para que reine el otro. Una absurda paradoja. Ciertas posturas feministas radicales parecen postular

esto. Con más palabras y teorías suelen terminar por proponer, en espejo, lo mismo que los hombres machistas: un mundo sin el opuesto complementario, sin integración creadora fecundante, o, a lo sumo, un mundo en donde el otro sexo sea apenas un objeto al servicio del sexo al que uno pertenece.

Creo, en cambio, que el paradigma masculino hegemónico es una deformación dolorosa y dañina, la metástasis de la intolerancia, un modelo de pensamiento y de acción a contrapelo del propósito esencial de la vida, que es el de perpetuarse a sí misma preñada de trascendencia y significado. Los pocos, silenciosos e ignotos hombres que atraviesan la experiencia de una masculinidad vital son emergentes de otro paradigma: ellos anuncian, sin pretenderse profetas, la existencia del mismo. No representan, lo he dicho en uno de los capítulos iniciales, un movimiento, no han desarrollado lemas ni consignas, no siguen políticas conjuntas (salvo aislados grupos). No arrastran a la sociedad ni, mucho menos, a masas de varones detrás de sí. Viven sus vidas, crean vínculos diferentes, exploran caminos distintos, procuran darle a sus existencias un sentido emocional, espiritual, afectivo profundo. A menudo lo hacen solos, sin conocerse, simplemente honrando sus vidas y vínculos cotidianos. Tratan, aunque no lo declamen, de que su paso por la vida deje una huella fecunda, una simple y pequeña huella fecunda. Observados en el conjunto, muchas veces estos hombres parecen anómalos, sapos de otro pozo, patitos feos. Todos sabemos cómo terminaba el cuento de Andersen: el patito era un cisne bello y majestuoso. Sólo por eso los patos, ignorantes, se burlaban de él, lo despreciaban, no lo incluían en la comunidad de los patos.

EL TIEMPO DE LAS CONDUCTAS

¿Cómo se transforma un paradigma? ¿Cómo se cambian creencias profundamente enraizadas, tan profundamente como para hacernos confundir un mandato cultural con una ley natural? De acuerdo con mi experiencia, ese cambio es más viable y sustentable cuando comienza por las actitudes, por las acciones, por las conductas. Así se han impuesto y consolidado los paradigmas vigentes. No a través de discursos, ni de lecturas, sino de hechos cotidianos, perceptibles. Podemos pasar siglos describiendo, denunciando y explicando el modelo machista y sus consecuencias, podemos convocar foros, publicar libros, filmar películas, producir videos, organizar mesas redondas. Los asistentes estarán de acuerdo. Ya ha ocurrido. Y seguimos viviendo en el mismo mundo, bajo los mismos mandatos, acaso maquillados. No es que todo lo anterior no sirva. Contribuye. En un momento inicial es necesario hablar, denunciar, escribir. Así empieza el camino. Pero si de veras ansiamos un cambio, en un momento de la marcha esto deberá ser apenas el complemento, no el plato fuerte. Habrá llegado el tiempo de las conductas. O nada cambiará y terminaremos diciendo escépticos, como alguna vez lo hizo James Joyce: "Si no podemos cambiar de país, cambiemos de conversación".

¿Qué son conductas? La respuesta a esta pregunta puede abrir un abanico sorprendente. Veamos cuándo y cómo, de qué maneras reales y accesibles, un hombre cambia una conducta y, por lo tanto, ayuda a la transformación de un paradigma:

Un hombre que tiene prioridad y tiempo para atender a sus hijos, para preguntarles y escuchar, para compartir experiencias con ellos, que participa activamente de la crianza de esos hijos, aunque eso signifique postergar un ascenso profesional o

resignar un ingreso, cambia de conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se niega a morir o a matar en una guerra y afronta las consecuencias de esa decisión, cambia una conducta, ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que, en cualquier actividad (ya fuere comercial, política, deportiva, militar, económica, organizacional, investigativa, científica, tecnológica, cultural o sanitaria) se niega a cumplir órdenes o mandatos inmorales, fuera de ética, corruptos, que dañen a otros, a cualquier ser vivo o al medio ambiente, aunque esa negativa tenga consecuencias económicas o curriculares, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que respeta las leyes y las normas, aunque le obstaculicen el camino o se lo alarguen, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se niega a que la corporación que lo contrata pretenda comprarle la vida con el salario y que hace respetar sus horarios, sus ideas, sus necesidades y sus espacios personales, cambia una conducta y transforma un paradigma.

Un hombre que cuando siente que ama dice "Te amo", y traduce su amor en actos y no cree que eso lo convierte en un sometido, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que reconoce cuándo no puede, o cuándo no sabe o cuándo ha sido vencido en buena ley, así fuere en los negocios, como en el deporte, en el amor o en la política, y que no prepara su revancha como primer objetivo, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que actúa en política y no vende sus sueños, sus utopías o su proyecto para un bien común, aunque eso signifique tener menos poder, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que no se vanagloria de victorias deportivas obtenidas a cualquier precio (trampas, violencia, doping, influencias de

poderes externos, soborno), que no acepta esos precios y que los denuncia, cambia una conducta y transforma un paradigma.

Un hombre que ve en las mujeres algo más que una vagina, un par de pechos o un par de piernas que sostienen unas nalgas turgentes, un hombre que respeta lo diferente de lo femenino y se interesa por conocerlo y honrarlo, un hombre que para ser fuerte no necesita una mujer débil, que para ser sexualmente activo no necesita una mujer sexualmente inerte, que para ser tierno no necesita que su mujer sufra, que para valorizar su modo de ver el mundo no necesita descalificar el de la mujer que está con él, un hombre que pueda escuchar a la mujer sin interrumpir y sin verse obligado a dar respuestas y soluciones, un hombre que se atreve a mostrar a su mujer sus capacidades e incapacidades, su inteligencia y su estupidez, su fuerza y sus flaquezas, su capacidad sanadora y sus heridas, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que acompaña el crecimiento de sus hijos y les transmite confianza y admiración, sin desvalorizarlos cuando ellos se equivocan en la búsqueda o no se amoldan a la expectativa de él, que incluso los autoriza a equivocarse, que los guía con límites firmes y afectuosos y que les garantiza con actos el carácter incondicional de su amor, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que elige a su mujer y que, mientras las razones profundas de esa elección sigan vigentes, la honra siéndole fiel y confiando a su vez en ella, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se autoriza a cambiar su vocación cuando una voz interior se lo pide, que se permite ganar menos y disfrutar más, que puede verse desnudo, sin el traje de su oficio y profesión, y disfruta de lo que ve, que no posterga sus prioridades espirituales y emocionales en nombre de la exigencia productiva, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que no arma su identidad según el juicio, el gusto y la opinión de los otros (en especial cuando los otros son personas atadas al paradigma machista), sino que se permite seguir sus gustos y atender sus necesidades, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que renuncia a actividades depredadoras como la caza, el tiro, la tala indiscriminada, la modificación injustificada de paisajes, la construcción destructiva y contaminante, y que se propone respetar todas las formas de vida existentes, cambia la conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que respeta límites de velocidad, que no sale a la calle a imponerse, que no usa su auto como un arma, que aprende a ir más lento aunque llegue más tarde, que no cambia su coche frecuentemente sólo para demostrar su poder, y para disimular sus inseguridades, que se priva, de esa manera, de contribuir al consumo estéril, derrochador y contaminante, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se preocupa por su salud y le da un espacio no marginal en su espectro de ocupaciones, para que de ese modo no sean otros (su familia, la sociedad) los que tengan que cargar con las consecuencias, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se niega a ser manipulado por quienes le generan falsas necesidades, lo incitan a la competencia fatua, o pretenden seducirlo con ilusiones de poder o identidad, y se niega a rendirse ante el consumismo obsceno, descarado, depredador y contaminador de la sociedad contemporánea, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que abre espacio en su vida para las exploraciones, las preguntas, las búsquedas y las experiencias espirituales (no necesariamente religiosas), cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que, en su vocabulario y conversaciones de todos los días, se niega explícitamente a usar palabras como matar, robar, joder (a otros), usar (a otro), coimear o zafar (entre otras afines) y que se propone concientemente incluir términos como amor, amar, ayudar, pedir, comprender, perdonar, escuchar, aceptar, acariciar o esperar, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que se preocupa menos por la economía y la tecnología y más por la mitología, puede conocer la cantidad de dioses fabulosos que habitan en cada varón, las enormes riquezas y potencialidades físicas, emocionales, psíquicas y espirituales que estos representan, la enorme pobreza interior que sobreviene cuando esos dioses están dormidos o ignorados y la energía creativa que transmiten cuando se los despierta y convoca. Un hombre que, solo o con otros hombres, se propone descubrir los dioses y mitos que lo habitan y los conecta con su vida cotidiana, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que aprende a jugar para divertirse y confraternizar, para intercambiar el estimulante sudor del esfuerzo compartido, que deja de hacer de cada juego (fútbol, tenis, básquet, hockey, etcétera) un campo de batalla, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que admite sus límites, que se detiene en donde estos comienzan y que da lo mejor de sí antes de alcanzarlos, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que compite para superarse en primer lugar a sí mismo, antes que para batir, imponerse o humillar a otro, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que hace de otro hombre su confidente espiritual y su apoyo emocional, que aprende a escuchar el corazón de otro varón sin cuestionarlo, sólo recibéndolo, y que aprende a abrir el suyo y a depositarlo en las manos de otro varón, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que rechaza explícitamente (de palabra y en actos) la conducta o el discurso machista de otros hombres, así estos sean sus amigos, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que vive de acuerdo con los valores que predica en lugar de predicar valores que no ejerce, un hombre que traduce su amor en hechos concretos de amor, su honestidad en hechos concretos de honestidad, su sinceridad en hechos concretos de sinceridad, su austeridad en hechos concretos de austeridad, su compasión en hechos concretos de compasión, su solidaridad en hechos concretos de solidaridad, su aceptación en hechos concretos de aceptación, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

Un hombre que puede poner límites sin ser violento, un hombre que (ante su mujer, sus hijos, sus amigos, sus hermanos, sus subordinados, sus superiores o ante los desconocidos) puede ser firme y suave, claro y confiable, emprendedor y receptivo, cambia una conducta y ayuda a transformar un paradigma.

NOSOTROS, LOS MONOS

Cuantos más ejemplos se dan, más ejemplos acuden a la mente. Cada varón puede traducir todas las propuestas anteriores a sus propias vivencias de cada día y puede agregar, desde su propia experiencia masculina, nuevos aportes. Cuantos más hombres, durante cada jornada, protagonicen más cambios en sus actitudes y acciones, mayor cantidad de transformaciones serán perceptibles en el universo que compartimos. En 1981 el biólogo inglés Rupert Sheldrake desarrolló su hipótesis del *Mono Cien*, una verdadera revolución del pensamiento cuántico. Se basaba en una experiencia efectuada a lo largo de treinta años en un archipiélago japonés.

Allí los científicos que estudiaban colonias de monos arrojaban papas en la playa para que los monos se alimentaran, y seguían viaje sin desembarcar para no molestar a los animales y no entorpecer la observación de sus conductas. Los monos comían las papas con la cáscara cubierta de arena; no siempre les gustaban, muchas veces las dejaban. Así fue hasta que un día Imo (una monita de dieciocho meses) lavó la papa en el agua. Limpia de arena, era más sabrosa. Le enseñó el truco a otros monitos, estos lo transmitieron a sus madres, y éstas a otros monos adultos. Al poco tiempo todos los monos de esa isla lavaban las papas. No pasó mucho antes de que todos los monos de todo el archipiélago lo hicieran, a pesar de que no había contacto visual entre cada isla y las otras. Sheldrake habló del *Mono Cien* al referirse al momento clave de la transformación colectiva. Podríamos llamarlo *masa crítica*. Cuando llegó a haber un número suficiente de individuos repitiendo una conducta, ésta se hizo propiedad de la especie, se convirtió en algo *natural*.

Según Sheldrake, cuando una conducta es sostenida durante suficiente tiempo y por una suficiente cantidad de individuos, se constituye un campo *mórfico*, un espacio virtual y sincrónico en el cual se acumulan y conforman todas las experiencias previas de la especie que, de ahí en más, actuará naturalmente de esta manera, y ya no necesitará aprenderlo. La novedad será heredada de manera natural por las próximas generaciones. De esto hablaba, a su manera, Carl Jung cuando describió el *inconsciente colectivo*. El biólogo sostiene que la idea de los campos *mórficos* vale para todas las especies, y también para las moléculas de proteínas, para los átomos o para los cristales.

Cambiar el paradigma de la masculinidad tóxica requiere, pues, la repetición de ciertas conductas de un modo sostenido y creciente, el compromiso con una actitud y

la convocatoria, hombre a hombre, a que más varones lo hagan. Se trata de crear el campo *mórfico* de la masculinidad sanadora, nutricia, compasiva, amorosa, fuerte, creativa. ¿Lo que hacen los monos es imposible para los hombres? Probablemente no, siempre y cuando los varones asuman la tarea transformadora con su energía mítica de *Guerreros*. Estos guerreros no van a ningún campo de batalla exterior, no van a matar, a destruir ciudades y vidas, en nombre de su dios, del petróleo o de una cínica versión de lo que llaman “paz”. El *Guerrero* interior, mítico, de cada varón afronta otra odisea. El místico hindú Osho lo definió de esta manera: “Habrá numerosos enemigos internos, pero no habrá que matarlos ni destruirlos; tienen que ser transformados, tienen que ser convertidos en amigos. La rabia tiene que ser transformada en compasión, el deseo en amor y así con todo. Por eso no es una guerra, pero un hombre necesita ser un guerrero.”*

UNA DE COBARDES Y VALIENTES

No ignoro que las ideas y propuestas que vengo desarrollando en este capítulo pueden ser recibidas con sonrisas y comentarios irónicos, cínicos o escépticos. No ignoro que me caerán calificativos como “ingenuo”, “inocente” o, en el mejor de los casos “idealista”. En el universo del cinismo materialista, “idealista” se ha convertido en un término peyorativo. No ignoro que, en su mayoría, el escepticismo y la sorna provendrán de hombres. Y será así porque para internarse en la transformación del modelo masculino hegemónico y vigente, se necesita de un coraje que no se aloja en los

* *El libro del hombre*, Ed. Debolsillo, Buenos Aires, 2005.

músculos (aunque, llegado el caso, también se lo podrá encontrar allí), ni en los testículos (después de todo, nacer con testículos no es un logro, sino apenas un accidente biológico, tanto como nacer con ovarios). Se trata de un coraje espiritual, profundo, que abarca a todo el ser y que se desarrolla junto con la propia conciencia. Es un coraje que nos rescata del vacío existencial, nos lleva a construir vidas con sentido y trascendencia, nos permite fundar, en el día a día, una razón para nuestro paso por la vida.

Todos los hombres tienen testículos, pocos hombres tienen coraje espiritual. Lo primero viene de fábrica, lo segundo se construye. Durante su edificación se cambia y se mejora al mundo. Se puede pasar por la vida sin coraje espiritual: ello no impide ganar dinero, coleccionar autos y mujeres, tener mucho poder, estar arriba entre los *top ten* de la economía, la política, el deporte, la tecnología, el sexo genital, la guerra. No se necesita coraje espiritual para responder a los mandatos de una masculinidad empobrecedora y limitante. No se necesita coraje espiritual para ser macho. Sólo basta con ser obediente. Y muy temeroso, casi un cobarde. Temeroso de las consecuencias de elegir, de decir no, de seguir un camino propio, de conectarse con el propio mundo emocional, de pedir, de comprometerse, de entregarse, de confiar, de amar. El paradigma masculino hoy vigente intoxica al mundo y a la vida en todos los aspectos. Forma hombres cobardes. Va contra la vida.

Transformar ese paradigma no es una tarea que puede esperar. No viene *después* de solucionar problemas políticos, sociales o económicos. Viene justamente *antes*. Porque los grandes problemas que aquejan hoy al planeta y a las personas en su vida y sus vínculos cotidianos tienen una poderosa raíz en ese paradigma. Proponer su transformación y proponer las conductas que la faciliten no es una muestra

de ingenuidad. Es una prioridad. El cambio lo necesita la humanidad en su conjunto. Pero no lo producirá la humanidad en su conjunto. Entrevistado por Sebastián Dozo Moreno en el diario *La Nación**, de Buenos Aires, el alemán Günther Jakobs, doctor en leyes y una de las máximas autoridades mundiales en teoría del derecho, confesaba que “No tengo esperanza en el mejoramiento de las sociedades modernas, pero sí creo en las esperanzas privadas de cada persona”. Aunque el tema excede a este libro, coincido con esa creencia. De acuerdo con los paradigmas con que hoy vivimos, cuando los individuos se disuelven en categorías como pueblo, electorado, masa, hinchada, público, mercado, clientela, admiradores, consumidores, audiencia, ejército o, para este caso específico, hombres, las energías más oscuras, los instintos más atávicos, las creencias más siniestras y depredadoras (tanto en lo material como en lo espiritual) parecen emerger y desplegarse. La humanidad parece transitar aún un estadio muy precario, muy primitivo de la evolución de su conciencia. En este estadio, cuando se sale del plano personal y se pasa a lo colectivo, la instancia grupal suele ofrecerse como un espacio de impunidad insalubre antes que de comunión fecunda. Las instancias colectivas no son, aún, escenarios transpersonales, que permiten extender lo propio hacia una totalidad creativa, fecunda y trascendente. Habrá, quizá, un momento en que así ocurrirá, en que cada ser humano se reconocerá como parte de una totalidad que lo trasciende y que, al mismo tiempo, necesita de su singularidad para existir. Como sucede con las células de nuestro cuerpo. Cada una es única, unidas dan forma al organismo, el organismo no existe sin ellas ni ellas sin él. Pero no es éste el

* 26 de julio de 2006.

momento. Hoy, la mayoría de las veces, los espacios masivos no recuerdan a células que crean nuevos y sanos organismos. Parecen, en cambio, tumores.

Por eso, acaso, cada hombre cuya conciencia despierte, cada varón en el que aparezca su propia necesidad individual e intransferible de transformarse, se convertirá (si lo hace) en agente de un cambio que ya es impostergable. Al paradigma masculino tóxico lo cambiarán hombres de carne y hueso, individuos que, en sus vidas cotidianas, en las experiencias reales y accesibles de su diario existir, comiencen a actuar de manera diferente, apartándose de mandatos insalubres para su vida física, psíquica y espiritual, para la de sus seres cercanos y queridos y para la del planeta. Cada hombre que cambie una de sus conductas hará cambiar el modelo. No será al revés. No habrá primero un cambio de paradigma. Habrá primero una transformación en las personas. O pereceremos intoxicados.

La esperanza sólo podrá tener el rostro de cada hombre que asuma la responsabilidad de la transformación. Serán rostros anónimos. Serán los que fueren. Cuando lo hagan. Mientras aún quede tiempo.

EPÍLOGO

CARTA ABIERTA DE UN VARÓN A OTRO VARÓN

Querido congénere:

Esta carta no podía tener otro destinatario que no fueras vos. Nadie podría entender mejor de qué hablo, qué quiero decir. Querido congénere, vos y yo, varones ambos, estamos en peligro de extinción. Así como nos mandaron a vivir nuestras vidas de hombres, así como nos mandaron a relacionarnos con las mujeres, con nuestros hijos, con las cosas, con los seres, con el mundo, así no va más.

Te quiero contar cosas que escucho, que siento, que pienso, que vivo y que veo, cosas que nos involucran y que, quizás, no ignoras y te preocupan tanto como a mí. Veo mujeres tristes, desalentadas, resignadas a no encontrarse emocionalmente con

nosotros, a no contarnos como compañeros de vida, digo como verdaderos compañeros de vida, como hombres dispuestos a explorar con ellas los espacios desconocidos del afecto, a confiar en que nuestras diferencias nos enriquecerán, dispuestos a mirarla con cariño, con ternura, con humor, además de con deseo. Veo mujeres que no nos entienden ni se sienten entendidas por nosotros, mujeres que han hecho hasta lo imposible por comunicarse (y debo decirte, querido congénere, que a menudo hacen de más, se ponen demasiado ansiosas, sofocan, se adelantan a nuestros tiempos). Han hecho hasta lo imposible guiadas por la mejor, la más amorosa de las intenciones. Y hoy a muchas las veo y escucho resignadas a convivir con hombres que siempre serán extraños y lejanos o, directamente, a prescindir de ellos. Muchas mujeres prefieren compartir su tiempo con otra u otras mujeres: reciben más afecto, más comprensión, más compañía (aunque le falte el tipo de compañía, comprensión y afecto masculinos, que tienen otra energía, otra vibración, no opuesta sino complementaria). Hay mujeres a las cuales empezamos (sólo empezamos) a resultarles prescindibles. Y si prescinden de nosotros, ellas estarán sin hombres, pero los que estaremos verdaderamente solos seremos nosotros, te lo aseguro. Nosotros, los varones sabemos muy poco, o nada, de estar solos, salvo en las trincheras o arriba de un ring. Y aún así, nos damos el dudoso lujo de aislarnos.

Por las dudas, te lo aclaro: cuando digo que las mujeres acabarán prefiriendo estar con mujeres,

no hablo de sexo. Lo aclaro porque sé que los varones sabemos poco de intimidad, simplificamos y nos confundimos. Estarán juntas de un modo que nosotros no sabemos estar entre nosotros. A eso me refiero. Espero que entiendas. Y, si no, hermano, espero que empieces a aprender a entender.

Veo y oigo, también, a muchos hijos desalentados. Ya no hacen más esfuerzo por acercarse a sus padres, ya no esperan que sus padres se acerquen a ellos, quiten el candado de la distancia emocional, compartan sentimientos, sensaciones. Ya no esperan que sus padres se interesen de verdad por lo que a ellos o ellas (hijo, hija) les pasa, ya no aspiran a ser revalidados por la amorosa y firme mirada paterna. No sé si te ocurre, no se si te ha tocado, pero he sido testigo u oyente de muchas palabras de hijos desalentados. Dicen cosas como “A mi viejo no vale la pena pedirle nada, nunca tiene tiempo, siempre está ocupado”. O dicen: “Me hubiera gustado verlo en la entrega de diplomas, me hubiese gustado que estuviera allí (y no en una reunión o jugando al tenis o llevando el coche al taller) el día que traje a mi novia por primera vez a casa”. O dicen: “Me gustaría no sentir ese silencio incómodo cuando nos quedamos solos. Me gustaría que me mire a los ojos cuando me habla. Me gustaría que no opine sobre todo lo que le digo. Me gustaría que me escuche sin juzgarme. Me gustaría que alguna vez me prohíba algo y me lo explique, así puedo aprender. Me gustaría que no me trate como a un amigo, que no se haga el pendejo, que no me robe mi manera de hablar; necesito sentir que es

mayor que yo, que tiene otra experiencia, que sabe cosas que no sé, que podré confiar en él si me pierdo. Y así, con un padre pendejo, no puedo. Y paso vergüenza ante mis amigos, porque encima no funciona como pendejo”.

Muchos de esos hijos, hermano varón, ya no buscan a sus papás, se han resignado a perderlos emocionalmente o a tenerlos sólo como proveedores. Y eligen como confidente a su mamá. Ella, que nunca fue varón, que no siente como varón, que carece de experiencia de varón, tiene que explicarles desde qué hacer con una chica (¡yo tampoco lo creía hasta que fui testigo varias veces!), hasta cómo enfrentar una situación temida. Para esos hijos pronto seremos prescindibles. Ellos se quedarán, funcionalmente, sin padre, les será doloroso, pero seguirán adelante con su vida, aprenderán a ser hombres de alguna manera, acaso sean buenos hombres. Los que nos vamos a quedar de veras solos somos nosotros.

No sé si te pasa, no sé si lo sientes, observo cada vez más hombres que desconfían de otros hombres, que los ven como enemigos, como obstáculos, o a lo sumo los ven como instrumentos, como medios. “Este tipo me sirve o me sirve, lo tengo que cuidar o lo tengo que cagar.” Escucho eso, lo escucho con una frecuencia que me alarma. Pasa en las empresas, en la política, en la vida social, en los clubes, en las agrupaciones profesionales. Veo cada vez más hombres enceguecidos por la ambición, a los que no les importa qué precio (moral, en salud, en dinero, o reputación) hay que pagar para tener. Tener, ésa es la palabra,

hermano varón. Tener poder, mujeres, plata, casas, cosas (no importa qué cosas: cosas). Cuando hay tan poca solidaridad, tan poca empatía, tan poca camaradería entre los varones estamos mal, hermano varón. Nos quedamos solos, solos entre nosotros, solos y en guardia, solos y enfermos.

Cada vez veo más hombres deprimidos, hombres que no duermen, hombres que parecen pastilleros ambulantes (viagra, alopídol, alplax, clorazepán, ansiolíticos, sedantes, antiácidos, antiinflamatorios, analgésicos, farmacias que caminan), hombres que desoyen todos los síntomas con que sus cuerpos les hablan, hombres con dolores, con malestares físicos o emocionales a los que prefieren no atender. Morimos antes de tiempo o llegamos estropeados a nuestra vejez. Necesitamos, para nosotros y para otros, llegar vivos a la hora de nuestro final, con capacidad para convertir nuestras experiencias en sabiduría y para hacer de nuestra sabiduría una herramienta al servicio de nuestros afectos y nuestro mundo. Pero la gran mayoría de nosotros estamos llegando vacíos, sin nada para transmitir, habiendo acumulado vivencias como quien junta fotos, pero sin haberlas transformado en algo trascendente.

Así no va más, hermano varón, querido congénere. Con nuestra violencia, con nuestra ausencia de perdón, de comprensión, de flexibilidad, de comprensión, estamos destruyendo el mundo. Digo nosotros, digo los varones, no es un "nosotros" abstracto. Digo los hombres (no digo "la humanidad"), los que tenemos pito y voces gruesas y pelos en todas partes (a veces, no en

la cabeza). ¿Se entiende, muchacho? Digo que los varones, con nuestro maldito mandato machista, ya hemos hecho mucho daño y ya nos hemos hecho mucho daño a nosotros. Así, no va.

Seremos prescindibles para las mujeres. ¿Quién nos hizo creer que estarán siempre a nuestros pies, muertas por nuestros pitos? Seremos prescindibles para nuestros hijos. La paternidad biológica es sólo un dato, un accidente, hay que darle sentido, llenarla de contenido. Prescindimos entre nosotros el uno del otro, apenas nos usamos. Así no se construyen vínculos fraternales y fecundos. Ya hay mujeres (narcisistas si querés, egoístas si te parece, estoy de acuerdo) que nos usan de padrillos, a veces sin que lo sepamos, para tener hijos y librarse de tener maridos. Ya hay fecundación *in vitro*. Y si la clonación avanza (Dios no permita que esos locos omnipotentes lleguen a cumplir, invocando a la ciencia, sus sueños demenciales) bastará con una célula materna para crear un hijo. Y no seremos necesarios ni como sementales. Será el ominoso final de un modelo que nos hizo creer invulnerables, poderosos y ganadores. ¿Qué ganábamos, querido congénere?

¿De veras no estás un poco harto de tener que demostrar todo el tiempo que tenés huevos? ¿Qué quiere decir *tener huevos*? No es algo que elegiste, no es algo que se logra con esfuerzo, con aplicación, con creatividad. Terminémosla con los huevos. La mayoría de nosotros (la penosa inmensa mayoría) ni siquiera sabe qué función cumplen los testículos en nuestro organismo.

¿De veras no estás harto de demostrar tu aguante, de bancártela solo? También los burros tienen mucho aguante. Y los bueyes. ¿Hay algo más por lo que te destaques? ¿Algo propio, generado desde tu corazón?

¿De veras no estás harto de tener que demostrarles a las mujeres el largo y el grosor de tu pene, de tratar de batir récords cuando estás con ellas? ¿No estás harto de ir a la cama con pavor de que tu arma tenga la pólvora mojada? ¿No estás harto de negarlo, lo vas a negar ahora una vez más? Yo soy como vos, de manera que aquí podés ahorrártelo. Y, de paso, ¿no te gustaría saber un poco más acerca de cómo sienten sexualmente las mujeres, de qué les gusta, de qué esperan de vos antes de que empieces con tu exhibición y las dejes afuera? ¿No creés que podés llevarte alguna grata sorpresa al averiguarlo? ¿O para vos no hay nada que aprender? ¿Dónde aprendiste tanto? ¿Te lo enseñó tu papá, o algún hombre mayor sabio, cariñoso, afectuoso y comprensivo? ¿O lo aprendiste de oídas? ¿O pagando a una mujer de la cual no recordás el rostro? ¿De veras no estás harto?

¿De veras no estás harto de mirar de reajo el auto del tipo de al lado, y si es más nuevo o potente que el tuyo, salir corriendo a cambiar tu coche para que no crean que sos pobre o que tenés menos poder, o que la tenés más corta?

¿De veras no estás harto de hablar sólo de lo bien que te va, de callarte los dolores, las dudas, las vergüenzas, las dudas? Digo, ¿no estás harto de aparentar, de competir aún de palabra, de tapar, de disimular?

¿De veras no estás harto de tanto chiste machista, de tanto infantilismo acumulado, de tanta simpleza intelectual, de tanto desprecio por las mujeres, por los homosexuales, por los hombres que apuestan a otra vida y a otros vínculos sin que pierdan por eso ni una gota de testosterona? ¿No estás harto, eso quiero decir, de vivir con el culo apretado por el miedo, por el pánico a lo diferente?

¿No estás harto de justificar guerras, matanzas y destrucciones en nombre de la política? ¿No estás harto de callar, por miedo a que te llamen tonto, ingenuo o maricón, tu oposición a la muerte de quien sea, de un palestino, de un libanés, de un judío, de un afgano, de un iraquí, de un serbio, de un croata, de un ruso, de un indio, de un paquistaní, de una mujer, de un chico (de miles y miles de chicos), no estás harto de tu propio silencio e inacción?

¿No estás harto de tener sólo cuatro o cinco temas de conversación (mujeres, política, fútbol, economía, tecnología), temas seguros, donde nunca arriesgarás nada personal, temas protegidos, temas que, a fuerza de ser los únicos, te alejan de otros temas, de otra gente, del corazón de otra gente (mujeres, hijos, amigos, nuevos seres a conocer) y de tu propio corazón?

¿No estás harto de ser un eterno adolescente, alguien que se niega a entrar en las etapas evolutivas de la vida, alguien que se convierte, mientras pasan los años, en la patética caricatura de un púber y que, por muy macho que se diga, no tiene coraje (o *huevos*, como te gusta decir) para emprender la aventura espiritual, emocional y

cósmica de convertirse en un hombre de verdad, un hombre de los que el mundo, y las mujeres, y nuestros hijos, y los otros amigos, necesitan?

Si no estás harto, acaso cuando lo estés ya sea tarde, ya estarás definitivamente solo, ya serás absoluta e irreversiblemente prescindible. Si no estás harto, formás parte de una especie en extinción. También los dinosaurios lo eran, aunque no lo supieran, cuando parecían enormes y poderosos. Formás parte de una especie en extinción y no habrá una ONG que esté dispuesta a rescatarte. Otras especies serán prioritarias. Especies que no depredan, que no discriminan, que no se asesinan masivamente entre sí, que equilibran el universo.

Si estás harto, el momento de cambiar es ahora. No hay excusas, no hay peros.

Así, no va más. Me dirás que sí va, que mire quiénes gobiernan los países, quiénes están al frente de las empresas, quiénes rigen el deporte, quiénes manejan las finanzas, quiénes son los economistas que ven números pero no personas, quiénes inventan cada día una guerra para seguir vendiendo armas y robando petróleo mientras invocan causas inexistentes, quiénes mandan a morir a los hijos de otros, quiénes intoxican a nuestros hijos con comida chatarra, televisión chatarra, juguetes chatarra, ideas chatarra, quiénes nos hacen creer que moriremos si no tenemos un auto, un plasma, una computadora de ultimísima generación, que seremos poca cosa sin una zapatilla que hasta marca nuestras pulsaciones, quiénes manipulan nuestra salud desde las corporaciones farmacéuticas. Miro y los veo. Son

hombres insalubres, inoculados e inoculadores de un paradigma tóxico. Y son mayoría. Es cierto. Pero te repito. También los dinosaurios parecían invulnerables cuando, aunque ellos no lo supieran, ya estaban en extinción. Y, de paso, pido perdón a los dinosaurios por la comparación. Estos hombres no son inocentes como eran ellos. Son imputables. A esta altura de la historia, de las comunicaciones, de la sociología, de la psicología, de la información y del conocimiento, son imputables. No podrán decir que no sabían. En todo caso que digan que les gustaba y les creeremos. No podrán decir que cumplían mandatos. La civilización ha vivido cosas que impiden aceptar esa excusa.

Por eso digo, hermano varón, que si estás har- to sólo te queda el camino de empezar a cambiar tus conductas. No tus palabras, no basta con que cambies de discurso. Hay que transformar las acciones, las actitudes, los hechos. Y también las palabras. Quedarte en el discurso te hará imputable. El tiempo es ahora. El lugar es tu casa, tu trabajo, el espacio que compartes con tu mujer (o con las mujeres), con tus hijos, con otros hombres. Es aquí y ahora, cada día en cada lugar. Ya. No te dejes engañar por esa mayoría de hombres que ves. Los varones somos, con el paradigma masculino hegemónico hoy vigente, una especie en peligro de extinción. Y esos tipos son los responsables. ¿Querés ser como ellos? Yo no.

Me preguntarás desde dónde hablo, qué derechos me arrego.Cuál es mi púlpito. Me identifico. Soy un varón de este mundo, de este tiempo. Un marido, un padre, un profesional. Un hombre

que ha vivido ya más de la mitad de su vida y ha experimentado todos los mandatos del paradigma. Que hace tiempo ya no quiere más de eso.

Soy un hombre hartos de estos hombres. Un hombre que tiene con ellos una cuestión personal, porque degradan mi sexo. Soy un hombre al que le duelen los tiempos que vive. Un hombre que tiene la visión de un mundo compasivo y fraternal, inclusivo, enriquecido por la diversidad, fecundo. Un hombre hartos que sospecha no ser el único hombre hartos.

Si también estás hartos, nos encontraremos en el camino.

Hasta entonces, un abrazo fraterno.

LA MASCULINIDAD TÓXICA

¿Qué tienen en común la guerra, el desencuentro afectivo entre hombres y mujeres, la depredación del medio ambiente, la violencia en el deporte, la ausencia de una paternidad nutricia y orientadora, la corrupción en la política, la economía deshumanizada, la epidemia de muertes en accidentes, la prostitución y los negocios carentes de ética?

Todos esos elementos que identifican al mundo en que vivimos son producto de un modelo masculino, que está plenamente vigente y es hegemónico, aunque algunas voces optimistas se apresuren a darlo por superado. Ese modelo se basa en la agresividad, el rendimiento, la fuerza y la anestesia emocional. En este trabajo, Sergio Sinay se propone demostrar de qué manera ese paradigma actúa, se reproduce y afecta a las vidas de los hombres y de las mujeres en todos los planos y más allá de lo imaginado.

El autor sostiene que es impostergable denunciar y transformar ese modelo, toma partido de un modo firme inflexible frente a una masculinidad que es tóxica para todos y que perjudica nuestros vínculos, nuestros corazones y nuestras vidas y, por fin, hace un llamamiento urgente a los hombres para salir de ella antes de que sea tarde.

Esta obra es el manifiesto personal de un especialista en la cuestión masculina que, con un lenguaje claro y vibrante, con información esclarecedora y con ejemplos incuestionables y cotidianos, propone un cambio necesario e impostergable.